

LA epopeya del *Granma*, historia protagonizada por combatientes que desembarcaron hace 60 años en un lugar antes ignorado de la costa cubana, y todos aquellos que contribuyeron a la supervivencia y reagrupamiento del primer núcleo guerrillero.

Aquel grupo de expedicionarios, reducido por las contingencias de la guerra a solo un puñado de valientes, fue la semilla de donde brotó impetuoso el Ejército Rebelde, que con el apoyo del pueblo puso fin a siglos de opresión y explotación en nuestra Patria. De ese ejército nacieron, pujantes y gloriosas, nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, orgullo y confianza de la Revolución.

En ocasión del 60 aniversario del desembarco del *Granma* y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, dedicamos esta publicación, a los héroes de la gloriosa gesta de 1956 y a los continuadores de las tradiciones combativas de la nación cubana.

LA EPOPEYA DEL GRANMA

Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado

LA EPOPEYA DEL GRANMA



Oficina de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado



**LA EPOPEYA
DEL *GRANMA***

LA EPOPEYA DEL *GRANMA*



Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado
La Habana, 2016

Cuidado de la edición: *Heberto Norman Acosta y Jorge Luis Aneiros Alonso*

Investigación histórica: *Pedro Álvarez Tabío, Francisco Pividal Padrón,
Guillermo Alonso Fiel y Heberto Norman Acosta*

Croquis: *Otto Hernández Garcini*

Fotografía: *Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado*

Diseño y realización: *Ramón Caballero Arbelo*

© Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado

© Sobre la presente edición:

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2016

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra, por medios poligráficos, electrónicos o de cualquier otra índole, sin la autorización de los autores o la editorial.

ISBN 978-959-274-158-4

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Calle 8 no. 210 e/ Línea y 11, Vedado, Plaza de la Revolución

Tel. 7836-8846 / 7836-5234

Correo: publice@enet.cu

[...] recordar los minutos de adversidad es bueno; recordar los minutos en que las realidades presentes no eran más que sueños, es bueno; recordar la lucha, es bueno; recordar el sacrificio y el dolor que han costado las victorias, es bueno; es bueno porque nos enseña; es bueno porque nos dice que en el camino de los pueblos nada es fácil, nos enseña que los pueblos para conquistar aquellas cosas que anhelan tienen que sacrificarse y tienen que luchar muy duramente, y que los pueblos no se pueden desanimar en la adversidad, y que los revolucionarios no se pueden desalentar en la adversidad, ni en los momentos difíciles, porque los pueblos que perseveran y los hombres que perseveran triunfan, los pueblos que luchan y los líderes que luchan, llevan adelante sus sueños; los pueblos que saben erguirse frente a los obstáculos marchan adelante; los pueblos que no se desaniman ni se acobardan ante el tamaño de las dificultades que tengan por delante, tienen derecho a la victoria; los pueblos que no tiemblan ante el adversario poderoso, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su libertad, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su dignidad, los pueblos que no tiemblan por el precio que tengan que pagar por la justicia, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su felicidad, tienen derecho a la felicidad, tienen derecho a la victoria, tienen derecho a la libertad, tienen derecho al progreso, tienen derecho a la dignidad [...].

Fidel Castro Ruz
26 de julio de 1960

ÍNDICE

A punto de comenzar a escribirse la epopeya	/ 11
El yate <i>Granma</i>	/ 18
Expedicionarios del <i>Granma</i>	/ 19
Tuxpan	/ 23
Si salimos, llegamos.....	/ 24
De Tuxpan a Las Coloradas.....	/ 27
En espera del desembarco.....	/ 28
Amanecer en Las Coloradas	/ 33
La zona del desembarco	/ 34
Primer enemigo: el mangle.....	/ 35
Los campesinos.....	/ 37
La Trocha	/ 39
Reencuentro con Juan Manuel	/ 40
Siempre hacia el este.....	/ 41
La reacción del enemigo	/ 43
El enemigo desinforma	/ 45
El bautismo de fuego	/ 46
Medio geográfico.....	/ 50
El crimen de Boca del Toro.....	/ 51
“Tú estás muerto hace dos días”	/ 55
Los asesinatos en el monte Macagual.....	/ 57
La emboscada de Pozo Empalado.....	/ 59
Muy pronto hay flores sobre sus tumbas.....	/ 63
Yo me llamo Juan Manuel Márquez	/ 64
Con destinos opuestos.....	/ 66
Entre la caña y el farallón.....	/ 71
La Sierra es el objetivo	/ 75
Los Calixtos.....	/ 81
Fidel está vivo	/ 84
En línea recta hacia la Sierra.....	/ 91
Ahora sí ganamos la guerra.....	/ 99
Y nadie los vio	/ 100
En Cinco Palmas	/ 108

Las páginas que siguen intentan recoger el relato de una epopeya: la expedición del *Granma*, historia protagonizada por combatientes que desembarcaron hace 60 años en un lugar antes ignorado de la costa cubana, y todos aquellos que contribuyeron a la supervivencia y reagrupamiento del primer núcleo guerrillero.

Aquel grupo de expedicionarios, reducido por las contingencias de la guerra a solo un puñado de valientes, fue la semilla de donde brotó impetuoso el Ejército Rebelde, que con el apoyo del pueblo puso fin a siglos de opresión y explotación en nuestra Patria. De ese ejército nacieron, pujantes y gloriosas, nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, orgullo y confianza de la Revolución.

En ocasión del 60 aniversario del desembarco del *Granma* y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, dedicamos esta publicación, a los héroes de la gloriosa gesta de 1956 y a los continuadores de las tradiciones combativas de la nación cubana.

La historia que se relata no es todo lo ocurrido, solo refleja situaciones, episodios y circunstancias por las que pasaron algunos de los expedicionarios, pues no todos vivieron, ni presenciaron o participaron en todas las incidencias que se narran. Este trabajo, tampoco pretende ser la suma definitiva de los hechos relacionados con la expedición, el desembarco, la dispersión posterior en Alegría de Pío y el encuentro, días después, en Cinco Palmas; tiene la aspiración de ofrecer un resumen lo más completo y coherente posible de la epopeya.

Cuanto aquí se refiere proviene de testimonios de expedicionarios, colaboradores y otros participantes en los hechos, así como la información contenida en artículos de prensa de la época, causas judiciales, partes militares del ejército de Fulgencio Batista, documentos de varios expedicionarios y recorridos posteriores de investigadores y combatientes por los propios lugares de los hechos.

Esa valiosa pesquisa fue iniciada, en 1975, por Celia Sánchez Manduley, quien dirigió personalmente su primera fase, con la participación de un equipo de trabajo en la que tuvo una incidencia fundamental la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado y que dio como resultado un material informativo que tuvo su primera publicación en una edición especial de la revista *Bohemia* en diciembre de 1976, dedicada al 20 aniversario del desembarco del *Granma*. Diez años después, en el 30 aniversario, fue reeditado como texto independiente con correcciones.

En esta ocasión, el material original se edita como libro con algunos textos reordenados y corregidos, la adición de nuevas informaciones, así como la sustitución e incorporación de imágenes.

*Oficina de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado*

A PUNTO DE COMENZAR A ESCRIBIRSE LA EPOPEYA

LA pequeña ciudad de Tuxpan, puerto sobre el golfo de México, a orillas del río Pantepec, en el estado mexicano de Veracruz, duerme bajo una pertinaz llovizna en la noche del 24 de noviembre de 1956. Hay mal tiempo, y las autoridades portuarias han prohibido la navegación de las embarcaciones menores.

Pero, al otro lado del río, en una casa del poblado de Santiago de la Peña, transcurre una actividad inusitada, aunque silenciosa e inadvertida. Al filo de la medianoche se han congregado en esa casa 82 hombres que van a emprender el viaje más trascendental de sus vidas. Al frente de ellos, Fidel Castro Ruz está a punto de iniciar la última etapa de una lucha de ya más de cuatro años contra la sangrienta y reaccionaria tiranía que oprime al pueblo cubano.

Esos hombres han llegado hasta allí desde varios puntos del territorio mexicano, junto a otros que no podrán hacer el viaje por diferentes razones, y que acudieron al llamado del Movimiento 26 de Julio para luchar por la verdadera liberación de la Patria.

Han quedado atrás tres años de acontecimientos decisivos en la marcha ascendente del pueblo cubano por “los caminos de la verdadera Revolución”, como lo ha definido el propio Fidel.

El asalto al cuartel Moncada ha sido clarinada que conmueve en lo más hondo la conciencia popular. La fe de la nación se renueva, tanta es la moral y el heroísmo que el hecho encierra después de casi un siglo de frustraciones y desengaños. Con su acción, inspirada en el ejemplo de 1868 y 1895, los jóvenes de la Generación del Centenario devienen símbolo y bandera que habrá de enarbolar el pueblo. Ellos –lo más importante–, han señalado el método de lucha, el camino a seguir.

Han quedado atrás largos meses de prisión en las más difíciles condiciones. La represión desatada por el régimen a raíz del asalto al cuartel Moncada. Los asesinatos de Mario Aróstegui y Mario Fortuny, cuyos cadáveres masacrados provocaron la repulsa popular. Las declaraciones de protesta de la Federación Estudiantil Universitaria ante la situación política del país. La manifestación de los estudiantes de Santiago de Cuba, el 7 de diciembre de 1953, en la casa natal de

Antonio Maceo, que fue reprimida a palos por la policía batistiana. La salida de la cárcel de Guanajay de Haydée Santamaría y Melba Hernández. La edición clandestina de *La historia me absolverá*. La lucha del pueblo para lograr la salida de la cárcel de los moncadistas mediante la amnistía. Las denuncias de todos los sectores revolucionarios para evitar la componenda electoral preparada por Batista en 1954, frente a la inercia o la complicidad de los partidos políticos burgueses. La monstruosa represión contra los estudiantes en la manifestación encabezada por José Antonio Echeverría, en el primer aniversario de la muerte de Rubén Batista. Los actos de protesta de obreros y estudiantes contra el régimen en ocasión de distintas fechas históricas.

Atrás han quedado en el tiempo la salida de la cárcel de Isla de Pinos de Fidel, Raúl y los demás asaltantes al cuartel Moncada. Han quedado atrás los meses de duro trabajo clandestino para forjar las bases de un poderoso movimiento revolucionario aglutinado en torno a Fidel. Las polémicas de la prensa para sentar bases, aclarar fundamentos, hacer patente que los problemas de Cuba no tienen solución por medios pacíficos, para alertar a la nación sobre la posibilidad de hacer una revolución contra el ejército. La necesidad de Fidel de marchar al exilio cuando se le han cerrado todas las vías legales de lucha.



Amnistía de Fidel Castro y demás moncadistas presos en Isla de Pinos, 15 de mayo de 1955.

Su declaración final antes de partir para emprender una lucha de la que “no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies”.

Ha quedado atrás el arribo de Fidel a México y los primeros meses de organización de la actividad en el exilio, cuando ante la indiferencia o la hostilidad encuentra a tantos que, como María Antonia González,



Ciudad de México, fines de 1954. De izquierda a derecha Isidoro González, Dick Medrano, María Antonia González y Antonio Níco López. Debajo, Calixto García y Álvaro Pérez.

le brindan su apoyo solidario. La tarde que conversa, en el apartamento de Empan No. 49, con el joven médico argentino Ernesto Guevara, quien no tardaría en incorporarse a los planes revolucionarios. Atrás quedó la recepción de los futuros expedicionarios y su alojamiento en varias casas campamento, el acopio de armas, el entrenamiento en campos de tiro y ranchos, sobreponerse a la prisión, al espionaje enemigo y a la amenaza de deportación, y por último, la obtención del medio de transporte para regresar a Cuba.

Han tenido lugar las acciones de los obreros y estudiantes de Santiago de Cuba dirigidos por Pepito Tey y Frank País; las protestas contra el régimen de los jóvenes de Camagüey dirigidos por Jesús Suárez Gayol. La huelga azucarera, que pone en peligro la estabilidad económica del régimen. La constitución del Directorio Revolucionario, que firma en México con la dirección del Movimiento 26 de Julio, un documento en el que se reafirma la unidad de objetivos en la lucha y se decide la concertación de acciones.

Han quedado atrás los meses de ardua e intensa preparación física, táctica y política en México para la única vía posible de derrotar a la dictadura de Fulgencio Batista: la lucha armada a partir de las montañas, madurada estratégicamente por Fidel y asimilada en el plano táctico por los futuros combatientes en esos meses de intenso entrenamiento. Quizás algunos puedan quedar por el camino en la medida en que la revolución que están dispuestos a iniciar profundice su huella en la conciencia de los hombres y en el panorama de la Patria.

Decidida la partida, de manera simultánea, los distintos grupos se dirigen al punto de concentración. Los combatientes que se encontraban entrenando en el campamento de Abasolo salen hacia Ciudad Victoria y de allí a Tampico. A su vez, los grupos de Veracruz y Xalapa se dirigen a Tecolutla, mientras los combatientes que permanecían en Ciudad México comienzan a trasladarse a Poza Rica.

La noche del 24 de noviembre se produce la concentración final en el puerto de Tuxpan para abordar el barco. Para Fidel Castro y los hombres que ahora suben al pequeño yate el problema a resolver en el orden estratégico es la conducción de la gran masa del pueblo hacia esa revolución liberadora.

Pero ahora, en el pequeño muelle de Santiago de la Peña, al que han acudido Melba Hernández y otros pocos compañeros a despedirlos, presentes se hallan, además, en la despedida el programa de liberación nacional de José Martí y su guerra necesaria; la figura dinámica de José Antonio Mella y la conciencia antimperialista sembrada en el pueblo por el primer partido marxista-leninista de Cuba que fundara junto a Baliño; la generación de obreros y estudiantes de los años treinta, que en gran holocausto supremo ofrendaron sus energías juveniles por la revolución; el viril enfrentamiento al imperialismo de Antonio Guiteras, consecuente hasta su muerte en el Morrillo; la prédica cívico-política de Eduardo Chibás, que encarna el descontento nacional de toda una época.

Todo está listo. Los combatientes preparados, las armas dispuestas, la ejecución de los planes iniciada. A poco se cursará el aviso convenido de la partida al aparato clandestino del Movimiento. Está a punto de comenzar a escribirse la epopeya.



MANIFIESTO NO. 1

Del 26 De Julio

AL PUEBLO DE CUBA

"Vivo por mi patria y por su libertad real, aunque sé que la vida no me ha de alcanzar para gozar del fruto de mis labores, y que este servicio se ha de hacer con la seguridad, y el ánimo, de no esperar por él recompensa" — José Martí.

"Mis deberes para con la patria y para con mis convicciones están por encima de todo esfuerzo humano, por ello llegaré al pedestal de los libres o sucumbiré luchando por la redención de mi pueblo". — Antonio Maceo.

Bajo este nombre de combate, que evoca una fecha de rebeldía Nacional, se organiza hoy y prepara su gran tarea de redención y de justicia el movimiento revolucionario cubano.

Por acuerdo expreso de sus dirigentes se me confió la redacción de este primer manifiesto al país y los que en los sucesivos verán la luz en forma clandestina.

Al cumplir esta misión que me impone el deber, no vacilo en asumir la responsabilidad que implica calzar con nuestra firma estas proclamas que serán una constante arenga al pueblo, un llamado sin aplausos a la revolución y un ataque frontal a la camarilla de criminales que pisotea el honor de la Nación y rige sus destinos a contrapelo de su historia y de la voluntad soberana del pueblo. Y aunque en estos instantes me encuentro ausente del territorio nacional y por tanto fuera de la órbita de los tribunales que en él imparten las sentencias que les dicta el amo, no vacilé tampoco en hacerlo cuando delante del tribunal que me juzgaba desembarcar a los verdugos en pleno rostro, o desde las propias prisiones acusar con sus nombres al dictador y a sus generales sanguinarios de los crímenes del Moncada en manifiesto de fecha 6 de Enero de 1954, o rechazar la amnistía bajo condiciones previas, o ya en libertad pase en evidencia ante todo el pueblo la entraña cruel e inhumana del régimen de Batista. Qué me importan todas las acusaciones que puedan hacerme ante los tribunales de excepción? Cuba es mi patria y a ella no volveré nunca o volveré dignamente como me lo tengo prometido. Las naves están quemadas: o conquistamos patria a cualquier precio, donde pueda vivirse con decoro y con honor, o nos quedamos sin ella.

"Patria es algo más que opresión, algo más que un pedazo de tierra sin libertad y sin vida".

Apenas es necesario justificar la utilización de este medio para exponer nuestras ideas. La clausura del periódico La Calle, cuya valiente postura le ganó las simpatías del pueblo, aumentando su circulación a más de veinte mil ejemplares en sólo unas cuantas semanas, rubricó la mordaza más o menos disimulada que desde hace más de tres años mantiene la dictadura sobre la prensa legal en Cuba.

El espíritu de censura y de Ley de Orden Público con que el régimen quiso ocultar al pueblo la bárbara masacre del Moncada, pesa como una garra suspendida sobre los órganos de opinión pública. La clausura del cívico periódico de Luis Orlando, fue una advertencia más a la prensa de que sus opiniones no pueden pasar de ciertos límites, en realidad, inofensivos para los que mandan, como lo fueron en otras tantas oportunidades las tentativas a Mario Kochlin y Amanda Hernández, el asalto a la Universidad del Aiz y al periódico Pueblo, el palmocrisismo a los locutores de la CMRC, las agresiones a numerosos reporteros gráficos, la condena a Luis Cueto Agüero y a Pincha Gutiérrez, las clausuras a Pardo Lloja, Guido García Inclán, Max Levnick, Rivedulla, García Sifredo y otras arbitrariedades que hacen interminable el capítulo de agresiones a la libre emisión del pensamiento desde el 10 de Marzo.

Contra el que esto escribe se ensañó de modo especial la inquisición gubernamental. A partir de nuestro escrito en la revista Bohemia respondiendo a la goberde provocación de un esbirro miserable que vino por lana y salió trasquilado, prohibieron de modo drástico y definitivo la presencia nuestra en cualquier tribuna radial o televisada. Dos veces consecutivas se impidió la transmisión del Partido del Pueblo Cubano que de este modo sólo podría seguir saliendo al aire a condición de que nuestra voz no pudiese ser escuchada por el pueblo. En telegrama 142 R-OU-OF urgente de fecha Junio 13 de 1955 se hacía constar a la empresa que se había iniciado un expediente privándome de ese derecho. Caso inóclito se clausuraba no una estación, o un programa, sino un ciudadano. Ese gran trotador de todos los pesadros gubernamentales que es Ramón Vasconcelos, cuyo periódico lo compró siendo Ministro de Carlos Prío, desde cuyas páginas lanzó contra él cuando se alzó con el sano y la limosna, los más terribles ataques sin que nadie lo clausurara, que no era siquiera Batistiano la víspera del 10 de Marzo por qué andaba a la caza de un acta Senatorial por los predios de la ortodoxia, había encontrado en verdad un modo sui generis de ahogar la verdad.

Se utilizaron con éxito todos los resortes del poder para imponer la consigna de silenciarme en todas partes, lo que demuestra hasta que punto se ahoga hoy en Cuba toda manifestación moral nueva en el vergonzoso consorcio de la opresión, los intereses creados y la hipocresía general.

De este modo, cuando Santiago Rey, otro clínico, que fue priista hasta el 10 de Marzo de 1952, batistiano hasta el 10 de Octubre de 1944, y machalista hasta el 12 de Agosto de 1933, ordenó la clausura del periódico La Calle, el mismo día que en un artículo nuestro titulado "Aquí ya no se puede vivir", respondíamos a una de las estúpidas acusaciones del Coronel Carratalá y lo emplazábamos para que delunciará en cambio ante los tribunales los nombres de los jefes policíacos que se habían enriquecido con el juego ilícito, nos quedamos sin una tribuna donde exponer nuestro pensamiento.

Otro tanto hicieron con cuantos actos públicos se convocaron con el anuncio de nuestra presencia comenzando con el mitin de recibimiento a los presos políticos en la escuela universitaria. Llegaron al extremo de prohibir una cinta cinematográfica donde se reseñaba una visita nuestra en compañía de Guido García Inclán al Noticiero Nacional, irritados ante las muestras de simpatía que da ba el público.

Nos quedamos sin poder hablar, ni escribir, ni dar actos públicos, ni ejercer derechos cívicos de cualquier índole. Como si no fuéramos cubanos como si no tuviéramos ningún derecho en nuestra patria, como si habiéramos nacido parias y esclavos en la tierra gloriosa de nuestros libertadores inmóviles. A eso se le llama constitucionismo, igualdad ante la ley, garantías para la lucha cívica."

Manifiesto No. 1 del Movimiento 26 de Julio, redactado por Fidel en México, con fecha 8 de agosto de 1955.

“Soy de los que creen que en una revolución los principios valen más que los cañones. Al Moncada fuimos a combatir con fusiles 22. Nunca hemos contado el número de armas que tiene el enemigo; lo que vale, como dijo Martí, es el número de estrellas en la frente.

”No cambiaríamos uno solo de nuestros principios por las armas que puedan tener todos los dictadores juntos. Esta actitud de los hombres que estamos dispuestos a combatir y a morir contra fuerzas incomparablemente superiores en recursos, sin aceptar ayuda extraña es la respuesta más digna que podemos darles a los voceros de la tiranía.

”Batista no renunciará en cambio a los tanques, los cañones y los aviones que le mandan los Estados Unidos y que no servirán para defender la democracia sino para masa-

crar nuestro pueblo inerme. En Cuba se está perdiendo ya el hábito de decir la verdad.

”La campaña de infamias y calumnias tendrá un día no muy lejano su cabal respuesta en el cumplimiento de la promesa que hemos hecho de que ¡En 1956 seremos libres o mártires!

”Lo ratifico aquí serenamente y con plena conciencia de lo que implica esta afirmación a los cuatro meses y seis días del 31 de diciembre. Ningún revés impedirá el cumplimiento de la palabra empeñada. A un pueblo escéptico por el engaño y la traición no se le puede hablar en otros términos”.

FIDEL

“Carta sobre Trujillo”, *Bohemia*,
2 de septiembre de 1956.

“Al salir de las prisiones, hace diez meses, y comprender con claridad que al pueblo no se le devolverían jamás sus derechos, si no se decidía a conquistarlos con su propia sangre, nos dimos al empeño de vertebrar una fuerte organización revolucionaria y dotarla de los elementos necesarios para darle la batalla final al régimen. Para los que hemos hecho de esto una misión en la vida, no era lo más duro. Más ardua y fatigosa ha sido la lucha contra la mala fe de los políticos, las intrigas de los incapaces, la envidia de los mediocres, la cobardía de los intereses creados y esa especie de conjura mezquina y cobarde, que se interpone siempre contra todo grupo de hombres que intenta una obra digna y grande en el medio donde se desenvuelve [...]”.

“Ahora la lucha es del pueblo. Y para ayudar al pueblo en su lucha heroica por recuperar las libertades y derechos que le arrebataron, se organizó y fortaleció el MOVIMIENTO 26 DE JULIO.

”¡Frente al 10 de marzo, el 26 de julio!

”Para las masas chibasistas el MOVIMIENTO 26 DE JULIO no es algo distinto a la Ortodoxia: es la Ortodoxia sin una Dirección de terratenientes al estilo de Fico Fernández Casas, sin latifundistas azucareros, al estilo de Gerardo Vázquez sin especuladores de bolsa, sin magnates de la industria y el comercio, sin abogados de grandes intereses, sin caciques provinciales, sin politiqueros de ninguna índole; lo mejor de la Ortodoxia está librando junto a nosotros esta hermosa lucha, y a Eduardo Chibás le brindaremos el único homenaje digno de su vida y su holocausto: la libertad de su pueblo, que no podrán ofre-

cerle jamás los que no han hecho otra cosa que derramar lágrimas de cocodrilo sobre su tumba.

”EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la organización revolucionaria de los humildes, por los humildes y para los humildes.

”EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la esperanza de redención para la clase obrera cubana, a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas, es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de paz para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

”EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO hace suya la causa de todos los que han caído en esta dura lucha desde el 10 de marzo de 1952 y proclama serenamente ante la nación, ante sus esposas, sus hijos, sus padres y sus hermanos que la REVOLUCIÓN no transigirá jamás con sus victimarios.

”EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la invitación calurosa a estrechar filas, extendida con los brazos abiertos, a todos los revolucionarios de Cuba sin mezquinas diferencias partidaristas y cualesquiera que hayan sido las diferencias anteriores.

”EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es el porvenir sano y justiciero de la Patria, el honor empeñado ante el pueblo, la promesa que será cumplida”.

FIDEL

“El Movimiento 26 de Julio”,
Bohemia, 1º. de abril de 1956.

“¡Democracia sólo, no! ¡Democracia y además, justicia! La República donde cada cubano sepa leer y escribir, donde cada compatriota tenga una ocupación decorosa para ganarse la vida, donde el obrero participe de la riqueza que produce con su trabajo, donde el campesino que la trabaja sea dueño de la tierra, donde no se discrimine al negro, donde cada familia pueda vivir en un hogar decente, donde todo enfermo tenga hospital y medicina, donde cada empleado público, cada maestro y cada servidor del Estado, civil o aforado, tenga un sueldo digno, donde no se robe el dinero que debe invertirse en beneficio de todos, donde no quede impune la malversación y el crimen,

donde no pueda comprarse ni venderse un voto ni una conciencia; la República con menos ricos y menos pobres [...] Eso sería la verdadera revolución, la única revolución posible, la revolución justiciera y limpia, que desde sus raíces, sobre principios y sobre ideas, eche los cimientos de la Patria nueva. A otra no, porque no queremos que la historia futura de Cuba sea la repetición infructuosa de los desengaños pasados”.

FIDEL

“El Movimiento 26 de Julio y la conspiración militar”,
Aldabonazo, 15 de mayo de 1956.

Manifiesto No. 2

DEL 26 DE JULIO AL PUEBLO DE CUBA

“En todos los hogares cubanos hallárense magdalenas
ayuda. Y locamente a todas las puertas. Y pedríamos
llave de pueblo en pueblo. Y sea la llave porque la
pedríamos con honor.”

JOSE MARTI

A los hombres y mujeres de mi patria dirijo fundamentalmente estas líneas. En mi retina traigo todavía las escenas inolvidables que he vivido entre la emigración cubana de Estados Unidos. Fuertes de pie, en todas partes, los cubanos, con la mano en alto, juraron no descansar hasta ver redimida su tierra y arrojados luego en masa a depositar en el sembrero mambi el producto de su sudor que aquí virient en rudo trabajo. Pero aquella se habría de ser la única contribución. A los cubanos de la emigración no hay que buscarlos para ayuda; después de cada reunión pública se les va por las calles preguntando dónde está el local del Club Patriótico para solicitar su ingreso y ofrecer su aporte semanal; el 25 de enero entregarán el salario de ese día de trabajo; todos los domingos organizarán fiestas cubanas para entregar íntegro lo que se recude a la Revolución; la primera de ellas efectuada hace breves días en New York dejó un saldo de centenares de pesos. Todo lo hermano de nuestra tradición histórica ha revivido en la emigración cubana con indescriptible fervor. Ya están en marcha los Clubs Patrióticos de Bridgeport, Union City, New York, Miami, Tampa y Cayo Hueso. Nuevas núcleos irán organizándose en Chicago, Filadelfia, Washington y otros lugares donde radican los cubanos que han tenido que abandonar el país para irse a ganar en tierra extraña el pan que no podían obtener en su tierra natal. Siete semanas de esfuerzo incansable dedicados a organizar a los cubanos desde la frontera del Canadá hasta el Cayo glorioso, han rendido los mejores frutos.

El 25 de julio, que reúne y organiza en estrecho y disciplinado Movimiento a todos los elementos revolucionarios del país, arrojándose de los mares tradicionales en que ha girado hasta hoy la mariposa política cubana, ha llamado igualmente a luchar a nuestros hermanos de la emigración que también son cubanos que padecen las desdichas de Cuba, y la emigración ha respondido unánimemente junto al 25 DE JULIO. La emigración ofrece centenares de combatientes jóvenes, veteranos de los frentes de Europa y del Pacífico, en la segunda guerra mundial, muchos de ellos, que ahora quieren luchar por la causa de la libertad en su propia tierra, y ofrece además abundantes recursos económicos para que no vayan desarmados los brazos generosos y viriles que se enfrentarán otra vez a la tiranía con el grito de libertad o muerte en los labios.

Algunos no acaban de comprender el sentido de la proclama de una idea revolucionaria y se preguntan si ello no pone en guardia a la opresión. Olvidan muchas cosas; pero olvidan en primer término que nosotros no somos malversadores millonarios con sumas cuantiosas depositadas en los bancos; olvidan que nosotros no confiamos con bienes privados para ponerlos a disposición de nuestra causa, que lo ofreciéramos sin vacilar si los tuviera, lo mismo que ofrecemos lo único que poseemos: nuestra energía y nuestra vida; olvidan que una revolución a diferencia del patash militar, es obra de pueblo y hace falta que el pueblo esté sobreviviente para que sepa cual habrá de ser su participación en la lucha. En la revolución, como dijo Martí, “los métodos son secretos y los fines son públicos”. ¿Acaso crees

alguno que cuando nuestros libertadores solicitaban públicamente la ayuda a los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, pretendían ocultar al poder español que la revolución se estaba gestando en Cuba? Si no somos malversadores, si no somos ricos, ¿cómo vamos a obtener los recursos indispensables para la lucha si no se pidiéramos al pueblo? ¿Y cómo vamos a pedirle recursos al pueblo si no le hablamos al pueblo y le decimos para qué se quieren esos recursos? Si la Revolución asalta un banco para obtener fondos, el enemigo dirá que los revolucionarios son unos gangsters; si la Revolución acepta ayuda de los malversadores que saquearon la República, la Revolución estará traicionando sus principios; si la Revolución solicita ayuda de los intereses creados, la Revolución estará comprometida antes de llegar al poder.

Ya una vez fuimos al combate con los escasos recursos que pudimos obtener dando cada uno de nosotros lo poco que tenemos y solicitando en silencio la ayuda de unos cuantas personas generosas, y el resultado fue la derrota y los crímenes espantosos que la siguieron; entonces nada hubiéramos hecho con pedir en voz alta, porque nadie nos habría prestado atención; la fe estaba puesta en otros hombres de quienes todo se esperaba frente a la opresión. Hoy, después que hemos tenido que pagar a tan alto precio de sacrificio y de vidas la consideración de nuestros compatriotas, haremos lo que no pudimos realizar entonces: acudir públicamente al pueblo para que nos ayude; preparar al país para la Revolución en grande sin posibilidades de fracaso; dar las consignas que en todas partes deben seguir las masas, cuando estalle como una tempestad la rebelión nacional, para que los destacamentos de combate, bien armados y bien dirigidos y los cuadros juveniles de acción y agitación puedan ser secundados por los trabajadores de todo el país organizados desde abajo en células revolucionarias capaces de desatar la huelga general. Lo que no sabrá nunca el enemigo es dónde están las armas y en qué momento y cómo estallará la insurrección. Si la política predica públicamente en tesis electoralista, la Revolución debe predicar públicamente su tesis de rebeldía.

Predicar la Revolución en voz alta, dará, sin duda, mejores frutos que hablar de paz en público y conspirar en secreto, que fue el método seguido durante tres años y medio por el equipo desalojado del poder el día de marzo, secreto que no fue nunca un secreto para nadie. Gracias a nuestra campaña, véase que a pesar del regreso de los exiliados auténticos, que muchos erróneamente interpretaron como el fin de la etapa insurreccional, el sentimiento y la agitación revolucionaria es más fuerte que nunca en toda la nación, y el grito nuestro de “¡Revolución! ¡Revolución!”, es la consigna de la masa donde quiera que se reúne el pueblo. Todos los planes electoralistas del régimen para perpetuarse en el poder con la complicidad de las camarillas políticas de la pseudo-oposición, han sido deshechos por la estrategia nuestra. Unicamente los ciegos o los mariposeros o los envidiosos o los impotentes, podrían negarlo.

El panorama nacional se despeja; los hechos nos están dando la razón. Las masacres de obreros, los combates

EL YATE GRANMA

DURANTE meses, la dirigencia del Movimiento 26 de Julio ha estado buscando una embarcación que reúna las condiciones requeridas para la travesía hacia Cuba. Se consideran varias proposiciones que al final se desechan por diferentes motivos.

Al cabo, durante un viaje a Tuxpan, Fidel descubre el yate *Granma* en un varadero a la orilla del río Pantepec. La nave pertenece a un norteamericano llamado Robert Bruce Erickson.

con 10,5 pulgadas. Su desplazamiento máximo es de 48 toneladas, su autonomía de 43 horas y su velocidad normal de crucero es de 9 nudos.

Está equipado con dos motores Gray G. M. de cuatro tiempos, seis cilindros y 250 caballos de fuerza cada uno. Cuenta con una capacidad de combustible de 8 000 litros en cuatro tanques, y un consumo de 20 litros por hora. Sus dos hélices tienen un paso de 26 pulgadas y un diámetro de 18.



La escritura de compraventa especifica que el yate es adquirido por el señor Antonio del Conde. En efecto, el *Cuate* Conde, mexicano de nacimiento y colaborador utilísimo de los futuros expedicionarios en México, es comisionado por Fidel para que se ocupe de todo lo relacionado con la compra de la embarcación.

El *Granma* había sido construido en 1939. Tiene una eslora de 63 pies y una manga de 15. El puntal mide 16 pies y la banda tiene una altura de 6 pies

Para su construcción se usaron las siguientes maderas: en el fondo, sabicú, majagua, caoba, pino y roble; en la cubierta, caoba, teca y sabicú; en la superestructura, plywood marino, caoba y cedro, y en los interiores, pino, cedro y plywood marino.

La capacidad teórica del *Granma* es de unos 20 pasajeros y tripulantes; sus espacios de almacenamiento están concebidos en función de las necesidades de una embarcación de recreo destinada a realizar travesías relativamente cortas.

EXPEDICIONARIOS DEL GRANMA

Estado mayor

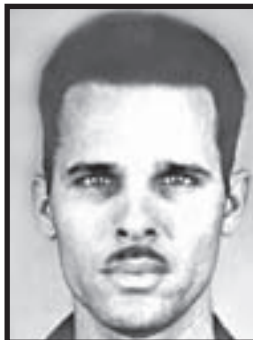


Comandante Fidel Castro
Ruz



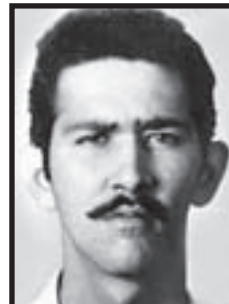
Capitán Juan Manuel
Márquez Rodríguez

Jefe de estado mayor



Capitán Faustino Pérez
Hernández

Oficiales adscritos al estado mayor



Teniente Antonio
López Fernández,
Ñico



Teniente Jesús Reyes
García, *Chuchú*

Oficiales adscritos al estado mayor



Teniente Cándido
González Morales



Teniente jefe
de Sanidad Ernesto
Guevara de la Serna,
Che



Jefe de Intendencia
Pablo Díaz González



Ayudante Félix
Elmuza Agaisse



Ayudante Armando
Huau Secades

Otros integrantes



Onelio Pino Izquierdo



Roberto Roque Núñez



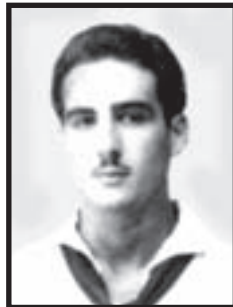
Jesús Montané
Oropesa



Mario Hidalgo
Barrios



César Gómez
Hernández

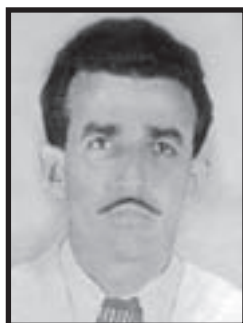


Rolando Moya García

Pelotón de vanguardia: 22 hombres



**Capitán jefe de pelotón
José Smith Comas**



**Teniente jefe
de escuadra José
Ramón Ponce Díaz**



**Evaristo Evelio
Montes de Oca
Rodríguez**



**Pablo Hurtado
Arbona**



**Esteban Sotolongo
Pérez**



José Fuentes Alfonso



**Andrés Luján
Vázquez**



**Emilio Albentosa
Chacón**



**Teniente jefe
de escuadra Horacio
Rodríguez Hernández**



Luis Crespo Castro



**Rolando Santana
Reyes**



José Morán Lesille



**Armando Rodríguez
Moya**



Luis Arcos Bergnes



**Humberto Lamothe
Coronado**



**Teniente jefe de escuadra
José Ramón Martínez
Álvarez**



**Miguel Cabañas
Perojo**



**Armando Mestre
Martínez**



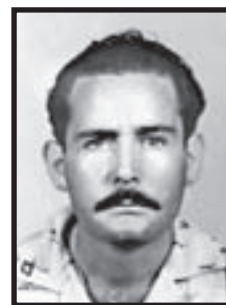
**Efigenio Ameijeiras
Delgado**



**Ernesto Fernández
Rodríguez**



Rafael Chao Santana



Raúl Díaz Torres

Pelotón del centro: 22 hombres



**Capitán jefe de pelotón
Juan Almeida Bosque**



**Teniente jefe
de escuadra Fernando
Sanche-Amaya Pardal**



**Sargento Antonio
Darío López García**



**Israel Cabrera
Rodríguez**



**Arsenio García
Dávila**



Jaime Costa Chávez



**René Orestes Reiné
García**



**Ramón Mejías del
Castillo, *Pichirilo***



**Teniente jefe
de escuadra Arturo
Chaumont Portocarrero**



**Enrique Cámara
Pérez**



**Norberto Godoy de
Rojas**



**Santiago Liberato
Hirzel González,
*Jimmy***



**Mario Fuentes
Alfonso**



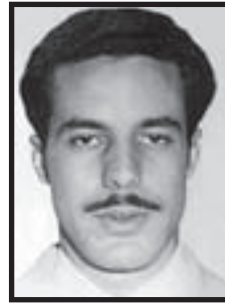
**Mario Chanes
de Armas**



**Miguel Saavedra
Pérez**



**Teniente jefe
de escuadra Norberto
Abilio Collado Abreu**



**Gilberto García
Alonso**



**Manuel Echevarría
Martínez**



**Oscar Rodríguez
Delgado**



**Camilo Cienfuegos
Gorriarán**



**Carlos Bermúdez
Rodríguez**



Eduardo Reyes Canto

Pelotón de retaguardia: 22 hombres



**Capitán jefe de pelotón
Raúl Castro Ruz**



**Teniente jefe
de escuadra Gino Doné**



**Sargento Calixto
García Martínez**



Pedro Sotto Alba



**Jesús Gómez
Calzadilla**



**Enrique Félix Cuel
Camps**



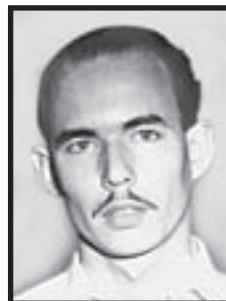
**Universo Sánchez
Álvarez**



**Calixto Morales
Hernández**



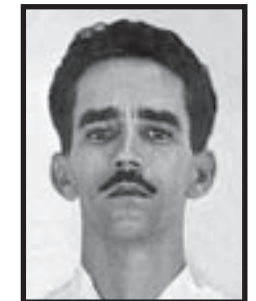
**Teniente jefe de
escuadra Julio Díaz
González**



**Arnaldo Pérez
Rodríguez**



**Reinaldo Benítez
Nápoles**



Gabriel Gil Alfonso



**Francisco González
Hernández**



**Alfonso Guillén
Zelaya Alger**



Raúl Suárez Martínez



**Teniente jefe de
escuadra René Bedia
Morales**



Ciro Redondo García



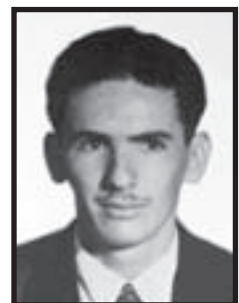
**Máximo Francisco
Chicola Casanova**



**Tomás David Royo
Valdés**



**Noelio Capote
Figueroa**

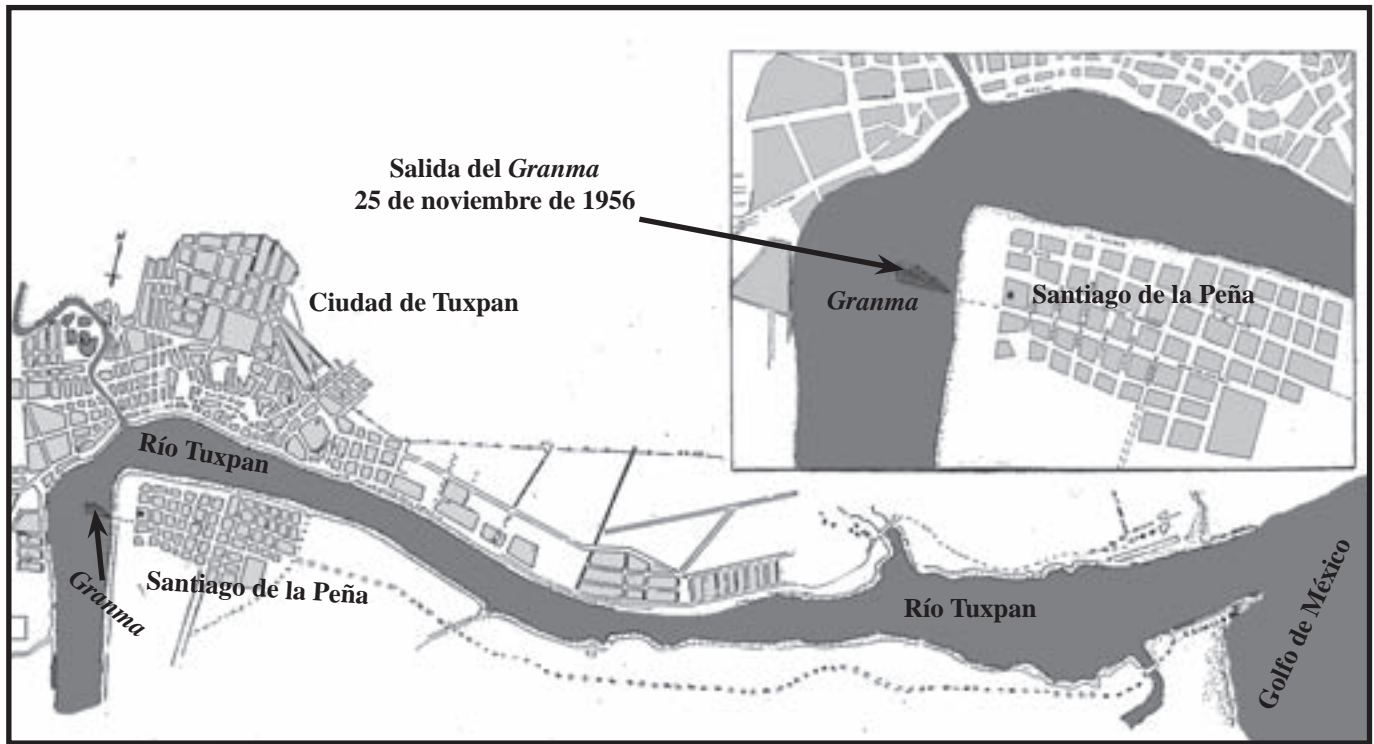


**Ramiro Valdés
Menéndez**



René Rodríguez Cruz

TUXPAN ESTADO DE VERACRUZ



Casa donde se concentraron los expedicionarios en Santiago de la Peña antes de partir.

EL *Granma* se hace a la mar a las dos de la madrugada del domingo 25 de noviembre. A bordo van los ochenta y dos integrantes de la expedición, acomodados lo mejor posible en los reducidos espacios de un yate previsto, a lo sumo, para veinte tripulantes. La nave va cargada, además, con gran cantidad de combustible adicional, el armamento, los uniformes y equipos, y una mínima cantidad de abastecimientos: unos cientos de naranjas, unas decenas de latas de leche condensada, pastillas de chocolate y algunas otras vituallas que apenas alcanzaron para los primeros dos o tres días.

El descenso por el río se realiza en medio de extremas precauciones. Las luces del buque están apagadas. Un solo motor trabaja a bajas revoluciones. Los hombres que están sobre cubierta van agachados, unos sobre otros. Una media hora dura la travesía por el río en esas condiciones y otra media hora el cruce del puerto. Nadie se percata de la salida y el *Granma* puede entrar sin novedad en el golfo.

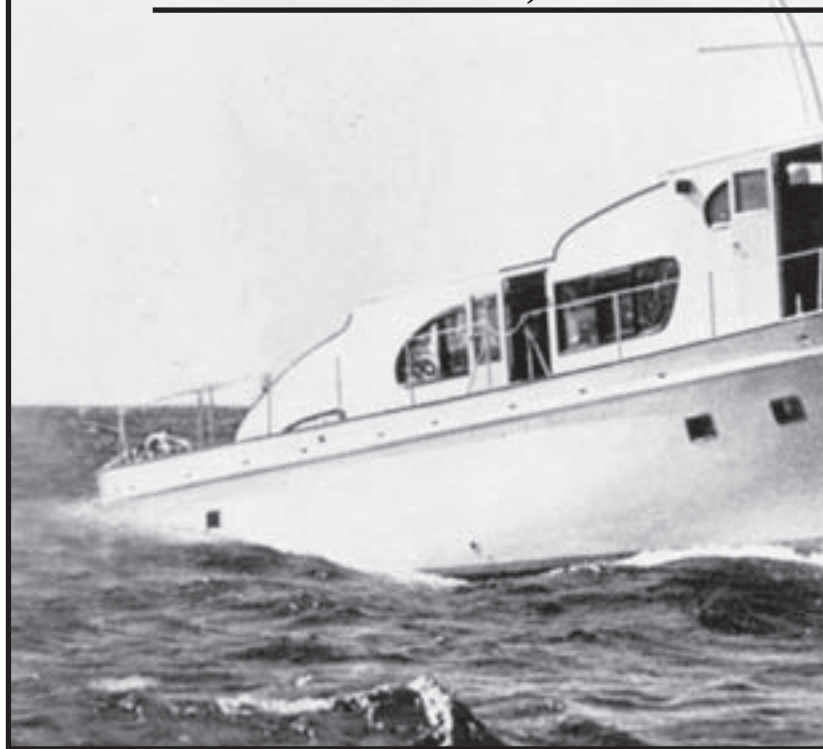
La nave, sobrecargada, hundida de proa y con la línea de flotación muy por debajo de lo normal, pasa con dificultades la primera prueba en mar abierto, al cruzar los enormes rompientes formados por el norte en desarrollo. Ya el silencio no es necesario y la emoción de estos hombres, que ven llegado el momento para el que se vienen preparando desde hace tantos meses, estalla en las estrofas del Himno Nacional y la Marcha del 26 de Julio.

Casi de inmediato, el inquieto estado del mar comienza a hacer estragos entre muchos de los bisoños navegantes. El fuerte balanceo del barco y la tensión nerviosa al fin liberada contribuyen a crear rápidamente un ambiente inquieto a bordo. Durante siete días, en un mar siempre agitado, los expedicionarios se debaten entre el mareo, los vómitos y las fatigas.

A la altura de la tercera jornada, comienzan a sufrir, además, la falta de alimentos y la escasez de agua. Al terminar el día inicial de navegación se detecta el primer contratiempo en los planes de la expedición. La duración del viaje había sido calculada a partir de la velocidad teórica del barco y en condiciones de carga normal. Sin embargo, con el exceso de carga la velocidad real se ha reducido en más de un veinticinco por ciento.

En la tarde, el propio día 25, el *Granma* comienza a hacer agua. Al peligro de la captura por las autoridades mexicanas se une ahora el de un naufragio

SI SALIMOS, LLEGAMOS



a ochenta millas de la costa, en un mar infestado de tiburones. Los expedicionarios todos se dan a la tarea de achicar el agua, pero una de las bombas no funciona. Comienzan entonces a trabajar desesperadamente con cubos. Al cabo de dos horas el nivel de agua dentro del barco se mantiene estacionario, y luego comienza a descender, al tiempo que se detecta y resuelve la causa de la vía de agua. Ha sido conjurada la primera amenaza.



Telegrama al Movimiento de Santiago de Cuba dando a conocer la salida de la expedición.

AMOS...



Durante los días siguientes la navegación transcurre sin incidentes importantes. Fidel pasa la mayor parte del tiempo comprobando el estado general del armamento. Por la radio de a bordo, el 30 de noviembre se enteran los expedicionarios del alzamiento de Santiago de Cuba. Enseguida todos comprenden la causa de aquello y la impaciencia se multiplica.

El Movimiento clandestino en Cuba tenía instrucciones de esperar a que se produjera el desembarco para iniciar las acciones. Sin embargo, el ímpetu y el ardor de los compañeros de Santiago de Cuba, dirigidos por Frank País, los hace lanzarse ese día para hacerlas coincidir con la llegada de la expedición, con el propósito de provocar la dispersión de las fuerzas enemigas. Ha fallado una de las premisas del plan táctico.

No obstante, el hecho de que los revolucionarios, vistiendo uniformes verde olivo y con brazaletes del 26 de Julio, lograran mantener el control de las calles de la ciudad durante varias horas, mientras las fuerzas represivas del régimen no se atrevían siquiera a salir de sus cuarteles, constituía una clarinada y ponía de manifiesto la capacidad organizativa del Movimiento y su determinación de enfrentarse a la dictadura hasta las últimas consecuencias. En las acciones caen Pepito Tey, Otto Parellada y Tony Alomá.

El 1.º de diciembre, sexto día de navegación, los expedicionarios comienzan a recibir sus armas y a probarlas. En la popa, Fidel y los jefes de pelotones van entregando el armamento. Algunos las prueban y disparan hacia el mar. Junto con las armas los expedicionarios reciben dos mudas de uniforme verde olivo, gorras, camisetas enguatadas y botas mexicanas. También se les entregan las mochilas, cantimploras y balas. Algunos reciben cuchillos de monte y otros, bayonetas.

A medida que el derrotero del *Granma* aproxima la nave a las costas cubanas y a la zona del desembarco, aumenta el peligro de ser descubiertos por unidades de la marina o la aviación de la tiranía. Batista tiene la información acerca de la salida del yate, sus características y los propósitos de la expedición. Los mandos militares de la tiranía han circulado la descripción de la embarcación a todas sus unidades, junto con instrucciones para su captura. No obstante, en la noche del 1.º de diciembre ya el *Granma* se acerca inexorablemente a la zona escogida de antemano para el desembarco.



Comunicación del ejército de la dictadura ordenando la búsqueda y captura del yate *Granma*, 1.º de diciembre de 1956.

Se comenta la preparación de un grupo para, en caso de cualquier encuentro con un guardacostas enemigo y ante el peligro de ser hundidos, dejarse abordar, entregarse unos pocos compañeros que permanecieran en cubierta. Pero seguidamente efectuar un contraabordaje con el grueso de los combatientes que han permanecido escondidos en el interior de la embarcación, después de disparar sobre ellos.

Los tripulantes comienzan ansiosos a tratar de localizar el faro de Cabo Cruz. Roberto Roque sube al techo del puente en varias ocasiones para tratar de divisar la luz. En una de ellas se sujeta al palo de estribor, pero de un bandazo del buque el palo se suelta y Roque cae al mar. De inmediato comienza la búsqueda del tripulante en medio de la más densa oscuridad. Más de media hora dura la angustia, sin más orientación que un débil grito ocasional del hombre que, de completo uniforme, lucha tenazmente para sostenerse sobre las olas.

A bordo del *Granma* las esperanzas de rescatar al compañero accidentado se van desvaneciendo.

—¡No se puede perder este hombre! —dice Fidel—. ¡No podemos perder un hombre, de ninguna manera!

Díario
(desde 24 nov. al 16 Dic) (30 Pags)

La noche del 24 de nov
llegamos al puerto de
a las 1, media o 2 de
la madrugada, partimos
a toda máquina, una
vez más fueron, entamos
1 hora, al poco rato
por mar picada, todo
el mundo vomita y se
sientan mareos la requie-
ta noche es la peor, na-
die comió, poco a poco se
van recuperando. Solo un
litro y una noche fueron
de calma. Hay que vacio-
nar los alimentos y el agua,
se para el hambre. Son 82
bordo y los mandos se
atribuyen en la siguiente

Página del diario de Raúl Castro.

Y volviéndose al capitán de la nave, Onelio Pino, pregunta:

—¿Qué rumbo traíamos? Navega un poco en esa dirección, y vira luego exactamente en la dirección contraria.

Así se realiza la maniobra. Al subir en una ola Roque ve cómo el buque avanza directamente hacia él, ya próximo. Tiene que zambullirse y apartarse. Nada y se aproxima lo más posible que le permite la marejada.

La oscuridad es total en la noche sin luna. Pichirilo, el expedicionario dominicano Ramón Mejía del Castillo, enciende una linterna en la proa. Roque nada hasta alcanzar un cabo suelto.

La alegría a bordo es incontenible. Se ha perdido casi una hora y buena cantidad de escaso combustible, pero se ha salvado la vida de uno de los expedicionarios.

El amanecer del 2 de diciembre sorprende al *Granma* a más de dos kilómetros de la playa de Las Coloradas. El plan original contempla desembarcar, ocupar camiones en la zona y avanzar rápidamente sobre Niquero y otras poblaciones con la intención de tomar los puestos militares, para después proseguir a la Sierra Maestra. Pero la demora de la búsqueda de Roque precipita una decisión ante la llegada inminente del día y el consiguiente peligro de que la expedición sea detectada por las unidades navales o aéreas de la tiranía. Hay, además, alguna confusión entre los pilotos, quienes hacen tres intentos por enfilarse bien el canal entre los bajos. Una revisión de los tanques revela que queda combustible para apenas unos minutos más de navegación. Ante esta situación, Fidel pregunta a Pino:

—¿Ese es el territorio firme de Cuba? ¿Tú estás absolutamente seguro de que no estamos en un cayó?

—Sí.

—Bueno, entonces ponme los motores a toda velocidad y enfila hacia la costa hasta donde llegue.

Así se hace, única solución en vista de las circunstancias. El *Granma* pone proa a la costa a toda máquina y encalla en el fango a unos sesenta metros de la orilla. Ha concluido la azarosa travesía. Va a entrar en acción y en la historia el Ejército Rebelde.



DE TUXPAN A LAS COLORADAS

A las 02:00 horas del 25 de noviembre de 1956, el yate *Granma* salva la boca del río Pantepec y sale a mar abierto. Toma entonces con rumbo de 90 grados verdaderos, directamente hacia el faro más inmediato en dirección Este. El rumbo permite quitar la mar de través e inclinarla hacia la amura, lo cual resulta necesario por lo emproado del buque, y permite también determinar exactamente la velocidad con vista a revisar el estimado teórico de 10 nudos que se ha hecho antes de zarpar. Con este rumbo se navegan 275 millas, a una velocidad de 6,7 nudos.

A las 19:00 horas del día 26 se traza un nuevo rumbo de 60 grados verdaderos. El cambio se hace necesario para evitar el faro de Punta Palmas, donde seguramente estarán apostados los guardacostas mexicanos, y seguir navegando de acuerdo con la configuración de la península de Yucatán a unas 60 millas del peligro de los guardacostas. A las 08:30 horas del día 27 pueden hacerse las primeras observaciones astronómicas, y a las 12:00 horas de ese mismo día se traza un tercer rumbo de 85 grados verdaderos, después de haber recorrido 119 millas marinas a una velocidad de 7 nudos.

El tercer rumbo conduce paralelamente a la costa norte de la península de Yucatán en dirección hacia el cabo de San Antonio, a una distancia suficiente para eludir a los guardacostas mexicanos y cubanos, quienes no pueden suponer que con el mal tiempo reinante el *Granma* esté navegando como un buque de porte. Se recorre en esta dirección una distancia de 215 millas marinas a una velocidad real de 7,4 nudos.

A las 18:00 horas del día 28 se traza un rumbo de 135 grados verdaderos. El *Granma* pasa esa noche a 23 millas del cabo Contoi, en México, y a 64 millas del cabo de San Antonio, quizás uno de los momentos más peligrosos de la travesía por la posibilidad de ser descubierto. El nuevo rumbo permite una navegación en figura geométrica contraria a la línea de la costa sur de Cuba, a una distancia suficiente para quedar fuera del alcance del patrullaje normal de la aviación. En esta dirección se navegaron 172 millas marinas a una velocidad de 7,5 nudos.

A las 17:00 horas del día 29 se traza un rumbo de 104 grados verdaderos, que lleva a recalar de noche al faro norte de Caimán Grande y asegurar así un punto gráfico que permita trazar con seguridad el derrotero de la etapa final del viaje. Cumplido este objetivo, a las 18:50 horas del día 30 se traza el último rumbo del viaje, 84 grados verdaderos, que conduce directamente hacia Cabo Cruz, marcando de día los Caimanes Chicos a una distancia segura y entrando en la zona de peligro ya de noche. Teniendo en cuenta la hora perdida en la noche del 1.º de diciembre por la caída de un tripulante al mar, se navegan con este rumbo aproximadamente 220 millas marinas a una velocidad de 7 nudos.

Finalmente, a las 04:00 horas del 2 de diciembre se traza frente a Cabo Cruz un rumbo aproximado al noreste y se navegan unas 13 millas hasta la llegada al punto de desembarco.

El tiempo total de navegación fue de aproximadamente 7 días y 4 horas. Se cubrieron 1235 millas a una velocidad promedio de 7,1 nudos.

EN ESPERA DEL DESEMBARCO

ALREDEDOR del 20 de noviembre, las distintas células del Movimiento 26 de Julio organizadas al suroeste de la provincia de Oriente, esperan con impaciencia el desembarco de Fidel y sus hombres. Hay grupos organizados en toda la costa: Manzanillo, Campechuela, Media Luna, Niquero y Pilón. También en las zonas altas del Toro, Sevilla, El Plátano y Purial, puntos básicos que servirán de recepción a los expedicionarios para su ulterior traslado a la Sierra Maestra.

Han realizado actividades de hostigamiento al régimen en la zona y, además, han logrado acciones de inteligencia contra el enemigo. En una oportunidad Celia Sánchez logró sustraer de un buque extranjero anclado en Pilón, los mapas y la carta náutica que se necesitaban para la expedición, y se lo entregó a Pedro Miret antes de que este partiera hacia México.

Cercana la fecha en que se espera el desembarco, el Movimiento cuenta en general con pocas armas y parque en la zona. El jefe de acción de la provincia, Frank País, dice a uno de los responsables, que ha ido a Santiago a plantear el problema:

—En cuanto al equipo, les llegará y no precisamente de Santiago. Solo puedo decirles que desde ahora está totalmente prohibido por la dirección del Movimiento realizar actos de sabotaje contra las vías de comunicaciones terrestres.

El 29 de noviembre, Beto Pesant llega a Manzanillo con la noticia de que al día siguiente se producirá un levantamiento en Santiago. La dirección del Movimiento, calculando la llegada de la expedición al día siguiente, se propone desviar la atención del ejército hacia otras zonas de la provincia para facilitar el desembarco. En la costa, los combatientes deben estar preparados para entrar en acción.

Lalo Vázquez recibe la misión de poner en estado de alerta toda la costa. Llega a Campechuela y da instrucciones al jefe local del Movimiento de cortar la comunicación telefónica y telegráfica con Manzanillo para obstaculizar la actividad del ejército. Sigue hacia Media Luna, pero aquí las órdenes no se dan con tanta claridad, pues hay sospechas de que el enemigo ha penetrado las filas revolucionarias. Lalo sigue hacia Niquero y sostiene una reunión, en la nevera de una planta de hielo en desuso, con Manolo y Roberto Fajardo y Eisler Leyva, que son los encargados de movilizar las fuerzas en el pueblo.

En Media Luna, en casa de Wilfredo Lara, se prepara una comida y se encienden todas las luces para que parezca que hay fiesta, y allí se reúnen Celia, Pesant y César Suárez con los principales cuadros del Movimiento en el pueblo. Luego siguen en un jeep a reunirse con Crescencio Pérez y su hijo Ignacio en Ojo de Agua de Jerez para esperar allí. Por su parte, Guillermo García afirma que, con un grupo de jóvenes, espera la expedición por la zona del río Toro.

El día 30, al mediodía, empiezan a llegar noticias. Pepito Tey, Otto Parellada y Tony Alomá han muerto en combate en las calles de Santiago. Los tres cadáveres visten el uniforme verde olivo y los brazaletes rojinegros con la sigla M-26-7. Del desembarco, sin embargo, no se ha tenido conocimiento.

Los hombres de Niquero comisionan a Lalo Vázquez para que salga en busca de instrucciones. Celia, Pesant y César Suárez deciden aún esperar. Pero en la tarde del 1º de diciembre avisan a todos los militantes acuartelados en Niquero y demás pueblos que regresen a sus casas a sus actividades normales, para no despertar sospechas, y Celia emprende con Pesant el regreso a Manzanillo.

Pero en Campechuela detienen a Celia, que se las ingenia para escapar ante los ojos atónitos de los soldados. Después de atravesar un marabuzal, logra salir a la carretera y allí para un carro.

—¡Celia, en esa facha!

El chofer resulta ser un tapicero de Manzanillo que en ocasiones le ha hecho trabajos en su carro.

—Se me rompió la cuña, la tengo por allá. Mire cómo ando. Lléveme hasta Manzanillo.

—Sí, sí, no faltaba más.

—Pero yo estoy esperando a unos amigos que me fueron a comprar una pieza para la cuña. Vamos a ver si los encontramos.

La máquina echa a andar y a corta distancia encuentran a Beto Pesant. Se bajan antes de llegar a Manzanillo para despistar al chofer y comienzan a caminar.

Cuando han avanzado un buen tramo sienten el ruido de aviones del ejército. Las tropas han tomado el aeropuerto de Manzanillo.

Es la mañana del 2 de diciembre.



Alzamiento del 30 de noviembre en Santiago de Cuba.



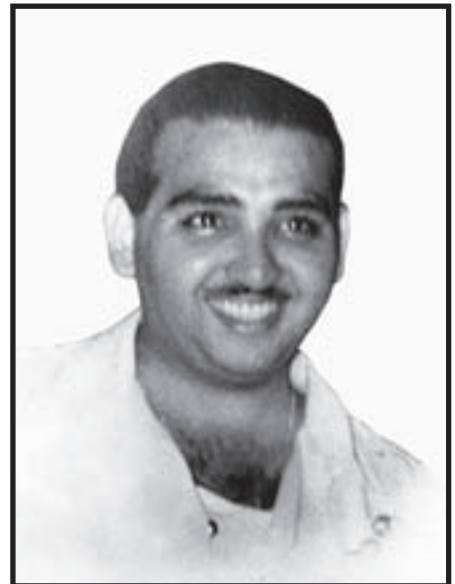
Estación de la Policía de Santiago de Cuba.



José Tey Saint-Blancard, *Pepito*.



Otton Parellada Echeverría, *Otto*.



Antonio Alomá Serrano, *Tony*.



Frank País junto a otros detenidos en el juicio por los sucesos del 30 de noviembre y el desembarco del *Granma*.

RELATOS DE CELIA SÁNCHEZ, LALO VÁZQUEZ Y CÉSAR SUÁREZ



CELIA SÁNCHEZ. La costa sur de Oriente brindaba todas las posibilidades para el desembarco que Fidel planeaba. Las montañas se adentran al mar, dejando a veces bocas que dan facilidad a las embarcaciones. Es una zona en la que se hacía factible la comunicación, porque los terraplenes cañeros entrelazaban tres centrales azucareros y tres cuartelitos de guardias muy bien equipados en armas. Había varios pueblecitos de guardias diseminados, que cuidaban grandes latifundios cañeros y ganaderos.

Pedrito Miret, Frank País, Luján,¹ Echevarría y yo salimos de Pilón en un barquito, a explorar la zona. A Pedrito le trajimos a La Habana, antes de que se fuera para México, los mapas y la carta náutica de toda la zona, de Marea del Portillo a Niquero.

La base principal del Movimiento 26 de Julio en Manzanillo era de obreros, campesinos, pescadores y estudiantes. Esa zona abarcaba diez centrales azucareros y una buena base pesquera, como principal centro de educación estaba Manzanillo, por eso la base estudiantil era la más baja en militantes.

Manzanillo es un pueblo de una tradición de lucha obrera como ninguno. Por encima de la filiación política de cada uno, imperaba su clase. En cualquier batalla, de cualquier sector, se levantaban todos. Los sectores zapatero, portuario y tabaquero, tenían un peso tremendo. Los vimos tirarse en manifestación a la calle por sus demandas, en una masa enardecida, con cabillas, palos, piedras, en su enfrentamiento al plan de machete del ejército y a sus armas de fuego caían heridos o muertos muchos de ellos.

Blas [Roca] podría hablar mucho de todo esto.

Desde entonces el Movimiento de estas zonas se da a la tarea de crear las condiciones para el desembarco. Teníamos organizado cada central por sectores, con un responsable, que abarcaba los obreros de la industria, los obreros agrícolas, los campesinos, pescadores y estudiantes, con los obreros agrícolas de la industria hicimos un gran movimiento en las elecciones sindicales que estaban señaladas para febrero de 1956, pero que se suspendieron para agosto. Nos propusimos tomar las direcciones sindicales, y creo que no estuvimos lejos de ello.

Porque fuimos sorprendidos, un día llevan a los cuarteles a cada candidato a aspirante a la Secretaría General del sindicato, ante una comisión militar, presidida por el teniente Suárez, muy conocido en los hechos del Moncada, y por un dirigente sindical que tenía prestigio entre los obreros azucareros de toda la zona. Los cuestionaron aquel día y los amenazaron a irse de todos aquellos alrededores. Allí mismo, ese mismo día, constituyó el ejército, en los cuarteles, las direcciones sindicales. Así fueron aquellas elecciones. Nuestros candidatos se dieron a la clandestinidad.

Mantuvimos el chequeo a los cuarteles. Teníamos información de los movimientos de vigilancia de

¹ Investigaciones posteriores determinaron que en esa ocasión no participó Andrés Luján, sino Luis Mario Rivero Martí, que les sirvió de chofer desde Manzanillo.

las fragatas, desde Santiago a Niquero, por el piloto de Río Chaviano, el teniente Randol Cossio, que era miembro del Movimiento. Por el puesto que ocupaba y la misión que tenía, su contacto sólo lo tuvo con Frank, Pepito Tey y conmigo. Él nos entregaba el reporte diario de las observaciones de las fragatas que le daba a Río Chaviano.



Frank País García.

El día 28 de noviembre Frank llamó a Beto Pesant, dirigente del Movimiento en Manzanillo. Nos imaginamos que ya Fidel venía. Pesant salió para Santiago. Micaela Riera y yo fuimos para Campechuela en busca de una pistola que nos tenían allá y para asegurar los abastecimientos de comida, los camiones con gasolina y los compañeros que movilizaríamos al otro día.

El 29 llegó Pesant con todas las informaciones de Santiago. Yo recuerdo que Lalo Vázquez salió ese día 29 hacia la costa, ¿no fue así, Lalo?

LALO VÁZQUEZ. Cuando ya Pesant te afirma por teléfono, con la clave que teníamos, yo me lanzo para la costa. Al primer lugar que llego es a Campechuela. Allí avisé al responsable, a Segucha [Heriberto González Fonseca]. Le di la alerta, que aglutinara a los grupos y se mantuviera así, hasta nuevas órdenes. A ellos no les sorprende, porque a cada rato había estas órdenes por las bolas que corrían los auténticos o la Triple A, que siempre se estaban “tirando”. Continué mi misión. Llegué a Media Luna. Aquí fui muy cau-

teloso, porque tú te acordarás, Celia, que al Movimiento allí lo teníamos en cuarentena, pensábamos que nos había penetrado el enemigo. Llegué a Niquero, nos reunimos en una nevera, que no tenía hielo.

CELIA SÁNCHEZ. César, Pesant y yo salimos esa noche para Ojo de Agua de Jerez. Llegamos a Campechuela y nos entrevistamos con el responsable del Movimiento. Seguimos a Media Luna a la casa de Gustavo, que nos tenía un jeep preparado para seguir a la Sierra, hasta llegar a Ojo de Agua de Jerez. Este lugar quedaba próximo al terraplén, lo que nos facilitaba la comunicación con los movimientos que se produjeran. Allí se movilizaron campesinos hacia la costa. Los compañeros que manejaban camiones cañeros fueron a cumplir la misión de situarse por distintos lugares con tanques de gasolina.

Guillermo García no se salió de su zona, por las posibilidades de desembarco que veíamos por allí. Monguito Pérez, que vivía en Purial de Vicana, era nuestro punto de contacto con los expedicionarios. Permaneció en su puesto, y el 16 de diciembre llegó Fidel allí, el 18 llega también Raúl.

LALO VÁZQUEZ. Allí en la reunión de la nevera decidimos hacer contacto con Celia. El 30 por la mañana salí a hacer contacto con ella, Pesant y César Suárez. Fui hasta Pilón a ver a Acacia, hermana de Celia, para que me diera el contacto con ellos. Fui para la casa de Ignacio Pérez, en Ojo de Agua de Jerez. Comentamos los sucesos de ese día en Santiago. Dormí allí y salí para Niquero. Tú me dijiste que si al día siguiente a las nueve de la mañana no estabas en Niquero era porque no teníamos noticias. Entonces nos veríamos al otro día en Manzanillo.

CÉSAR SUÁREZ. ¡Y a todo esto el *Granma* navegando! Nosotros esperando nuestras armas que vendrían ahí, según nos había dicho Frank.

CELIA SÁNCHEZ. Teníamos gran confusión, porque Frank nos había dicho que el levantamiento de Santiago se produciría casi simultáneo con el desembarco: llegando Fidel, se levantaban ellos. Nos hace pensar que hay noticias de Fidel por otro punto... Bueno, se nos crea la confusión. Decidimos irnos, impartir órdenes: que los compañeros que no estaban “señalados” y faltaban hacía tres días al trabajo, se incorporaran al mismo, y los que no, garantizarles guardarlos bien.

CÉSAR SUÁREZ. Tú recordarás que Lalo fue para Niquero; yo fui con Pesant y contigo para Media Luna.

Allí me quedé yo, y me encontré con el fenómeno de que los familiares de muchos compañeros que no estaban señalados, al desaparecer de sus casas, los propios familiares los denuncian creyéndolos presos, y ya muchos de ellos tenían que quedar clandestinos. Ya ellos habían realizado su labor, organizado en brigadas. Su misión era mantener incomunicado el teléfono y el telégrafo de Manzanillo con la costa, y lo lograron. Lalo los había organizado a su paso por allí.

Después llegué a Manzanillo y el día 4 hicimos contacto de nuevo, que es cuando ustedes llegan a Manzanillo y me cuentan la odisea que pasaron.

CELIA SÁNCHEZ. Sí, en Campechuela se queda Pesant con la misma misión de ustedes: que cada uno fuera a su puesto hasta nueva orden. Yo me quedé en un cafetín esperando al responsable del Movimiento de allí, para entrevistarme con él. Me sorprenden tres perseguidoras y unos del ejército: “¡La cogimos, hay

que buscar otros!” Tomaron las cuatro puertas del cafetín; me sentaron entre dos de ellos. En esos segundos, les pedí permiso para comprar fósforos en una vidrierita que quedaba cerca de una puerta. Luego les pedí permiso para comprar chicles y no llegué ni a cogerlos ni a pagarlos. ¡Escapé como una liebre! Corrieron ellos, sentí dos tiros. Parece que la sorpresa y el alharaco que formaron la gente que salía de las casas, y otras que entraban, me cubrieron la escapada. Aterricé en un marabú, impenetrable para ellos. Porque las espinas que ustedes ven en la corona de Cristo, yo las tuve en todo el cuerpo. Cuando pude entrar a Manzanillo, el día 3 o 4, en la cabeza sola tenía, 13 chichones de espinas infectadas y fiebre. De ahí seguimos a Santiago.

CÉSAR SUÁREZ. No hemos dicho que al compañero que estaba en la vidriera en la que Celia compró los fósforos, después lo sacaron una noche de su casa y lo asesinaron con 42 balazos.

RELATO DE GUILLERMO GARCÍA

Celia andaba en una máquina dando carreras por Pilon y se metía por donde quiera; tenía aquello revolucionado, andaba siempre con la máquina llena de muchachos.

Nosotros teníamos la orientación precisamente desde cinco días antes del desembarco. Ya había movimientos en la zona y estábamos avisados de que iba a haber desembarco. Yo no estaba seguro de eso, yo todavía no creía que de verdad iban a desembarcar por esa zona. Inclusive habíamos situado en el barrio del Plátano varios camiones de distintos tipos, cuyos dueños nada sabían, para cogerlos en el momento necesario y ayudar.

Nosotros esperábamos que el desembarco fuera por Ojo del Toro, que pertenece a Niquero. Esa era la orientación que teníamos: tener preparados vehículos para esperarlos por Ojo del Toro. Por toda la costa teníamos gente para la observación, porque nadie sabía el lugar fijo. Ya el día 28 de noviembre de 1956 daban vueltas por todos los lugares, principalmente por Ojo del Toro.

Crescencio decía que Celia “lo tenía mangoneado”. Por mediación de Crescencio es que teníamos noticias de todo.

El día 30 nos avisaron que llegarían por la costa, pero no hubo nada.



Guillermo García Frías.

AMANECE EN LAS COLORADAS



EL *Granma* encalla frente al lugar conocido como Los Cayuelos, entre Punta Coloradas, al nordeste, y Punta Purgatorio, al suroeste, a unos 1200 metros de la primera. Del lugar del desembarco hay aproximadamente dos kilómetros a la playa de Las Coloradas, ocho al caserío de Belic y veinte al poblado de Niquero, todos aproximadamente hacia el nordeste.

Poco a poco, en la medida en que se extiende la luz difusa del amanecer, los expedicionarios pueden precisar los detalles de la costa. Ante ellos se extiende una línea ininterrumpida de manglares, monótona y pareja, sin abertura alguna que facilite el acceso, ni diferenciación apreciable que permita un punto de referencia.

Aproximadamente a las 6:30 de la mañana del 2 de diciembre comienza el desembarco.

Fidel ordena a René Rodríguez que baje al agua y compruebe el fondo. El expedicionario se tira sin su

equipo. El agua le llega poco más arriba de la cintura. El fondo es cenagoso y resbaladizo, pero resiste su peso.

El bote auxiliar es bajado, pero bien por el peso de los hombres y equipos que suben a él o bien porque tenía una vía de agua, se hunde casi de inmediato.

Fidel se tira al agua con todo su equipo: mochila, fusil, canana; en el acto se entierra en el fango. Lo mismo ocurre con todos los demás que bajan cargados. Los hombres van saliendo por el costado derecho o estribor del buque. Unos se tiran, otros se descuelgan. Raúl Castro se queda a bordo hasta el final junto con su pelotón de retaguardia, tratando de salvar la mayor cantidad posible de equipos.

Un pescador de la zona ha estado trabajando desde la madrugada en un bote de remos, cerca de la costa. El *Granma* le pasa cerca. Cuando encalla, el pescador se atemoriza y se aleja remando. El barco de cabotaje *Tres Hermanos* va saliendo a esa hora de la laguna del Guaso, hacia el sur del lugar donde encalla el *Granma*, cargado de carbón para Manzanillo. Ve también el yate y da media vuelta a esconderse. Desde el norte viene acercándose el *Gibarita*, embarcación dedicada al tiro de arena de Cayo Casimba a Niquero. Al divisar el *Granma* da también media vuelta y regresa con rumbo nordeste a alertar a las autoridades navales.

El avance de los expedicionarios se dificulta extraordinariamente. Resbalan, se atascan, se hunden. Muchos están débiles por el ayuno de los últimos días de viaje y las fatigas constantes del mareo. A pesar de todo, haciendo cada cual un supremo esfuerzo, avanzan dispersos o en pequeños grupos hacia la costa, a la que se van acercando lentamente.

El agua les llega al pecho o a la cintura. Algunos, de estatura más pequeña, apenas pueden sacar la cabeza. El mexicano Guillén Zelaya tiene que mantener en alto a Norberto Godoy, que casi no da pie.

Al cabo, exhaustos, empapados y llenos de fango, los ochenta y dos hombres van llegando hasta las primeras raíces de los manglares. Algunos se detienen a coger aliento. Otros se internan enseguida en la intrincada maraña del manglar.



LA ZONA DEL DESEMBARCO

SEGÚN datos del censo de 1953, el municipio de Niquero estaba formado por diez barrios rurales: Belic, Platanito, Sevilla, Pilón, Vicana, Niquero Sur y Norte, Gorito, Media Luna y Jagua, con una población de 55 524 habitantes.

El nivel de escolaridad era sumamente bajo. En las zonas urbanas, donde había 5399 ciudadanos entre 5 y 24 años, solamente 1539 asistían a la escuela. En los barrios rurales las cifras eran todavía más aplastantes: de 24 461 ciudadanos entre 5 y 24 años, asistían a la escuela 2750.

El lugar del desembarco corresponde al barrio de Belic. Su territorio abarcaba pequeños centros de población o caseríos. Por la parte norte: Belic, Soledad, Yuraguana, Estacadero, El Palmar, Pozo Redondo, La Dominica. Las comunicaciones se realizaban por caminos y terraplenes acondicionados para el transporte de la caña y frutos menores con destino a Niquero. Por el sur hay otros núcleos de población: Agua Fina, Río Nuevo, Alegría de Pío, Las Palmas, El Guáimaro, La Conveniencia, Pozo Empalado. Las comunicaciones en esta parte eran más difíciles. Solo existían pequeñas veredas de carboneros o leñadores, por lo que el tránsito se realizaba principalmente a caballo o a pie.

La economía de esta región era muy pobre. Se elaboraba carbón en toda la zona costera, desde Las Coloradas a Cabo Cruz, aprovechando la vegetación de los manglares, y se transportaba en goletas y chalanas hacia Niquero y Manzanillo. También se extraían madera y leña de los bosques y montes que cubren la casi totalidad de este territorio, prácticamente

deshabitado. Solo existían pequeños ranchos de carboneros en Agua Fina. La pesca se limitaba al autoconsumo y se realizaba en pequeñas embarcaciones que salían de Belic, Niquero y Cabo Cruz.

Al este, y a pocos kilómetros de la costa, en un extenso llano limitado por algunas alturas y circundado por tupidos bosques, se extendían campos de caña que abarcaban una superficie de más de 1500 hectáreas. Tanto la tierra cañera como las zonas boscosas estaban, en su casi totalidad, en manos de compañías latifundistas norteamericanas o nacionales.

De oeste a este, se pasa bruscamente de la costa pantanosa a una faja de pradera poco húmeda que se extiende sobre la meseta de Cabo Cruz, a lo largo de 44 kilómetros. Esta meseta es una prolongación de la subregión de la Sierra Maestra, que se levanta hacia el este a partir de las alturas que bordean el río Toro.

En la meseta caliza se han labrado, a lo largo del tiempo, impresionantes terrazas que terminan en acantilados con más de 260 metros de altitud, como Punta Escalereta, o el farallón de la boca del Toro, con 355 metros.

La tupida vegetación de las terrazas está formada por especies herbáceas y arbustos bajos y espinosos. En los lugares donde el mar baña los farallones no existe vegetación. En una zona más baja se pueden encontrar uvas caletas, cactus y tunas.

El bosque que cubre la otra parte del territorio presenta una rica vegetación. En su capa superior los árboles alcanzan una altura de hasta 30 metros.

PRIMER ENEMIGO: EL MANGLE



PARA la mayoría de los expedicionarios, la ciénaga se prolonga sin interrupción más allá de la línea de la orilla. Algunos —entre ellos Fidel— tienen la suerte de topar con una estrecha lengua de terreno más sólido, que les hace abrigar la esperanza inicial de haber llegado a tierra firme. Pero apenas veinte metros más adelante, comienza de nuevo la terrible ciénaga.

La lucha no es solo contra el fango y contra el agua. Ahora hay que luchar, también y sobre todo, contra el mangle. Es imposible avanzar en línea recta. La red de raíces junto al agua se hace impenetrable. Los pies se enredan bajo el agua cenagosa; las armas y equipos se traban en las ramas. La marcha es un agotador acto de acrobacia, por encima de las raíces y las ramas. Algunos pierden pie y se atascan en el fango hasta el pecho. Hay que ayudarlos a salir.

El peligro de caer en una tembladera está presente en todos.

No hay punto de apoyo posible en esta marcha. Las manos no tienen asidero que no lacere o perfora. Las espinas y los filos de las hojas desgarran los uniformes y la piel. Una nube de jejenes y mosquitos se cierne sobre cada uno de los hombres y los azota.

Ante las dificultades del avance y el agotamiento, algunos van dejando entre el mangle parte de su equipo. Atrás quedan también el transmisor de radio y algunas armas y parque.

Transcurre una hora. Se han caminado algunos cientos de metros y la ciénaga no cede.

—¿Habremos caído en un cayo? —se preguntan angustiados Fidel y muchos otros de los que se debaten dentro de aquel infierno inacabable. No hay regreso posible.

La duda se agiganta cuando Luis Crespo sube a uno de los troncos más altos y no divisa más que agua y mangle. Es preciso cruzar un tramo despejado que forma una especie de laguna salada o albufera. De nuevo el agua a la cintura, enterrados en el fango o en arena blanda. Y del otro lado sigue el mangle. Crespo trepa varias veces. En una de esas ocasiones divisa a lo lejos el fin del manglar. Los ánimos despiertan.

La vegetación va cambiando. Han entrado en un terreno más arenoso por el que se tienen que abrir paso entre los filos agudos de las hojas de la cortadera. Crespo hace de nuevo las veces de vigía y descubre a lo lejos lo que parecen ser matas de coco, señal inequívoca de la tierra firme. Más adelante observa una casa y hacia allí encamina el grupo donde va Fidel.

Han pasado unas dos horas del desembarco cuando al fin los primeros expedicionarios, agotados pero animosos por haber vencido esta dura prueba, pisan la tierra firme. Algunos besan el suelo. Poco a poco va saliendo el contingente, cada grupo por un lugar distinto. Llegan por fin los más rezagados, pero faltan ocho combatientes, entre ellos Juan Manuel Márquez. Se han desviado hacia un rumbo más al norte en algún momento del cruce del manglar, posiblemente al llegar a la laguna, y han salido a tierra firme en un punto algo distante del resto del destacamento.



EN el manglar de Los Cayuelos se aprecia una sensible diferenciación en cuanto a la distribución de las especies, desde el borde externo hasta el interno.

La primera que se encuentra es la llamada mangle rojo, que alcanza alturas hasta de cinco metros. Desde el mar se ve como una densa pared vegetal. Sus raíces se caracterizan por tener forma de arcos y entremezclarse en intrincadas marañas de guías y ramas que a veces semejan grandes jaulas. El mangle rojo se desarrolla en la franja exterior, donde el agua de mar es tranquila. A sus enormes raíces se fijan ostiones y otros moluscos de conchas agudas y lacerantes, y un musgo resbaladizo cubre todas las superficies.

Intercalado con el mangle rojo crece el llamado mangle blanco, que puede alcanzar los diez metros de altura. Se caracteriza por raíces respiratorias que emergen del agua en forma de punzantes agujas.

El lecho fangoso del manglar es movedizo y traicionero. Tembladeras y manantiales subterráneos contribuyen a la inestabilidad de este fondo. Las aguas forman un caldo espeso, pestilente y tibio.

Detrás del manglar se extiende una zona intermedia con la tierra firme en la que crecen diferentes plantas herbáceas como la cortadera –de hojas filosas como navajas–, helechos acuáticos, bejucos, palmas canas y otros árboles.

El manglar está poblado por una abundante y abigarrada fauna. Nubes de mosquitos, jejenes y libélulas conviven con cangrejos, jaibas, hormigas, aves acuáticas y vertebrados tales como lagartos y jutías.

LOS CAMPESINOS

AL salir a tierra firme, Luis Crespo se encamina hacia la casa que había divisado. Antes de llegar a ella encuentra un campesino y lo lleva adonde está Fidel, a unos 300 metros en dirección al mar. Son alrededor de las nueve de la mañana.

El campesino es Ángel Pérez Rosabal, el dueño de la casa.

—No tenga miedo —le dice Fidel— soy Fidel Castro. Estos hombres y yo venimos a libertar a Cuba.

Fidel le pregunta algunas direcciones y datos de la zona, y lo invita a unirse al contingente. Luego se dirigen hacia la casa. Algunos expedicionarios tumban cocos y les sacan el agua y la masa. Otros

llegan hasta la casa y comen plátanos manzanos y unas masas de puerco que tenía preparadas la esposa de Ángel. Un grupo entra y se cambia los uniformes mojados. Mientras tanto siguen llegando los más rezagados.

El campesino ofrece preparar algo de comer. Busca un puerquito dispuesto a sacrificarlo, pero en ese momento, desde la costa, se escuchan unas detonaciones. Se trata del guardacostas 106, avisado del desembarco, que llega desde el nordeste. El buque lanza a rumbo hacia el mangle algunas descargas y ráfagas de ametralladora, por supuesto inefectivas a esa hora, y regresa hacia el nordeste remolcando el yate.



Ángel Pérez Rosabal y Luis Crespo.

Pero la tropa expedicionaria no podía saber si el cañoneo era el preludio de un ataque por tierra. Algunos no han acabado todavía de salir a terreno firme cuando Fidel da la orden de reiniciar la marcha. Llegan hasta un montecito cercano y allí se ocultan, en espera de que se les pueda reunir el pequeño grupo de Juan Manuel. A estas alturas son ya algo más de las once de la mañana.

Al poco rato comienzan de nuevo la marcha. Fidel ha impartido la orden de avanzar, aun en caso de dispersión, hacia la Sierra Maestra, para llegar a ella cuanto antes. Ángel Pérez indica el camino a seguir. La columna pasa por el costado de la casa de Marzo Herrera. Algunos entran, pero el campesino está en Las Coloradas en un velorio. Alrededor del mediodía llegan a un ranchón donde, junto a un pozo de agua, encuentran a los campesinos Pedro Luis Sánchez y Juan Herrera, hermano de Marzo. Este último se había tropezado poco antes con la tropa y había huido atemorizado.

Un expedicionario les explica quiénes son. Herrera les abre un portillo para que puedan seguir camino, mientras Pedro les va brindando agua a cada uno a medida que pasan. La columna hace un alto en un claro cercano. Son aproximadamente las tres de la tarde. Extenuados y hambrientos, los combatientes descansan. Algunos se cambian de ropa y otros limpian la que tienen puesta del fango y la arena acumulada.

Durante toda la tarde han estado sobrevolando y ametrallando la zona una avioneta de reconocimiento Beaver y dos aviones Catalina de la Marina de Guerra. Uno de los Catalina ametralla el cocal y la casa de Manuel Suárez, a dos kilómetros al sur de la de Ángel Pérez, confundiéndola con esta. Por un campesino de la zona las autoridades militares ya han sabido que la columna expedicionaria ha desembarcado y que pasó por la casa de Ángel Pérez.

Los combatientes avanzan por una manigua de mucha hierba pero pocos árboles. Tienen que tirarse a tierra a cada momento para evitar ser descubiertos

por los aviones. Cae la noche del 2 de diciembre. Los expedicionarios acampan en un cayito de monte cerca del camino del Mijial, a unos dos kilómetros al este del ranchón. Allí algunos comen caña y un poco de maíz tierno crudo. El destacamento hace su primera noche en pie de guerra, después de una jornada agotadora.



Pedro Luis Sánchez.

LA TROCHA

AMANECE el día 3 de diciembre. El hambre atenaza los estómagos de los expedicionarios. Muchos, al incorporarse, sienten como si la tierra se moviera. Son los efectos del mareo de la travesía que todavía les dura, y de la debilidad y el agotamiento.

La columna emprende la marcha en fila india. Atraviesan un bosque de árboles altos y coposos y entran en el diente de perro. La piedra aguda les destroza las botas. La marcha se hace fatigosa. Reaparecen los aviones, lo que obliga a interrumpir a menudo el avance y ocultarse. No se encuentra ni gota de agua en la ruta.

A media mañana, en El Mijial, la vanguardia llega a la casa de Zoilo Pérez Vega, más conocido en la zona como Varón Vega. El dueño no está. Fidel habla con la mujer y los hijos y les explica quiénes son y a qué han venido. José Rafael Pérez, uno de los hijos, informa a los expedicionarios las noticias que su padre ha escuchado en el radio de un vecino.

La familia prepara comida. Matan unas gallinas, hacen caldo para los más débiles, cocinan yuca y ofrecen ricos panales de miel. Algunos, como Cándido González, comen tanta miel que sufren los efectos después del ayuno prolongado. Toman agua hasta saciarse. Después de llenar las cantimploras –algunos de agua y otros de miel– y de recoger unos cuantos boniatos crudos, prosiguen la marcha alrededor del mediodía. Los guía Tato Vega, hermano de Varón, y uno de los hijos de este último.

En un momento del camino los combatientes de la vanguardia detienen al carbonero Fidencio Labrada, lo conminan a que sirva de práctico unos cuantos cientos de metros y luego lo dejan ir provisto de un salvoconducto para las otras supuestas columnas expedicionarias que vienen detrás.

Por la mañana el rumbo general ha sido hacia el sur. Ahora se encaminan en dirección al sureste. Van buscando una entrada a la Trocha, corte transversal en el monte que divide de oeste a este las tierras de la Beattie Sugar Company de las de otros latifundios. Todo el resto de la tarde la columna camina por la Trocha en una marcha fatigosa sobre el diente de perro. El ancho trillo está bien oculto desde el aire por las copas de los árboles.

El destacamento se desplaza en dos columnas, una a cada lado del sendero. Entre cada combatiente hay unos tres metros. El pelotón de vanguardia, al mando de José Smith, va explorando el terreno. El estado mayor marcha aproximadamente al centro de la larga procesión, que ocupa más de cien metros. Cierra la marcha el pelotón de retaguardia al mando de Raúl.

Al oscurecer el destacamento llega a un claro del bosque donde tres campesinos están haciendo carbón. Es el corte de carboneros de Quino Jiménez, en Agua Fina. Al acercarse los hombres de la vanguardia, camuflados con hierbas y provistos de armas largas, los campesinos huyen despavoridos. Luis Crespo sale a alcanzarlos y no regresa.

El grueso del contingente acampa en el bosque mientras un grupo prepara comida con las provisiones que se encuentran en el lugar. Hay agua y la pequeña ración de arroz blanco y frijoles negros resulta un banquete.

Los expedicionarios, en la oscuridad, no se percatan de un buen número de gallinas, posadas en los palos para pasar la noche, que hubieran sido parte de una espléndida y reconfortante cena.

Dejan cinco pesos en el rancho, en pago por los víveres, y acampan definitivamente dentro del bosque, unos cuantos cientos de metros hacia el este.

REENCUENTRO CON JUAN MANUEL

EL grupo de ocho expedicionarios que toma por error otro rumbo dentro del mangle, la mañana misma del desembarco, está compuesto por Juan Manuel Márquez, René Rodríguez, Roberto Roque, Norberto Collado, Ramón Mejías del Castillo, Luis Arcos, José Ramón Martínez y Armando Rodríguez Moya. Salen a tierra firme aproximadamente a la misma hora que el grueso del contingente, pero algo más al norte.

Toman por un camino en dirección nordeste. Alrededor del mediodía un avión Catalina los detecta. Los combatientes se resguardan junto al tanque de agua de un molino. El Catalina hace un pase rasantemente con sus ametralladoras, con el único resultado de producir algunos impactos en el tanque.

Un poco más tarde, el grupo encuentra a un campesino que les indica la dirección de una casa donde pueden ser bien recibidos. Un niño, el hijo del campesino, los acompaña hasta la casa de Augusto Arrancha, en el camino de La Jita. En algún momento de la tarde, una mujer les ofrece unos platos de comida. Los expedicionarios comen en un montecito cercano y después entierran los platos para no dejar rastros.

No ha podido ser determinado el lugar en el monte donde pasan la primera noche. Al día siguiente, después de dar un rodeo por la zona, toman el camino de Agua Fina hacia el sur. Alrededor de las cinco de la tarde del día 3 llegan a Ojo de Agua, a la casa del campesino Augusto Cabrera.

Cabrera había salido. Al regresar, encuentra a tres de los expedicionarios en la cocina de su casa. A los pocos minutos llegan Juan Manuel y los demás. Juan Manuel pide aguja e hilo para remendar su uniforme desgarrado en el cruce del manglar. Cabrera les ofrece un poco de sambumbia.

Pasan unas horas. Ya de noche, Cabrera está sentado en el portal cuando se acerca un hombre a la casa. Juan Manuel oye voces afuera que discuten.

—Señora —dice a la esposa de Cabrera—, apártese con los niños, que yo oigo a su esposo hablando con una gente extraña, no vaya a ser que tengamos que pelear.

Los expedicionarios se mantienen alertas. Unos instantes después entra Cabrera en la casa con el hombre. Es Luis Crespo.

Todos lo abrazan emocionados. Crespo relata entonces cómo ha llegado hasta allí. En su afán por dar al-

cance a los carboneros que huyen de la Trocha al paso de la columna expedicionaria, pierde el rumbo en la oscuridad, a pesar de que ha ido dejando señales en el camino. Al rato de andar vagando desorientado por el monte, escucha unos golpes a su espalda. Vuelve sobre sus pasos y se acerca a una casa. Los golpes que ha sentido son los del pilón donde la esposa de Cabrera está moliendo café. Encañona con su pistola al campesino en el portal y entra en la casa para encontrar, sorprendido y emocionado, a sus compañeros.

Cabrera está dispuesto a servir de práctico a Luis Crespo para regresar adonde ha de estar acampado el grueso de la columna. Salen esa misma noche. En la casa quedan Juan Manuel y los otros siete de su grupo.

La oscuridad es cerrada y el camino difícil. Al cabo de una hora llegan a la Trocha. Descansan un momento y luego siguen caminando. Ya al amanecer llegan al rancho de los carboneros. Un poco más adelante está el campamento. Ya la columna se está poniendo nuevamente en marcha y topan con la retaguardia.

Crespo da a Fidel la noticia del encuentro con Juan Manuel. Se decide de inmediato enviar a recogerlos y parten otra vez Luis Crespo y el campesino Cabrera, acompañados por Andrés Luján. Regresan dos horas después con los ocho compañeros. Traen un buen pedazo del chivo que había sacrificado la esposa de Cabrera para el almuerzo que ellos no quisieron esperar.

La alegría es general. El destacamento del *Granma* está otra vez completo.



Augusto Cabrera.

SIEMPRE HACIA EL ESTE

LA noche del 3 al 4 de diciembre no ha transcurrido tranquila en el campamento de la columna expedicionaria. A la ansiedad por llegar a la Sierra Maestra, cuyo perfil ni siquiera se dibuja en el horizonte, se suman las noticias recibidas de los campesinos acerca de la movilización de las fuerzas de la dictadura y el cerco tendido por los guardias. Intranquiliza la falta de noticias de los ocho compañeros que han perdido contacto y ahora la pérdida de Crespo.

A medianoche salen de sus guaridas los enormes cangrejos que habitan entre el diente de perro. Se les siente hacer ruidos inquietantes. Por la mañana, Arnaldo Pérez asegurará que un cangrejo cortó por tres lugares el cordón de una de sus botas.

Durante la noche se siente un tiroteo. Aunque los expedicionarios no tienen forma de saberlo, se trata de un encuentro entre dos patrullas del ejército enemigo. La incertidumbre de que pudiera ser una emboscada al grupo que ha perdido contacto, corta el sueño a los expedicionarios. Muchos de ellos, si no todos, tienen los pies tan llagados por las botas nuevas, que difícilmente pueden dormir.

Tato Vega, el campesino que ha servido de guía durante la jornada anterior, escapa durante la noche, los expedicionarios no lo saben entonces, pero ha ido a buscar a los soldados para delatar el rumbo del contingente revolucionario.

Al amanecer, apenas la columna se ha puesto en movimiento, llegan Crespo y Augusto Cabrera. En la breve conversación que sostienen, el campesino informa a Fidel que a poca distancia hacia el este está la bodega del vizcaíno Gondras. Un grupo se adelanta y compra galletas, chorizos y leche condensada, mientras el grueso del contingente no se mueve en espera del regreso de Juan Manuel y los demás compañeros.

Poco después de las ocho de la mañana se da la orden de emprender la marcha. Prosiguen por la Trocha, pero el camino se hace cada vez más accidentado y descubierto. Desde el amanecer los avio-

nes continúan sobrevolando toda la zona. Es preciso esconderse a cada momento.

El carbonero Jesús Luis Sánchez les sale al encuentro. Es hermano de aquel Pedro Luis que dio agua a los combatientes el día del desembarco. Les ofrece descanso y comida en su casa. La columna dobla hacia el sur y deja atrás la Trocha.

Los expedicionarios acampan a poca distancia de la casa que ocupan Luis y el campesino Alfredo Reyor. Se prepara rápidamente una sabrosa comida: arroz, bacalao, yuca, papas y la porción de



Alfredo Reyor.

chivo comprada esa misma mañana a Augusto Cabrera. Se calman momentáneamente el hambre y la sed, compañeros casi inseparables desde la salida de México.

A la caída de la noche, el destacamento emprende de nuevo la marcha hacia el este. Jesús Luis y Pancho Capote los acompañan por veredas de monte hasta la bodega de Saturnino Iglesias, ubicada donde termina el monte y comienzan los extensos campos de caña de la New Niquero Sugar Company. En la bodega compran chorizos, galletas y cigarros, pero no se detienen. Los campesinos regresan, después de indicar la mejor ruta a seguir, y la columna se pierde en la noche de los cañaverales.

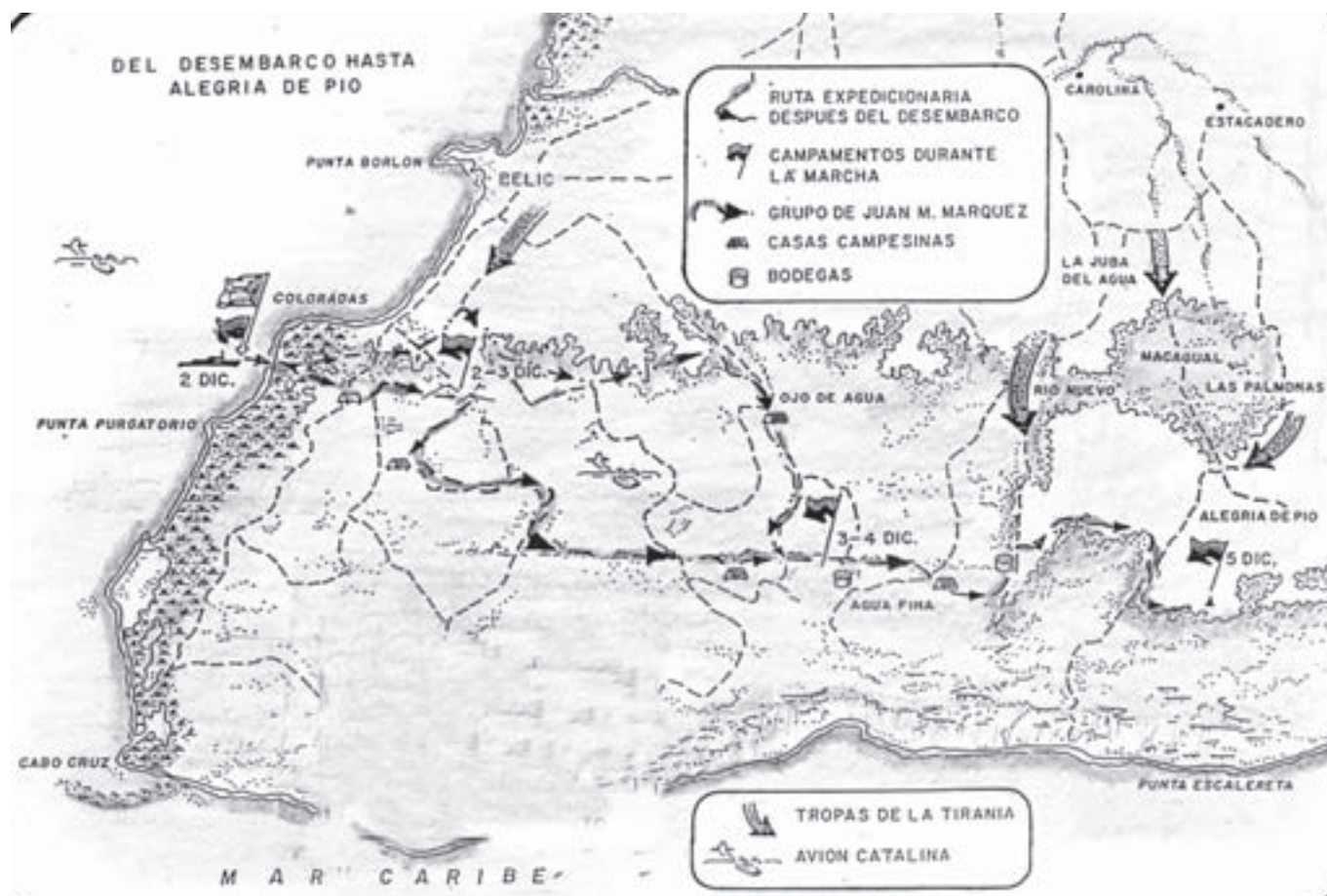
Fidel ha decidido, ahora que están en la caña, avanzar toda la noche y hacer alto cuando llegue el

día. Después de bordear durante un rato los campos cañeros, se internan durante un trecho en ellos para hacer el rastro menos visible. Vuelven a salir a la guardarraya exterior y caminan siguiendo el contorno de los campos junto al monte.

Durante toda la noche, los expedicionarios calman su sed con la caña. A las doce de la noche se detienen y duermen unas horas. Prosiguen luego la marcha hasta el amanecer. Rendidos por la fatigosa jornada nocturna, acampan en un pequeño cayo de monte a la orilla de los cañaverales. Generaciones anteriores de campesinos han dado a esta zona un nombre singular: Alegría de Pío.



Saturnino Iglesias.



LA REACCIÓN DEL ENEMIGO

LAS primeras noticias sobre el desembarco que recibe el ejército de la dictadura, provienen del Escuadrón de Manzanillo, el cual, a su vez, ha sido informado por el jefe del cuartel de Niquero.

Inmediatamente se cursan órdenes urgentes de despachar tropas hacia la zona de Las Coloradas. Esa misma noche llega un grupo de marinos del Distrito Naval de Oriente, en un avión Catalina, desde Santiago de Cuba. El guardacostas 106 de la Marina, que está anclado en Niquero, se mantiene en estado de alerta. Se envían soldados y policías de Manzanillo, Campechuela, Media Luna y otros lugares cercanos.

Las órdenes también afectan a las fuerzas acantonadas en Santiago de Cuba y Holguín desde el 30 de noviembre e, incluso, a las de La Habana. En todo el país el ejército se moviliza. La represión se desata contra los revolucionarios por toda la isla.

Al día siguiente, la fragata *Antonio Maceo* se dirige a la zona del desembarco procedente de la base de Guantánamo. Al mismo tiempo, llegan más refuerzos por tierra. Se envía desde Holguín a la 3ª Compañía del Batallón 1 de artillería de costa, perteneciente al Regimiento 7 Máximo Gómez, de la Cabaña. Ese propio día 3 se prepara el cerco y se distribuyen las fuerzas militares en patrullas y emboscadas por lugares de la zona, tales como La Esperanza, Alegría de Pío, La Juba del Agua, Río Nuevo, Sevilla

Arriba, Los Quemados, Pozo Redondo, Belic, Pozo Empalado, Boca del Toro y demás posibles lugares de salida de la zona.

El objetivo del ejército es evidente: encerrar al destacamento revolucionario en un triángulo cuyo frente sería una línea imaginaria de Niquero a Boca del Toro, con una segunda línea a lo largo de la carretera de Niquero a Píón, e ir constriñendo el cerco hasta copar al contingente en algún lugar de la zona, o ponerlo de espaldas al mar y obligarlo a rendirse por hambre y sed en una región despoblada e inhóspita, donde escasea el agua y la comida.

El día 4, el ejército continúa ocupando posiciones en los caminos, guardarrayas, cañadas, ojos de agua y otros puntos estratégicos. El capitán Juan Moreno Bravo, jefe de la Compañía, y el comandante González Ramos, jefe del Batallón 1, asumen la dirección de las fuerzas que tienden el cerco al destacamento expedicionario. Sitúan en el batey de Alegría de Pío, en casa del mayoral Rodríguez, un cuartel provisional para dirigir las operaciones. Emplean la red de teléfonos del central Niquero para las comunicaciones. El centro telefónico del central está en la oficina del ingenio, frente a la casa de vivienda, en Niquero. En esta se sitúa la jefatura principal, al mando del coronel Ramón Cruz Vidal.

Al día siguiente llegan más refuerzos. Se estima que las tropas que se sitúan por toda la zona suman cerca de mil hombres. Se emplazan ametralladoras calibre 30 en posiciones estratégicas. La aviación realiza vuelos de observación y también de bombardeos y ametrallamientos.

Las fuerzas de aviación utilizadas incluyen aviones Catalina, avionetas Beaver de reconocimiento, aviones caza F-47 y F-42, bombarderos B-26 y aviones de transporte militar.

En horas de la tarde del 5 de diciembre, tropas al mando del capitán Moreno Bravo se dirigen hacia la zona de los cañaverales que linda con los montes, en Alegría de Pío, y entablan combate con los expedicionarios acampados en ese lugar.





A pesar de los factores que lo favorecen, como son la sorpresa, el armamento y la superioridad numérica, el ejército es incapaz de dar la batida general que se propone. Los soldados comienzan a disparar desde posiciones muy retiradas, lo que les obliga a mantener una línea de fuego muy alta por las características topográficas del lugar donde se realiza la acción. No pueden así establecer un fuego rasante que pudiera haber ocasionado enormes bajas a la columna. El tiroteo se extiende hasta el anochecer. El ejército sufre tres heridos, uno de ellos grave que fallece más tarde.

Los expedicionarios se repliegan hacia las cañas y el monte. El enemigo se mantiene en sus posiciones, sin avanzar, y permite que prácticamente la totalidad del destacamento se le disperse. Algunos combatientes que durante el tiroteo han mantenido un fuego constante, evitan que los soldados se desplieguen y logren el objetivo de coparlos totalmente. No obstante, el ejército

considera que la derrota de los revolucionarios ha sido total. Dispersos y cercados en una zona estrecha y difícil, arrinconados contra el mar, solo será cuestión de tiempo irlos liquidando.

En los días subsiguientes, el ejército refuerza el cerco. Tropas de infantería patrullan constantemente los campos de caña y los límites del monte. Por las noches se mantiene la red de emboscadas en toda la región. Unidades de la Marina sostienen el patrullaje de toda la costa, principalmente de Pilon a Cabo Cruz. La aviación bombardea y ametralla sistemáticamente toda la zona de los cañaverales de Alegría y los montes al sur hasta la costa, y refuerza los vuelos de observación.

Hasta el día 15 las fuerzas de la tiranía han capturado a 17 expedicionarios. Otros 21 han muerto, la inmensa mayoría asesinados a mansalva por esbirros tales como el teniente Julio Laurent, del Servicio de Inteligencia Naval, o el capitán Caridad Fernández, jefe de la Capitanía de Manzanillo de la Guardia Rural.

Ese día el ejército decide levantar su cerco principal, en la carretera de Pilon. Suponen que ya solo deben quedar unos pocos expedicionarios dispersos por el monte, desorientados, hambrientos y desmoralizados, cuya captura o muerte eventual es cosa prácticamente asegurada.

¡No pueden haber cometido error más grave! Una vez más los déspotas ignoran la capacidad de lucha y resistencia de un combatiente revolucionario.



EL ENEMIGO DESINFORMA



LA noticia del desembarco de Las Coloradas es silenciada por el Gobierno con el pretexto del descanso dominical periodístico. Sin embargo, la noche del propio día 2, cables de agencias de noticias norteamericanas anuncian que Fidel Castro, su hermano Raúl y otros expedicionarios han muerto en un intento de desembarco por la zona de Niquero.

Una de las primeras medidas del Gobierno es la suspensión de las garantías constitucionales y, por consiguiente, la censura de la prensa. Solo se permiten dar a conocer las noticias provenientes de los mandos militares, los únicos autorizados para informar acerca de las operaciones que se llevan a cabo contra los expedicionarios.

El Gobierno organiza una campaña de difamación y descrédito, a nivel nacional, contra Fidel y sus compañeros, acusando a la columna expedicionaria de estar integrada, en su mayoría, por extranjeros y elementos adictos al tirano Trujillo, o bien simplemente por bandidos. Titulares de prensa reflejan informaciones sobre grandes contingentes de tropas que han sido enviadas hacia la zona de operaciones y que las acciones contra el contingente revolucionario permiten predecir su rápido exterminio.



En la zona del desembarco las tropas batistianas insisten especialmente en estos temas. Se propalan rumores y falsas noticias sobre la muerte de Fidel y el grueso de los expedicionarios, sobre el tamaño y la composición del contingente. Se lanzan volantes sobre toda la zona prometiendo la vida a los que se entreguen, mientras se trata de silenciar o desvirtuar la verdad sobre las circunstancias de la muerte de los combatientes que son asesinados. Se intimida a los campesinos para que no brinden ayuda a los hombres de Fidel. Se fomenta la delación y se premia la traición.

Pero a pesar de la propaganda y las presiones, los combatientes reciben la ayuda generosa de decenas de campesinos que cooperan decididamente, muchas veces a riesgo de sus propias vidas.



EL BAUTISMO DE FUEGO

EL batey de Alegría de Pío, que da nombre a toda la zona que lo rodea, está situado casi en el centro de una extensa plantación cañera, aproximadamente al nordeste de Agua Fina. Es en el borde sur de los cañaverales, en el límite del monte, donde acampa la columna expedicionaria en la mañana del 5 de diciembre.



El lugar escogido para el campamento no es el más idóneo. El contingente se detiene en un pequeño cayo de monte que se introduce en la caña unos cien metros. La vegetación no es lo suficientemente densa como para ocultar por completo la presencia de los expedicionarios. Detrás de la posición que ocupa la columna, el terreno presenta una ligera elevación que corre transversalmente en sentido casi paralelo al montecito que sirve de campamento. La altura no permite observar un avance del enemigo en esa dirección.

No obstante, se decide acampar en vista del estado general de agotamiento de la tropa, después de las jornadas anteriores. Es imposible, además, continuar la marcha por la presencia, casi desde el mismo amanecer, de los aviones de reconocimiento.

La vanguardia de la columna ocupa posiciones en el borde exterior del saliente de vegetación, con un campo de caña al frente y a la izquierda y el firme del monte a la derecha. Se establecen las postas de

vigilancia mientras la mayoría de los combatientes descansa, duerme o se pone a comer caña. Algunos se descalzan para curarse los pies llagados.

El vuelo de las avionetas es constante. A poca distancia de allí, el ejército ha establecido su puesto de mando en el batey. Desde el día anterior han estado llegando guardias a la zona. En la mañana del día 5 han venido refuerzos en camiones. La actividad parece indicar que han localizado la ubicación general del contingente expedicionario y se preparan para dar una batida. Un informante les confirma, al mediodía, la presencia de los revolucionarios por los alrededores.

A media tarde se prepara la comida en el campamento: chorizos, galletas y un poco de leche condensada. Apenas los hombres han terminado de comer cuando se escucha un disparo. Son aproximadamente las cuatro y media de la tarde.

Una compañía reforzada de soldados –más de cien hombres– se ha venido acercando a la posición por entre la caña y las hierbas del campo situado al frente y a la izquierda de la retaguardia de la columna revolucionaria, siguiendo una dirección casi paralela a la línea del monte. La pequeña elevación del terreno se interpone entre ambos grupos. Los guardias se desplazan en fila india y el contacto con los expedicionarios los sorprende tanto como a estos.



Inmediatamente después de aquel primer disparo, se generaliza el tiroteo. Los expedicionarios se protegen en sus posiciones, mientras que los soldados comienzan a desplegarse. Los aviones sobrevuelan, pero no intervienen en el combate.

El tableteo de las armas automáticas de la tropa del ejército convierte en pocos minutos el cayo de monte en un infierno. Los expedicionarios contestan el fuego y sostienen la posición por espacio de más de quince minutos.

El jefe de la tropa enemiga, capitán Juan Moreno Bravo, ordena un alto al fuego e intima a los combatientes a la rendición.

—¡Aquí no se rinde nadie!, seguido de una palabrota —grita el jefe del pelotón del centro, Juan Almeida, quien se desplaza de inmediato hacia la posición que ocupa el estado mayor en busca de órdenes.

Se reanuda el combate. Agachado junto a un árbol, Raúl Suárez dispara furiosamente. De pronto lanza un grito de dolor. Una bala le ha destrozado la muñeca izquierda. Faustino Pérez le venda la mano lo mejor que puede.

Ernesto Guevara, que se ha incorporado un momento, recibe una herida en el cuello y cae al suelo. Faustino se le acerca y lo ve cubierto de sangre. Le parece tan grande la hemorragia que se piensa que la bala le ha partido la arteria yugular o la subclavia, lo cual en esas condiciones significa la muerte.

José Ponce es herido en el pecho y se retira ayudado por otro combatiente. Emilio Albentosa recibe una herida seria en el cuello, pero logra también internarse en la caña.

Humberto Lamothe se ha quitado las botas poco antes del inicio del combate. Tiene los pies destrozados y está tan exhausto que casi no puede mantenerse en pie. Al igual que Oscar Rodríguez e Israel Cabrera, no logra escapar. Estos tres combatientes mueren en la acción. Posiblemente uno es herido gravemente y rematado después por los soldados. Para el enemigo, son las tres primeras bajas que logra infligir

al contingente expedicionario. Para la historia, son los tres primeros mártires de la epopeya del *Granma*.

El desplazamiento gradual del fuego enemigo indica claramente que los guardias se están desplegando con la intención de rodear a la columna expedicionaria. El objetivo fundamental desde el momento del desembarco ha sido alcanzar la Sierra Maestra a toda costa y evitar cualquier enfrentamiento en gran escala con el enemigo antes de llegar a ella. Los combatientes empiezan a replegarse.

Desde el cañaveral, Fidel continúa disparando mientras intenta reagrupar al contingente para realizar una retirada organizada. Pero en la confusión del combate los expedicionarios pierden el contacto dentro de la caña. Los nervios traicionan a algunos, que buscan la vía más efectiva para ponerse a salvo. El contingente revolucionario queda completamente disperso.

Los soldados mantienen sus posiciones, a pesar de haber observado el repliegue de los expedicionarios, y continúan disparando hacia los puntos por donde han visto retirarse a los combatientes. Comienza a arder la caña, bien como resultado de las granadas del enemigo o producto de una candela iniciada intencionalmente por los guardias. La aviación empieza un intenso ametrallamiento de toda la zona, que no cesará sino hasta la caída de la noche.

Para los setenta y nueve combatientes que se retiran del campo de batalla, la jornada concluye con el sabor de la derrota. Ha sido un serio revés para la expedición revolucionaria. En la dispersión que se produce, muchos quedan solos. Otros, en pequeños grupos. No es posible para cada uno de ellos por separado conocer la magnitud del desastre. No les es posible saber si Fidel ha sobrevivido. A pesar de todo, muchos mantienen y reafirman la decisión de cumplir hasta el final la orden del Comandante en Jefe: llegar a la Sierra Maestra y comenzar la lucha armada guerrillera.

En todo caso, comienza para cada uno de ellos la odisea de la supervivencia.

RELATO DEL CHE

[...] En la madrugada del día 5, eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada, caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

Señales desacostumbradas empezaron a ocurrir a mediodía, cuando los aviones Biber y otros tipos de aviones del ejército y de particulares empezaron a rondar por las cercanías. Algunos de nuestro grupo, tranquilamente, cortaban cañas mientras pasaban los aviones sin pensar en lo visibles que eran dadas la baja altura y poca velocidad a que volaban los aparatos enemigos. Mi tarea en aquella época, como médico de la tropa, era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura en aquel día. Se llamaba aquel compañero Humberto Lamothe y



Humberto Lamothe.

esa era su última jornada. Está en mi memoria la figura cansada y angustiada llevando en la mano los zapatos que no podía ponerse mientras se dirigía del botiquín de campaña hasta su puesto.

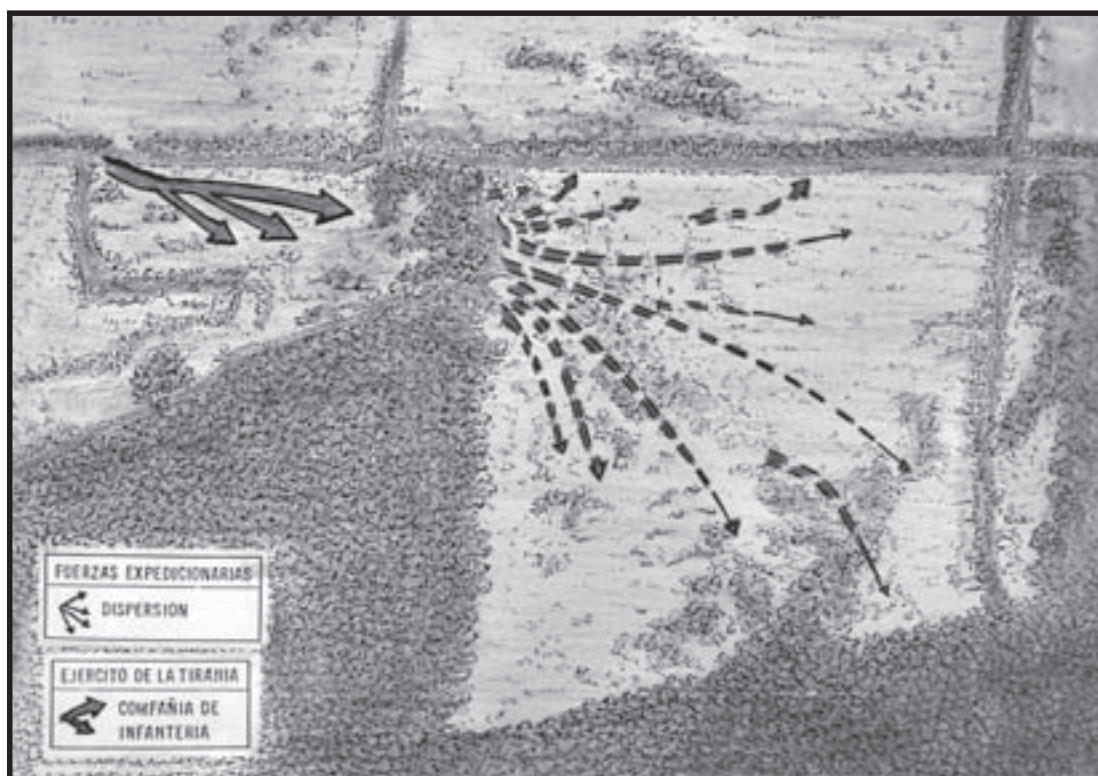
El compañero Montané y yo estábamos recostados contra un tronco, hablando de nuestros respectivos hijos; comíamos la magra ración –medio chorizo y dos galletas– cuando sonó un disparo; una diferencia de segundos solamente y un huracán de balas –o al menos eso pareció a nuestro angustiado espíritu, durante aquella prueba de fuego– se cernía sobre el

grupo de 82 hombres. Mi fusil no era de los mejores, deliberadamente lo había pedido así porque mis condiciones físicas eran deplorables después de un largo ataque de asma soportado durante toda la travesía marítima y no quería que fuera a perder un arma buena en mis manos. No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas; los recuerdos ya son borrosos. Me acuerdo que, en medio del tiroteo Almeida –en ese entonces capitán– vino a mi lado para preguntar las órdenes que había, pero ya no había nadie allí para darlas. Según me enteré después, Fidel trató en vano de agrupar a la gente en el cañaveral cercano, al que había que llegar cruzando la guardarraya solamente. La sorpresa había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo, en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como “no es hora para cajas de balas”, e inmediatamente siguió el camino del cañaveral (después murió asesinado por uno de los esbirros de Batista). Quizás esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas. Recuerdo perfectamente a Faustino Pérez, de rodillas en la guardarraya, disparando su pistola ametralladora. Cerca de mí un compañero llamado Arbentosa, caminaba hacia el cañaveral. Una ráfaga que no se distinguió de las demás, nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Arbentosa, vomitando sangre por la nariz, la boca y la enorme herida de la bala cuarenta y cinco, gritó algo así como “me mataron” y empezó a disparar alocadamente pues no se veía a nadie en aquel momento. Le dije a Faustino, desde el suelo, “me fastidiaron” (pero más fuerte la palabra), Faustino me echó una mirada en medio de su tarea y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida.

Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente, me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo. Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos [realmente fue de Juan Almeida], gritando: “Aquí no se rinde nadie...” y una palabrota después. Ponce se acercó agitado, con la respiración anhelante, mostrando un balazo que aparentemente le atravesaba el pulmón. Me dijo que estaba herido y le manifesté, con toda indiferencia, que yo también. Siguió Ponce arrastrándose hacia el cañaveral, así como otros compañeros ilesos. Por un momento quedé solo, tendido allí esperando la muerte. Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir; a pesar de los dolores, lo hice y entramos en el cañaveral. Allí vi al gran compañero Raúl Suárez, con su dedo pulgar destrozado por una bala y Faustino Pérez vendán-

doselo junto a un tronco; después todo se confundía en medio de las avionetas que pasaban bajo, tirando algunos disparos de ametralladora, sembrando más confusión en medio de escenas a veces dantescas y a veces grotescas, como la de un corpulento combatiente que quería esconderse tras de una caña, y otro que pedía silencio en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué.

Se formó un grupo que dirigía Almeida y en que estábamos además el hoy comandante Ramiro Valdés, en aquella época teniente, y los compañeros Chao y Benítez; con Almeida a la cabeza, cruzamos la última guardarraya del cañaveral para alcanzar un monte salvador. En ese momento se oían los primeros gritos: “fuego”, en el cañaveral y se levantaban columnas de humo y fuego; aunque esto no lo puedo asegurar, porque pensaba más en la amargura de la derrota y en la inminencia de mi muerte, que en los acontecimientos de la lucha. Caminamos hasta que la noche nos impidió avanzar y resolvimos dormir todos juntos, amontonados, atacados por los mosquitos, atenazados por la sed y el hambre. Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde.



Dispersión en Alegría de Pío.

MEDIO GEOGRÁFICO

A los expedicionarios que comenzaron su andar después de la dispersión de Alegría de Pío les resultará muy improbable encontrar a nadie dentro de aquel mar de cañaverales o el inconmensurable monte que se extiende a su alrededor.

Algunos se dirigirán al suroeste hacia la costa, que se caracteriza en buena parte de su extensión por una superficie perforada y erosionada en la que predomina el tipo de roca caliza llamada “diente de perro”, cuya configuración resulta sumamente incómoda al paso del hombre. Los filos y las puntas de esta roca laceran los pies y destrozan prácticamente cualquier tipo de calzado. Son frecuentes los hoyos profundos y las cavernas. El mar ha abierto, además, cientos de miles de cuevas a lo largo de toda la cara frontal de las terrazas emergidas. Furnias enormes, como la de Morlote, con una profundidad de sesenta metros, cortan a menudo el paso de los caminantes. El suelo se presenta en ocasiones desnudo de toda vegetación, y a veces cubierto por pequeñas porciones de arcilla roja donde crece una flora característica.

Es difícil sostener la vida humana por un tiempo prolongado en el diente de perro. Llueve muy poco y solo quedan las huellas de cauces fósiles de arroyuelos que debieron escurrirse por ocultos sumideros. A la ausencia de agua se añade la escasez de una



fauna comestible por el hombre. Solo los cangrejos, dueños absolutos de la roca, y algunas especies de reptiles pueden calmar el hambre del que se aventura por estos parajes desolados, donde la presencia humana apenas ha dejado una huella sensible.

El medio geográfico es adverso para los revolucionarios que tratan de sobrevivir y buslar el asedio del enemigo..

EL CRIMEN DE BOCA DEL TORO

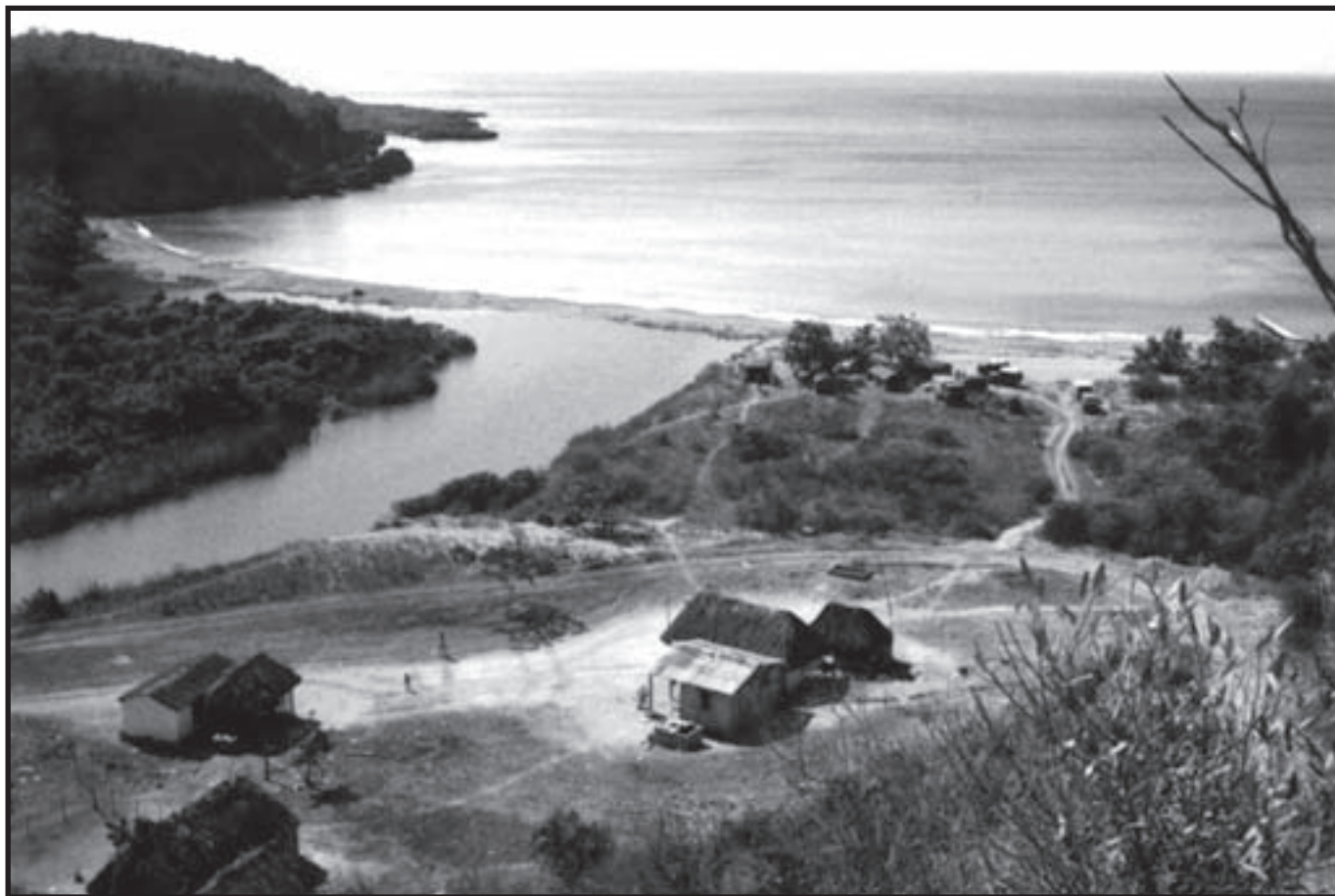
ENTRE la confusión de los tiros y la candela del cañaveral, el grupo más numeroso que ha podido reunirse después de la retirada en Alegría de Pío está formado por catorce combatientes: José Smith Comas, Miguel Cabañas, Tomás David Royo, Níco López, Cándido González, Mario Hidalgo, Jesús Reyes, Armando Mestre, Luis Arcos Bergnes, José Ramón Martínez, Armando Huau, Rolando Moya, Enrique Cueles y Gino Doné. Se esconden por el monte que separa a Alegría de los acantilados, hacia el sur del lugar del combate. Avanzan a ratos, hasta donde lo permiten sus exhaustas energías. Han acumulado cuatro días de hambre y agotamiento.

Durante la noche del día 5, continúan alejándose de la zona que suponen más peligrosa, y casi al amanecer deciden hacer un alto y descansar. Ya han bajado algunas de las terrazas, verdaderos escalones

gigantescos de la costa. No han encontrado alimento y solo han podido beber el agua semipútrida que se asienta en los huecos del diente de perro.

Al día siguiente discuten sobre la ruta que deben seguir. Un grupo concluye que es mejor bajar el farallón calizo y continuar hacia el este por la orilla del mar. Ese es el criterio de Smith, Níco, Cabañas, Royo, Cándido González, Mario Hidalgo y Chuchú Reyes. El otro considera que deben seguir el mismo rumbo, pero ocultos en la vegetación de las terrazas superiores. Son de esta opinión Arcos Bergnes, José Ramón Martínez, Mestre, Gino Doné, Huau, Moya y Cueles. El grupo se divide.

De los siete expedicionarios del grupo inicial que deciden continuar camino el 6 de diciembre en dirección al mar, Chuchú Reyes no está de acuerdo con la ruta que se ha seguido, pero considera a José



Smith jefe del grupo y acata sus órdenes. Van bajando por el acantilado cuando David Royo decide descender por un farallón impresionante y se separa del grupo.

—No me voy a morir de sed aquí —dice.

Ñico López está físicamente destruido. Smith se nota muy afectado por el problema de la sed. Cándido ha perdido sus fuerzas: sufre de una afección de los pulmones.

Oyen al fin el rugir del mar muy cerca, y se lanzan ansiosos hasta llegar a la base del farallón, y luego a la orilla.

—¡No tomen agua salada! —advierte Chuchú.

—No puedo aguantar más —le responde Cándido. Y bebe con desesperación.

Siguen caminando esa noche por la costa. Han dejado las impedimentas durante el trayecto, pero algunos conservan sus armas. Ñico apenas levanta los pies del suelo. Al amanecer del día 8 ven una casa en lo alto de la terraza sobre el Toro, y se dirigen hacia allá. Es la vivienda de Manuel Fernández, conocido como *Manolo Capitán*.

Al llegar se reúnen con David Royo, que hace un rato descansa en la casa. El dueño les enseña unos volantes que ha lanzado la aviación, firmados por el coronel Cruz Vidal. En los volantes se afirma que serán perdonados los que se entreguen. Ñico no sabe qué ha sido del resto de los expedicionarios, y quiere tratar



Patrulla enemiga en busca de los expedicionarios.

de hacer contacto con Celia Sánchez. Capitán le da largas. Ñico insiste y le pide que consiga ropas para todos. El campesino le responde que no tiene; que, si acaso, lo que le puede dar es una camisa de su hijo.

—¡Usted ve allá abajo? Ahí está el ejército y tienen rodeados a varios de su gente por el potrero de Salazar.

Presionan a Capitán para que baje con un mensaje.

—¡Usted está loco! ¡Para que los guardias me cojan!

Los siete expedicionarios pasan a un cuartico al fondo de la casa. Se suscita una discusión cuando alguien plantea que tienen que salir de allí. Smith y Mario Hidalgo sostienen que si salen les va a suceder igual que a los del Moncada: los van a matar. Otros opinan que con tres armas no se pueden defender y que, por otra parte, no tienen fuerzas para virar atrás. Chuchú decide marcharse, aunque sea solo. Ya le ha preguntado a un muchachito por dónde puede salir a la Sierra.

—Espera, Chuchú, que voy contigo le dice Smith.

—Da unos pasos, se detiene y cambia de opinión:

—No, Chuchú, vete, que yo voy a correr la misma suerte de los otros compañeros.

Los que quedan en la casa discuten la posibilidad de entregarse. Manolo Capitán les dice que él es amigo del sargento Matos, jefe del puesto de Pilón, con quien va a hablar para gestionar el asunto. Recoge las armas y va hasta la bodega de Juan Peña, en Corcobao. Allí habla por teléfono y regresa.

Antes de una hora, Orestes Domenech, mayoral del central de Pilón, sube con Peña hasta la casa de Capitán para buscar a los expedicionarios. Debajo, en la playa, han quedado cerca de treinta personas que han oído sobre los hombres del desembarco.

Vienen bajando la loma: Domenech delante, le siguen en orden Cabañas, Smith, Royo, Cándido, Ñico y Mario Hidalgo. En un lugar donde el sendero hace una curva, están apostados el sargento Matos y dos marinos.

—¡No vayan a tirar, que vienen a entregarse! —grita Domenech.

Suenan varios disparos. Cabañas y Smith caen heridos. David Royo se lanza por el farallón. Cándido y Ñico corren hacia el fondo de la casa de Manolo

Capitán, mientras Mario Hidalgo huye por los matorrales.

Juan Peña baja hasta la playa, encuentra a David Royo, que está muy golpeado, y comienza a subir con él. Un guardia se le acerca.

—¡No lo mate, que está herido! —le dice Peña.

Cuando llegan arriba, Matos interroga a David y a Ñico —que ha sido capturado—, mientras se obliga a los prisioneros a permanecer boca abajo tirados en el suelo.

—¡Llévenselos! —dice cuando termina.

Empiezan a prepararse para salir, en tanto quedan Smith y Cabañas heridos en el suelo. Pero no bien han comenzado a bajar cuando ven venir al teniente Izquierdo. Le siguen Laurent y un civil. Laurent se dirige a Matos:

—¡Oye, enseña los pantalones! Parece que tú estás con Dios y con el diablo.

Va entonces a donde están Smith y Cabañas, saca su pistola y los remata. Después hace dos preguntas a Ñico y a David, y les dice:

—A ustedes les llegó su hora.

—¡Me va a matar? —pregunta Ñico.

—Sí, te voy a matar.

Ñico se pone de pie y Laurent le dispara tres veces a quemarropa. Seguidamente asesina a David Royo.

Chuchú Reyes se ha alejado lo suficiente como para que los guardias no vean por dónde ha tomado. Está a más de cien metros de la casa. Lleva una cantimplora llena de agua y piensa que con eso puede resistir dos días.



Farallones por donde transitaron los expedicionarios.

Se recuesta a un árbol y limpia la pistola. Comprueba que trabaja perfectamente. Siente unos disparos y una gritería. Cuando se incorpora ve cerca de la casa de Manolo Capitán que dos de sus compañeros caen heridos y otros dos huyen por donde la hierba es alta. Son las 8:45 de la mañana.

Permanece un rato vigilando y después se aleja de la zona apresuradamente.

Cándido González se ha escondido por los alrededores, entre la hierba de guinea. Un marinero lo descubre y lo mata. Son las tres de la tarde.

Los cadáveres son arrastrados a la playa y dejados allí, a la intemperie, hasta el otro día.

Mario Hidalgo logra escapar, pero a los dos días va a parar de nuevo a la casa de Manolo Capitán. Al llegar se da cuenta de que hay varios guardias acampados y escapa nuevamente.

Ya casi no puede caminar. Sin saber hacia dónde se dirige, vuelve de nuevo a la casa de Capitán. Allí lo hacen prisionero, y el teniente Duyo, de la Marina, lo conduce a la fragata *Antonio Maceo*, que está anclada en Pílon.

Cuando se entera, Laurent se dirige a la fragata para sacar al prisionero, evidentemente con intención de asesinarlo. El comandante Juarrero se lo impide. Más tarde, este oficial conduce a Mario prisionero a Santiago de Cuba.

Chuchú Reyes deambula por el monte sin rumbo fijo. No logra hacer contacto con otros compañeros.

Después de pasar por distintas casas de campesinos, logra enviar un mensaje a su familia y, a principios de enero, emprende viaje a La Habana.

También en esta zona otro grupo de expedicionarios disperso ha logrado alcanzar el farallón que se yergue sobre el mar. Discuten la ruta a seguir y tres se separan en dirección al este por el borde de los acantilados y pasan la noche en los farallones; son Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote. El día 8, después de haber caminado una larga jornada, llegan ya de noche a la desembocadura del Río Toro. Se aproximan a la casa del traidor Manolo Capitán. Este los hace entrar y, una vez que los instala, avisa a la Marina.

A las diez de la noche los marinos salen a la playa de la boca del Toro con los tres expedicionarios prisioneros. Cerca de allí están tirados los cadáveres de los combatientes asesinados por la mañana. Los interrogan, les ocupan los documentos y objetos personales y cuando terminan les dicen:

—Bueno, viene una lancha para llevarlos a curar. Párense ahí y pongan la vista al mar, en hilera.

Los tres ponen las manos en alto y dan la espalda a los marinos.

Las órdenes de Laurent son terminantes. El campesino Orestes Domenech está escondido detrás de una mata de uva caleta y ve cómo un marino llamado León toma una ametralladora y, con una larga ráfaga, asesina por la espalda a los tres indefensos prisioneros.



TESTIMONIO DE LUIS CEDEÑO

ELLOS llegaron aquí como a las cinco de la mañana. Aquí vivía Eutimio López, que no encontraba auxilio que darles, porque ellos lo que querían era comida. La mujer de Eutimio les hizo la comida que yo les di de mi tiendecita.

Yo le aconsejé a Eutimio que los sacara de su casa por si venían los guardias. Entonces los cogimos y los metimos en el cayito de monte que se ve allá arriba en la puntica de esa loma.

La mujer de Eutimio les llevó la comida allí. Cuando ella regresa se encuentra con los guardias en su casa. Venían de Pilón por el camino del Chorro. Parece que sabían de los expedicionarios, porque inmediatamente le preguntaron a ella que dónde se habían metido.

Ella no negó que habían estado allí. Pero que eso había ocurrido como a las once de la noche y no había podido avisarles, dada la prohibición que existía de salir de noche.

Los guardias le preguntaron que por qué no les había avisado más temprano. Ella respondió que no podía

dejar la casa sola, ya que su marido era pescador. Luego de muchas amenazas e insistencias los guardias decidieron regresar. Cogieron para atrás y se fueron por el camino del Chorro que sale a Corcobao.

Fuimos a avisarles que los guardias se habían ido. Entonces los escondimos en otro lugar.

Yo tenía tres mudas de ropa y con ellas vestimos a tres. Eso sería como el día 8 o 9 de diciembre. No era otro día distinto al que ellos llegaron, sino el mismo día. Ellos llegaron aquí al día siguiente de los asesinatos en Boca del Toro.

Uno de ellos era negro, alto y gordo, y otro, tuerto, blanco y alto. Supe que era tuerto, porque al quitarse los espejuelos para afeitarse, le vi un ojo de cristal.

Entonces ellos cogieron por esa loma para arriba. Eran siete, en total: tres vestidos con ropas campesinas y cuatro vestidos de militar. Los tres primeros subieron por la loma y fueron vistos por los aviones. Parece que no les tiraron, porque creyeron que eran campesinos.

“TÚ ESTÁS MUERTO HACE DOS DÍAS”

RELATO DE MARIO HIDALGO

CAMINÉ en busca de otro bohío, lo encontré y avancé con las pocas fuerzas que me quedaban hasta la puerta del mismo. Llegué desplomado al umbral y comprobé que había regresado nuevamente a casa del chivato Manolo Capitán.

Minutos después me rodeó un pelotón de la Marina al mando de un teniente de apellido Duyo, quien dijo que me había visto con los catalejos, me dio una camisa y un casco de mariner y después de ordenar que me ataran las manos, me indicó que montara a un caballo. Me condujeron así hasta el cuartel. Aquí el teniente Duyo sostuvo una discusión con el sargento Matos, quien decía que tenía órdenes del teniente Laurent de que no se moviera un solo prisionero sin ser visto por él.

Llamaron a Laurent por teléfono; oí al teniente discutir en un tono acalorado con Laurent. El teniente

me indicó que subiera a un jepp y me condujo velozmente hacia la fragata. Unos minutos después vi el jeep del teniente Laurent que nos trataba de alcanzar, pero en el muelle subimos a una lancha rumbo a la fragata. Laurent también tomó una lancha para tratar de alcanzarnos.

En la fragata *Maceo* noté una atmósfera diferente a la que había vivido minutos antes. El comandante Juarrero gozaba de gran autoridad entre la tripulación y su disposición era la de salvar la vida de los prisioneros. Después, en la cárcel, en una oportunidad que hablé con Frank, supe que el comandante Juarrero conspiraba contra Batista y había estado en contacto con el Movimiento para apoyar el levantamiento del 30 de Noviembre.

Nos sentaron en el comedor de los oficiales. Llegó en ese momento Laurent y me dijo que lo siguiera. Un

oficial de la Marina que escuchó a Laurent le dijo que yo era prisionero del comandante. El bestial asesino le contestó: “Este no es un prisionero, es un hijo de p...”.

Seguí a Laurent con una escolta; me llevó a un cuartico para interrogarme. Empezó preguntándome a quiénes yo conocía de “la cuadrilla” –se refería despectivamente a nuestro grupo–, y seguidamente me anunció que Faustino, Juan Manuel Márquez, Jimmy Hirzel, Níco López y otros estaban muertos.

Me preguntó si habían venido Fidel y Raúl. Fue este el momento más difícil del interrogatorio, pues yo pensé que si decía que venía Fidel, la tiranía acentuaría su persecución en el afán de dar con él. Contesté que Fidel no había venido. Laurent sacó su pistola, me encañonó y me tiró un número del periódico Prensa Libre, que destacaba en primera plana que todos nosotros estábamos muertos.

—Mira, lee eso, tú estás muerto hace dos días.

Refiriéndose a Fidel, lo trató en tono despectivo. Fue entonces cuando yo, molesto, le dije:

—Sí, Fidel vino.

El asesino se tiró a agarrarme por el pecho. Entonces entró al cuartico un hombre gordo, con el torso mojado, envuelto en una toalla. Sus primeras palabras fueron:

—Buenas, teniente Laurent, ¿qué sucede aquí?

—Nada, comandante, que estoy interrogando a este prisionero –respondió Laurent.

—Bueno –dijo–, vamos a interrogar a este prisionero...

Laurent rabiaba de un lado a otro dando puñetazos a las paredes y dispuesto a descargar sus golpes contra mí. El comandante Juarrero intervino para decir enérgicamente:

—Un momento, ¡estos prisioneros han sido capturados por la Marina y la Marina ha dado su palabra de que no se tocará un solo prisionero!

—Sí, ya le han puesto casco y camisa de marinero, y solo falta que le den carné –replicó Laurent.



LOS ASESINATOS EN EL MONTE MACAGUAL

EN la noche del 5 de diciembre, Jimmy Hirzel, Alfonso Guillén Zelaya y José Morán construyen una pequeña trinchera con las piedras que han podido encontrar por los alrededores y allí se tienden a dormir en un monte al sureste de Alegría de Pío, de donde han logrado retirarse juntos esa tarde. Poco antes, Hirzel le pide a Zelaya que lo ayude a esconder bajo un pedrusco un libro y algunas cartas que trae envueltos en un nylon:

—No quiero que caigan en manos del ejército de Batista si nos cogen prisioneros. Cuando salgamos de esto vendremos a buscarlos.

La noche transcurre sin dificultades. Al amanecer comienzan a caminar por dentro del monte sobre el diente de perro. Después de unas horas, están extrañados. Les parece que siempre regresan al punto de partida. Entonces deciden descansar. En el camino han topado con Horacio Rodríguez, Félix Elmuza y Andrés Luján, que se les unen. Al anochecer se suscita una discusión sobre la ruta que deben seguir, pero no llegan a un acuerdo.

En la mañana del día 7, faltan Luján, Hirzel y Elmuza. Se han marchado durante la noche, posiblemente en dirección al norte o el nordeste. Parece ser que el grupo se interna en los cañaverales que se encuentran al norte de Alegría de Pío, son apresados y trasladados con posterioridad al cuartel provisional en el batey.

Allí llegan el día 8 otros tres prisioneros: José Ramón Martínez, Armando Mestre y Luis Arcos Bergnes, que formaban parte del grupo que conducía José Smith Comas y que decidió no avanzar por la orilla del mar.

Este grupo, integrado además por Gino Doné, Armando Huau, Rolando Moya y Enrique Cueles, había emprendido la marcha por el monte y llegaron un poco antes del amanecer del día 8 a la zona que enmarca el río Toro hacia el norte de la Boca. Cruzaron el río y subieron por el arroyo de los Chorros hasta la casa de Eutimio López. El campesino no encuentra qué darles de comer y acude a la tiendecita de Luis Cedeño, quien le facilita algunos víveres. Los esconden en un cayito de monte en la punta de

una loma y allí les llevan la comida. Cedeño les facilita algunas mudas de ropa y tres de ellos se cambian. Luego continúan camino.

No bien han subido la alta loma que da nacimiento al arroyo, cuando la aviación los detecta y los comienza a hostigar. Corren tomando distintas direcciones. Arcos, Mestre y José Ramón pasan el firme de la loma en dirección al río Toro. El resto sigue hacia El Ocuje.

Los tres primeros entran por el Callejón del Muerto y llegan al potrero de Salazar, a orillas del río, donde son sorprendidos por los soldados. Al frente de la patrulla va el teniente Aguirre con el marinero Roberto Frómata y un guardia de aspecto repugnante que avanza sin camisa, con un sombrero de alas anchas y un fusil en la mano, al que todos llaman Regalón.



Las fuerzas del ejército batistiano concentradas en la zona protagonizaron el asesinato de varios expedicionarios.

Mestre, Arcos y Martínez son conducidos maniatados hasta Las Guásimas en una camioneta. Los guardias traen preso también a Sergio Pérez, el hijo de Crescencio, capturado poco antes cuando intentaba hacer contacto con los expedicionarios dispersos.

Ya la suerte de los detenidos ha sido decidida. El teniente Aguirre ordena al sargento Frómata, al marino Castillo y al cabo Regalón que monten a los presos en la misma camioneta en que han traído el último grupo y los asesinen en algún lugar apartado. El mayoral de Alegría y algunos otros campesinos han intercedido en favor de Sergio, y gracias a esta gestión lo separan de los seis expedicionarios y lo dejan libre.

Al anochecer del propio día 8, parte la camioneta del batey y se interna en el monte Macagual.

Después de recorrer algunos kilómetros en la más densa oscuridad, el vehículo dobla por una sombría vereda del monte y se detiene a unos cien metros. Los prisioneros son obligados a bajar y son llevados, atados de manos, frente a los faros del carro, que los asesinos han dejado prendidos para iluminar la tenebrosa escena de su macabra y cobarde acción.

Suenan varias ráfagas, y los seis combatientes indefensos caen al suelo, donde son rematados por sus verdugos. Todavía hoy algunos de los árboles conservan en sus troncos las huellas de las descargas.

En la madrugada del día 9 los cadáveres de los seis expedicionarios aparecen a las puertas del cementerio de Niquero.



Monte Macagual. A la derecha pueden observarse las cruces que indican el lugar donde fueron asesinados seis expedicionarios.

LA EMBOSCADA DE POZO EMPALADO

CUANDO los expedicionarios comienzan a retirarse del combate de Alegría de Pío, el grupo formado por Emilio Albentosa, Ernesto Fernández y Eduardo Reyes Canto logra cruzar la guardarraya más cercana y se interna en las cañas. Allí se les une René Bedia.

Albentosa va herido en el cuello y lleva un pañuelo que Ernesto le amarró en la herida. Sangra a ratos y apenas puede hablar. Todos han conservado sus armas. Tratan de orientarse, en busca del monte y las lomas. Avanzan sin descanso entre los cañaverales en dirección al nordeste, durante el resto de la tarde y parte de la noche. Desorientados y exhaustos, caminan sobre el diente de perro y duermen en un pequeño montecito.

La mañana del día 6 llegan a un cayo de monte, donde duermen un rato y después continúan la marcha. Pasan cerca del batey de Alegría de Pío, cuando sienten ruidos de camiones seguramente con soldados, por lo que siguen monte arriba para alejarse rápido del lugar. Albentosa avanza con dificultad por su herida. Discuten la posibilidad de llegar a la casa de algún campesino para que pueda recibir asistencia médica, pero todas las casas que han visto están vacías. Tarde en la mañana llegan a una donde encuentran un poco de manteca y una lata de agua. En la zona no hay nadie.

Caminan toda la noche dentro del monte. En algunos lugares se topan con matas de plátanos y cortan sus hojas para beber el zumo. Hay claros con poca vegetación, que bordean o cruzan rápidamente. Atraviesan más cañaverales, guardarrayas y claros, hasta llegar a un monte más tupido y grande, situado en una altura, pero toman por el cañaveral hacia el norte. Continúan caminando hasta que cae la noche y duermen sobre un pedregal. Todos han acordado que René Bedia sea el jefe del grupo.

Llegan a Las Palmonas en la mañana del día 7. Luego de bajar una vereda, observan un rato apostados, detrás de unos árboles, a un campesino que prepara su caballo para salir. Bedia se adelanta y le dice

quiénes son. El campesino, Urbano Hernández, los lleva hasta su casa que se encuentra a unos cincuenta o sesenta metros. La familia les brinda agua y unos chicharrones y pedazos de carne de un puerco que han matado la noche anterior. Albentosa no puede tragar y siente que se ahoga. Se discute si lo dejan allí, o no. El herido insiste en que lo dejen, pues se considera perdido y no quiere ser una carga para sus compañeros. Bedia no acepta. Los demás tampoco; quieren dejarlo en un lugar seguro. Entonces Ernesto pregunta:

—¿Quién está dispuesto a llevarlo al médico?

—Yo —responde Víctor Hernández, un hermano de Urbano conocido por Corino.

Este lleva al herido hacia un palmar que hay al costado de la casa y le dice:

—Quédate aquí que yo te vengo a buscar dentro de un momentico para cambiarte de ropa.

Corino Hernández sale con Albentosa hacia Niquero. En el camino tienen que atravesar necesariamente el cerco. En efecto, se encuentran con los soldados, pero la astucia del campesino logra salvar el obstáculo. Corino deja al expedicionario en Niquero, y a finales de diciembre Albentosa llega a La Habana después de ser atendido en Santiago de Cuba.

Luego de cerciorarse de que su compañero quedaba en manos de gente de confianza, Bedia, Ernesto y Reyes Canto determinan marcharse. Caminan unas veces por el monte y otras por la caña, sin salir a los caminos. Para orientarse, sube uno encima de los hombros del otro. Avanzan describiendo un arco con rumbo hacia el sureste, buscando las lomas y el monte. Pasan cerca del alto de La Conveniencia y continúan caminando toda la noche.

La mañana del día 8 llegan a la zona de Pozo Empalado. Siguen avanzando extenuados y con sed por los cañaverales. Poco antes del mediodía, divisan un bohío y discuten sobre la conveniencia de acercarse para conseguir alguna comida y agua. Pero no hay nadie en la casa, toda la zona ha sido al parecer eva-



cuada, por lo que continúan por dentro de la caña. René Bedia va delante de guía, lo sigue Eduardo Reyes y un poco más separado Ernesto. Ya oscuro, ven un arroyito y deciden salir de la caña, bordeando el camino. No advierten que en el platanal que les queda a la izquierda hay alrededor de veinte guardias emboscados.

Se adelantan al arroyito y se agachan para tomar agua. Una ráfaga de ametralladora calibre 30 barre el terreno. La atmósfera se carga de humo y pólvora. Los soldados disparan a mansalva. Ernesto no ve caer a Bedia ni a Eduardo. Luego de un rato de intensa balacera, casi arrastrándose por el fango logra alejarse río arriba, siguiendo el curso del cauce. Más adelante, marca en su huída algunas huellas en una dirección y toma otra, tratando de despistar a sus perseguidores. Logra salir al fin a un montecito más arriba, casi por detrás de la posición de los soldados. Camina toda la noche solo conservando su cantimplora, pues en el arroyo dejó su fusil y la mochila.

TESTIMONIO DE CORINO HERNÁNDEZ

EL día antes de la llegada de Emilio Albentosa, Sergio Fuentes, Picio Torres y yo montamos a caballo y fuimos para la Alegría con el propósito de determinar la posición que ocupaban los guardias. Cuando llegamos a un lugar donde el camino hace una cruz, nos encontramos con una gran cantidad de guardias que estaban apostados en diferentes lugares. Tienen emplazado un cañoncito.

Antes de dirigirnos a la Alegría, yo había comprado tres o cuatro tabacos en una tienda que había por allí. También le había dicho a mi señora que me preparara media botella de café.

Al llegar donde estaban los guardias, uno de ellos nos detuvo y preguntó a dónde nos dirigíamos. Les respondimos que habíamos llegado hasta allí porque nos daba pena el trabajo que estaban pasando y que por eso les traíamos algunos tabacos y una botellita con café. Cuando los otros guardias conocieron lo que llevábamos salieron a disfrutar del café y los tabacos.

Parece ser que esa misma tarde el cabo Fernando Blanco Quesada fue para Manzanillo.

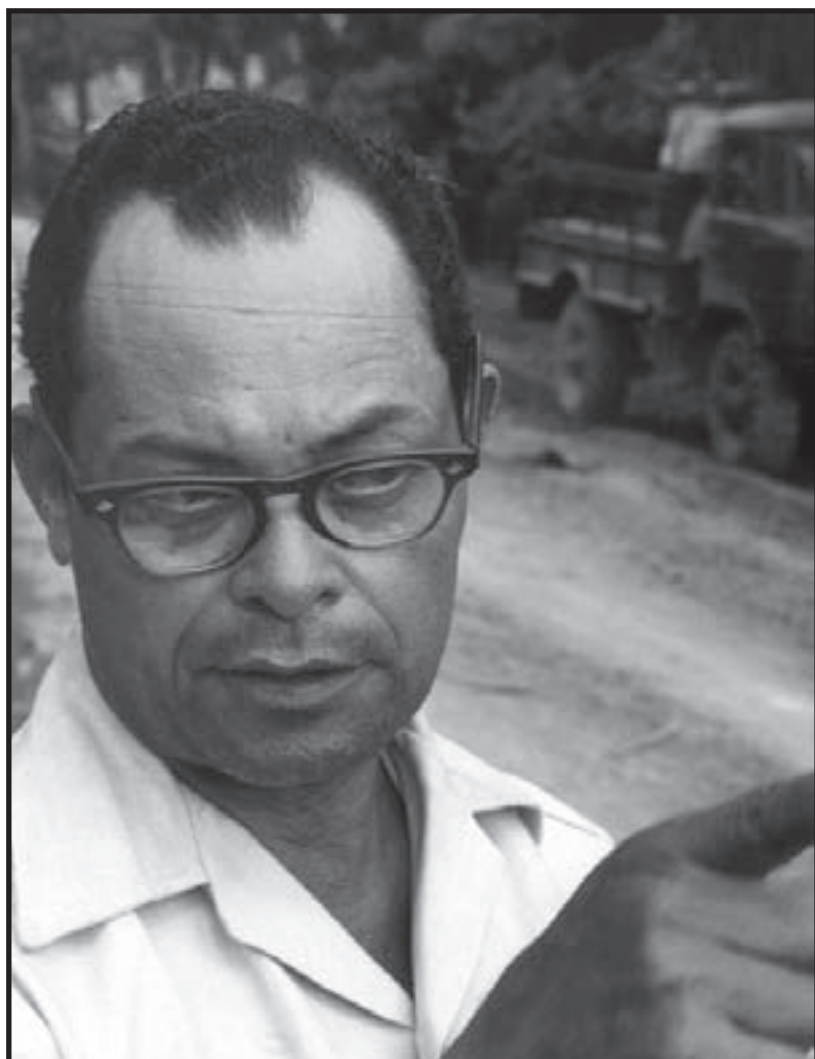
Aquí había una palmita y al lado de ella tuvimos la conferencia. En esa reunión estaban Emilio Albentosa, que tenía una herida en el cuello, René Bedia, Eduardo Reyes, Ernesto Fernández y yo.

Pablo García, hermano del hoy comandante Guillermo García, fue el que me trajo a Ernesto.

Yo me hice cargo de llevar a Albentosa al pueblo de Niquero, para que recibiera atención médica.

Monté a Emilio en el anca de mi caballo y nos dirigimos a Niquero. Previamente, le había envuelto a Albentosa un trapito blanco en el cuello para que no se le viera la herida. Al cerrarle la camisa, parecía una persona normal.

Poco antes de llegar a Niquero nos encontramos con uno de los Ponce, de Ceibabo, y le preguntamos si toda aquella gente que se veía un poco más adelante



El campesino Corino Hernández en Las Palmonas.

eran guardias. Nos respondió que sí y que además se registraba a todo el que entraba o salía de Niquero.

Cuando estamos llegando al lugar donde están los guardias, uno de ellos se adelanta y nos agarra el caballo por la brida y nos pide que nos desmontemos. En ese preciso instante el cabo Fernando Blanco Quesada, que estaba entre ellos, me reconoce y pregunta si yo no era el mismo que le había llevado tabacos y café el día anterior, cuando estaban emboscados en el cruce de caminos que conducen a la Alegría. Al responder afirmativamente, le impartió órdenes al guardia para que soltara la brida y nos dejara continuar, no sin antes explicarle que nosotros éramos buena gente y que estábamos con ellos, repitiéndole lo de los tabacos y el café del día anterior.

Cuando entramos a lo que es el pueblo de Niquero, dejé el caballo amarrado en una bodega, di la vuelta

por detrás de la casa de un tal Fonteboa, cogimos por detrás, por donde entonces había una valla. De pronto vimos dos o tres hombres vestidos de civil. Eran Angelito Sotomayor y Orestes Lominchar.

Orestes hubo de preguntarme quién era el guajirito que me acompañaba. Le respondí que se trataba de un familiar a quien él no conocía, porque no era de los Hernández de Las Palmonas, sino que vivía en Las Guásimas.

—Lo traigo para que vea al doctor Cardellá, porque cogieron un pescado que estaba en malas condiciones y al comerlo, toda la familia se me ha envenenado.

Apenas acababa de dejar a Orestes cuando me topo con el doctor Cardellá. Cuando le explico que traigo un enfermo para que él lo vea, me responde que su clínica está tomada por la Cruz Roja y por el ejército de la tiranía y que, por lo tanto, no puede atenderlo. De inmediato le respondo que se trata de un hombre de confianza que estuvo combatiendo en la Alegría y que es uno de los expedicionarios que vino con Fidel. El doctor se queda sorprendido

y me asegura que yo tenía tremendo valor, porque no se explicaba cómo yo he podido pasar a Emilio Albentosa por entre tantos guardias. Le expliqué que hice el recorrido atravesando guardarrayas, nos metimos por lo de Juan Pérez en Los Chinos, atravesamos las colonias y salimos al lugar conocido por Los Trozos.

Yo estaba presente cuando el doctor Cardellá vio a Emilio y le dio un papel para que fuera a Santiago de Cuba, a la clínica de un primo de él que también se llamaba Cardellá.

Con una plata que le dio Cardellá y con otro poco que le di yo, Emilio se dirigió a Manzanillo, se compró una muda de ropa y un par de zapatos. Poco después llegó a Santiago de Cuba, donde lo operaron.

Como a los 15 días supimos que estaba bien y que había regresado a La Habana.

RELATO DE ERNESTO FERNÁNDEZ

SEGUIMOS entonces René Bedia, Reyes Canto y yo, hacia el sureste y llegamos a un lugar conocido por Pozo Empalado. Ahí había como a las 7 u 8 de la noche una emboscada de Laurent, con personal de la fragata “Martí” o “Maceo” emboscado allí. Entonces yo era partidario de coger por la caña, hacia arriba, por lo que pasamos por allí, por el cañaveral, pero había un bohío y Bedia quería llegar allí para pedir comida y agua. Entonces cruzamos el cañaveral para coger el camino donde había un platanal. En el fin del platanal estaba emboscado el personal de la fragata con una calibre 30 y no sé qué otras armas tenían emplazadas.

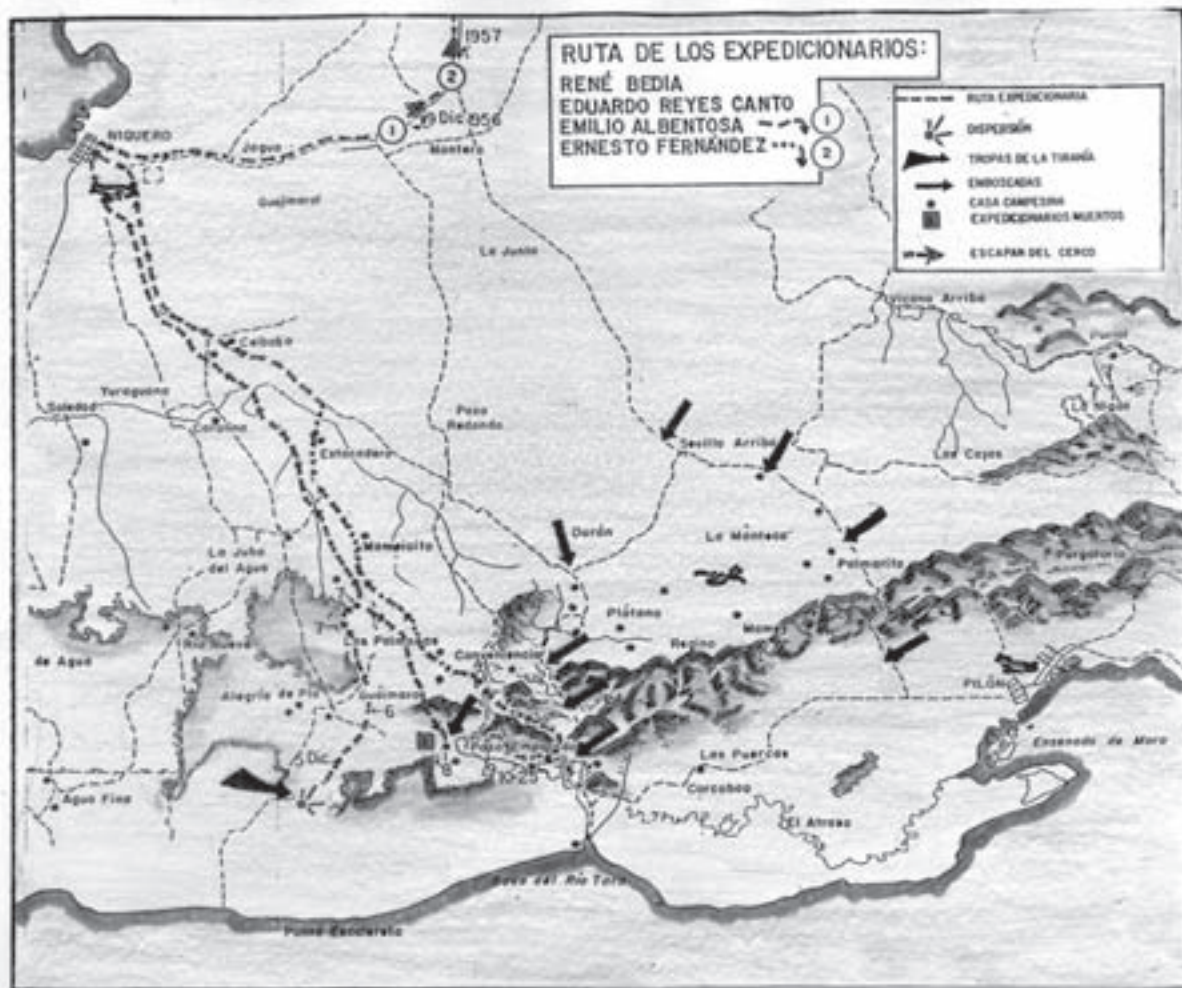
Allí arriba, pasamos a unos 20 o 30 metros frente a ellos. Entonces empezó la balacera, y yo caí rodando por una lomita y caí dentro del fango y el agua de un lagunato que había ahí; pero nunca pensé que habían matado a Eduardo, ni a René. Ahí estuve un rato y

seguía la balacera, pues estaban tirando, y eso duró como 45 minutos, silbaban las balas, me pasaban por los pies y la cabeza, yo estaba en el fango con la cabeza hacia abajo.

Entonces yo pensé:

—Aquí no me puedo quedar porque me la van a arrancar. Tengo que irme rápido de aquí; yo debía llamar a Bedia, pero si llamo me voy a delatar, daría mi posición.

Me arrastré, hice un movimiento falso, como se llama en guerrilla una escuadra, y me subí arriba hacia un montecito, embarrado de fango, hasta que fui por la caña, y fui hacia arriba otra vez hasta que cogí la caña, y me puse a caminar toda la noche, y camina, camina y camina para arriba, para arriba de la loma, hasta llegar al Blanquizar. Dormía a cada rato y todo eso, y llegué a la loma del Toro como a los dos días, creo.



MUY PRONTO HAY FLORES

SOBRE SUS TUMBAS

UNA camioneta, perteneciente al hotel Sixto, se detiene ante la puerta del pequeño cementerio de Niquero. Es la madrugada del 9 de diciembre. En el vehículo vienen soldados y unos bultos cubiertos con gajos.

Al llegar a la puerta, los soldados empujan los bultos al suelo. La camioneta parte de nuevo. Cuando amanece, el pueblo se enfrenta a la escalofriante escena de seis cadáveres destrozados tirados como quiera.

De inmediato, la población entera se revuelve consternada. El ejército instala postas en las puertas del cementerio para impedir que los ciudadanos se acerquen.

A media mañana aparece de nuevo la camioneta con otra tétrica carga. Son los cadáveres de René Bedia y Eduardo Reyes Canto.

Los soldados que han ocupado el lugar comienzan a cavar una gran zanja para echar todos los cadáveres en cumplimiento de las órdenes impartidas por el coronel Cruz Vidal. Los vecinos que han podido penetrar se oponen tenazmente. La situación se pone tensa. Entonces se autoriza construir ocho cajas.

Por la tarde hay que encargar más ataúdes. Han llegado otros ocho cadáveres. Son los asesinados de Boca del Toro. Los han traído a rastras, en una es-

pecie de parihuelas tiradas por caballos, hasta Las Guásimas, donde la funesta camioneta los recoge. Han estado tirados en la playita de la desembocadura del río Toro todo el tiempo que sus asesinos han estimado pertinente.

La noche entera se invierte en dar sepultura a los expedicionarios muertos. Ellos son: José Ramón Martínez, Félix Elmuza, Noelio Capote, Raúl Suárez, Luis Arcos Bergnes, René Reiné, Antonio López, Cándido González, Miguel Cabañas, José Smith, Santiago Hirzel, Armando Mestre, Tomás David Royo, René Bedia y Eduardo Reyes Canto. Por una gestión familiar, a Andrés Luján lo trasladan a Manzanillo. Ha sido necesario abrir las tumbas junto a la cerca lateral del cementerio, por la parte exterior.

Lejos de amedrentar al pueblo de Niquero y de la zona, el espectáculo acrecienta la repulsa contra el régimen que es capaz de tanta inhumanidad. En la mente de todos está la certeza de que la garantía dada por el ejército de respetar la vida de los combatientes que se entreguen, no es más que una comedia para encubrir crímenes injustificables. Esbirros como Laurent o Caridad Fernández son los que hacen méritos en ese ejército. Por la parte del pueblo, muy pronto hay flores sobre las tumbas.



Los cadáveres de seis de los expedicionarios asesinados en Boca del Toro, depositados al pie de la morgue del cementerio de Niquero antes de su enterramiento.

YO ME LLAMO JUAN MANUEL MÁRQUEZ

JUAN Manuel Márquez comienza a retirarse hacia el este en el momento de la dispersión en Alegría de Pío. Al cruzar la primera guardarraya se encuentra con Fidel y Universo Sánchez. Juan Manuel le insiste a Fidel en la necesidad de que se retire, pues puede ocurrir que lo capturen vivo. Los tres deciden replegarse hacia dentro de la caña, y comienzan a avanzar escalonadamente en la misma dirección. Al parecer, en uno de estos movimientos Juan Manuel pierde el contacto con los otros dos combatientes. Al quedar solo se desorienta y cambia el rumbo hacia el norte.

Comienza así un interminable peregrinar por montes y campos de caña, al tiempo que su estado físico se deteriora por efecto del hambre, la sed y el cansancio.

A su temprana y destacada vinculación con la lucha en contra de la tiranía de Machado y su participación en el Ala Izquierda Estudiantil, a sus reiterados encarcelamientos por sus actividades revolucionarias, a su incansable lucha política desde las filas del Partido Ortodoxo y las columnas de la prensa, Juan Manuel Márquez unió, desde el mismo 10 de marzo de 1952, su enfrentamiento abierto al golpe reaccionario y su comprensión de la revolución como única vía para el pueblo, lo cual le condujo a una identificación cada vez más estrecha con la línea revolucionaria de Fidel Castro y su incorporación al Movimiento 26 de Julio. Por su tesón y espíritu revolucionario, por sus capacidades organizativas y de mando, Fidel lo había nombrado segundo jefe del destacamento del *Granma*.

Todo parece indicar que Juan Manuel, después de la dispersión, no establece contacto alguno con los vecinos de la zona hasta una fecha cercana al 10 de diciembre, cuando un campesino de Mameycito lo ve en las primeras horas de la mañana al borde de un cañaveral. Su uniforme está hecho jirones. Parece agotado y tiene los labios agrietados por la sed.

El día 15, el campesino Ignacio Fonseca se tropieza con el expedicionario exhausto, tirado de bruces junto a un camino cercano a Estacadero. No se detiene, sino que avisa al cabo Eugenio Moreno. Al regresar ambos al lugar se cruzan con Osvaldo Mariño y Miguel Torres, vecinos de la zona.

—Hace falta que vayan con nosotros para que nos ayuden a coger un alzado que anda por ahí —les dice el cabo.

Los campesinos se niegan. Los dos hombres prosiguen hasta llegar donde está Juan Manuel.

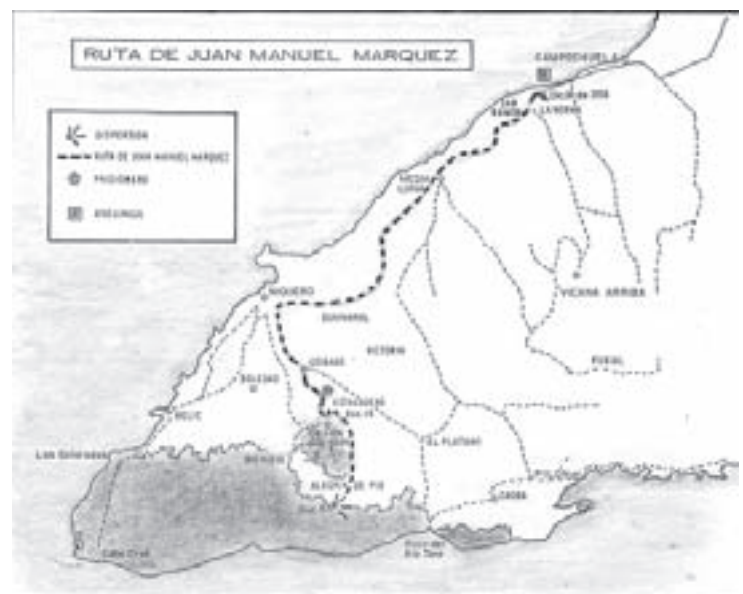
Lo conducen en calidad de prisionero a la casa de Manuel Matamoros, a poca distancia del lugar. La esposa de Matamoros, María Josefa Pérez le da agua, lo ayuda a lavarse y le ofrece un poco de comida.

—Yo me llamo Juan Manuel Márquez —dice el detenido al cabo— y soy abogado.

De allí lo llevan a La Juba del Agua y lo encierran en la bodeguita del tío de Fonseca. Un guardia le quita violentamente las botas para apropiarse de ellas.

Más tarde, es interrogado nuevamente, ahora por el capitán Caridad Fernández. Lo montan en un vehículo con la intención ostensible de llevarlo preso a Niquero, pero siguen en dirección a Manzanillo. Cerca del central San Ramón los guardias se desvían por una guardarraya que atraviesa la finca La Norma. Allí Juan Manuel es golpeado brutalmente y dejado por muerto.

Alrededor de las 7:00 de la noche regresan los soldados a enterrarlo. Al ver que aún está con vida, uno de ellos los remata con dos disparos en la cabeza. En el mismo lugar lo entierran en un hueco hecho con premura.





TESTIMONIO DE LORENZO MATAMOROS

A Juan Manuel Márquez lo trajeron aquí, a la casa del viejo mío. A él lo cogieron allí arriba. Todo esto era un saó de árboles grandes. Había manigua también.

Yo tenía 17 años. Me acuerdo perfectamente de todo. Primeramente, los guardias estuvieron aquí. Nos registraron todo. Buscaban a Juan Manuel Márquez, porque ya el guardia lo había visto por allí arriba. En el monte aquel que se ve allá. Abajo hay una colonia y allí fue donde lo vieron. Parece que ellos sabían que Juan Manuel andaba por estos lugares. Este sitio se conoce con el nombre de Estacadero.

El que lo delató fue primero a un centro espiritual que había allá arriba, y vio al guardia y le avisó que había topado con un maumau. Entre el guardia y el delator lo trajeron hasta aquí detenido.

Tenía la cara, los labios y las manos, hasta donde le alcanzaban las mangas de la camisa, quemados. Parece que era del sol y algunas hojas de caña. Él dice que ripió mucha caña. Tenía diez días sin comer y nueve sin tomar agua. Tomaba agua del rocío de las hojas de la caña y de algunas matas de cupey.

Lo sentaron aquí en este portal. La vieja mía lo llevó adentro para que se lavara la cara y comiera algo. Se le dieron boniatos hervidos y carne.

No podía casi ni comer, porque tenía toda la boca cuarteada por la sed.

Mi madre envió a Eutimio Aguilar a buscar ron a la tienda para echarle al café para hacerle estómago, y

así se lo tomó. Entonces él se lavó la cara, se peinó y estuvo un rato sentado.

El sargento Moreno, le preguntó:

—¿A qué tu viniste aquí?

Él respondió:

—Nosotros vinimos a defender una causa.

El sargento le dijo:

—Yo no hubiera querido cogerte a ti, sino a Fidel Castro.

Y con la misma, le arrebató la cartera que traía. No sé si tenía dinero o no, inclusive mostró una fotografía de su hermana y dos niños. No sé si eran hijos o sobrinos.

Fuimos hasta la misma tienda, donde lo metieron para adentro. Era la tiendecita que había en La Juba del Agua. Todavía está ahí, pertenecía a un tal Horacio. Cuando íbamos para allí Ignacio Fonseca dijo:

—Sargento, yo voy a montar con él porque se va a caer del caballo.

Él no sabía montar a caballo, iba en un basto y se iba cayendo.

Yo iba al costado en un potriquito algo más grande que este. El sargento me dijo:

—No te aparees, porque si le da por huir le van a tirar y te van a matar a ti.

Cuando llegamos le sirvieron potaje de habichuelas coloradas, plátanos maduros fritos, arroz blanco y dos bistecs. No se los pudo comer. Lo metieron para la tiendecita de Horacio y no lo volví a ver más.

CON DESTINOS OPUESTOS

LUEGO de la dispersión de Alegría de Pío, algunos expedicionarios lograrían al cabo de los días incorporarse al destacamento guerrillero, otros caerían prisioneros o lograrían evadir el cerco enemigo y salvar sus vidas.

Durante la retirada ha quedado solo José Ramón Ponce, herido de un balazo en el pecho durante el combate, quien logra al fin internarse en un cañaveral cercano. Cuando comienza a arder el cañaveral, se tiende en un surco entre las cañas tratando de protegerse del fuego. Milagrosamente no sufre quemaduras demasiado graves, solo algunas en la cara y el pecho. Apenas puede moverse, pierde a ratos el conocimiento. Con mucho esfuerzo consigue llegar hasta un claro. Ya de noche escucha muy cerca

las voces de los guardias. Intenta desesperadamente ahorcarse, amarrando su cinto a una mata tan delgada y pequeña que cae junto con él, no logra su propósito. Pasa la noche dentro de la caña, con tanta sed que tiene que beber de su propia orina.

Al amanecer del día 6, oye el canto de unos gallos y cree estar cerca de una casa. Se arrastra entre la caña cuando, de momento, comienzan a estallar por el calor algunos proyectiles abandonados en el cañaveral a raíz del combate. Vienen los guardias, pero no lo ven. Ponce se ha tendido desfallecido detrás de un tronco, con toda la ceniza y otros restos que le han caído encima. Regresan al poco rato y es descubierto por un guardia que se le acerca con una pistola en la mano y lo captura. Instantes después llega el teniente Aquiles China y Ponce es enviado al puesto de mando en Niquero.

TESTIMONIO DE JOSÉ PONCE

YO me salvo nada más porque la candela me coge a mí. Tengo las huellas de la candela todavía. Ya no podía levantarme. Después el médico me decía que era la hemorragia interna que tenía. Me tiro entonces, y da la casualidad que caigo en un limpiquito donde había un poste grandísimo que lo habían talado. Y ahí me quedé.

Yo oía a los guardias, pero los oía y después volvía... Pasaba el tiempo y yo volvía, y trataba de arrastrarme, y no podía arrastrarme. Y cogí, me acuerdo, el cinto que tenía, porque ya yo estaba desesperado, e infantilmente lo amarré para ahorcarme en una mata chiquita que había y se cae la mata también. Y aquello no lo podía soportar, aquello era terrible.

Llega un momento en que uno se resigna y dice:

—Bueno, ya aquí...

Tenía el balazo por aquí, en el pecho.

Me quedo ahí, oigo unos gallos cantar y digo:

—Por aquí hay una casa cerca, déjame ver si yo puedo ir arrastrándome a la casa.

Y en ese momento, cuando yo voy a salir —no podía caminar, pero arrastrándome un poquito iba ya adelantando—, yo pensaba:

—Bueno, por aquí estamos cerca de Pilon. Voy a la casa y les digo que me pongan en contacto con Celia Sánchez...

Yo pensaba cómo me podía escapar de aquello. Pero en ese momento, los proyectiles que quedaron en el cañaveral empezaron a dispararse solos con la candela, y cayó aquella jauría para allá adentro. Yo me salvé porque ellos no me ven a mí. Cuando ellos me ven, yo estoy tirado atrás de



Mario Fuentes y José Ramón Ponce, detenidos el 6 de diciembre de 1956, son presentados ante los periodistas en Santiago de Cuba.

un poste, acostado a lo largo y embarrado de toda la ceniza y todo lo que me había caído encima. Cuando ellos llegan, yo no los siento llegar. Siento el tiroteo y me quedo allí. Me acuerdo de eso y, después, cuando aparecí allá en el Moncada. No me acuerdo de más nada.

Después de caminar por entre la caña y el monte, cerca de las diez de la mañana del 8 de diciembre, el expedicionario Arnaldo Pérez es descubierto y apresado por los soldados cuando trataba de trasladarse a un lugar más seguro dentro del cañaveral donde se oculta, cerca de Alegría de Pío. Posteriormente, era conducido al puesto de mando en el batey, donde el capitán Moreno Bravo lo interroga y luego lo envía en un jeep al vivac de Niquero.

Mario Fuentes Alfonso se retira solo de Alegría de Pío y se interna en un campo de caña, donde pasa la noche. A la mañana siguiente, 6 de diciembre, al salir del cañaveral, es apresado por un marinero de recorrido por el lugar, quien decide retenerlo en un hueco en el patio de la casa del campesino Renato Ceruto, mientras establecía contacto con el ejército. Muy pronto un jeep conduce al prisionero al puesto de Niquero.

Después del combate, Evaristo Montes de Oca logra retirarse hacia el monte situado al sur, donde permanece hasta el día siguiente. El día 6, cuando cesa el bombardeo, emprende fatigosamente la marcha por el monte, buscando el mejor camino por la orilla. Al rato, divisa un bohío en la punta de una loma, en los altos de La Esperanza. Se acerca y al entrar encuentra que solo hay un perro que ladra constantemente y al cual está a punto de silenciar con un disparo, pero no lo hace por temor a ser descubierto. Registra el bohío en busca de agua y comida, pero solo halla unos frijoles negros duros. Decide regresar a un pequeño llano sembrado de caña, por donde ha pasado horas antes. Allí lo sorprende la noche, se cubre de paja de caña porque el frío es intenso, y logra finalmente reconciliar el sueño.

La mañana del día 7 tiene tanta sed que pasa su lengua por las hojas de unas malangas sembradas dentro del campo de caña donde se esconde, para absorber unas gotas de rocío. Después de caminar

un largo trecho, en horas del mediodía se topa sorpresivamente con una patrulla de reconocimiento del ejército, al frente de la cual viene el teniente José M. Carrillo. Es hecho prisionero y conducido sobre un carro de caña al batey de Alegría de Pío, donde es interrogado por el capitán Moreno Bravo y luego enviado al cuartel de Niquero.

Después de comprobar que Andrés Luján, Jimmy Hirzel y Felix Elmuza se han marchado el día 7, Alfonso Guillén Zelaya, Horacio Rodríguez y José Morán deciden continuar, esta vez hacia el oeste. Caminan varias horas, hasta llegar al bohío de Demetrio Tamayo, en Agua Fina. El campesino vive en la mayor pobreza, con su mujer y varios niños casi desnudos y con los vientres abultados que miran a los expedicionarios con ojos de miedo.

La mujer de Tamayo estaba terminando la comida: unas frituras de harina y agua.

—Siéntense ahí y coman, que ustedes traen el hambre en la cara —les dice Demetrio.

Los expedicionarios no quieren aceptar. Saben que eso es lo único que tiene la familia como alimento para el día. Pero Demetrio insiste y aceptan por temor a que se sienta ofendido.

Una vez que han terminado, los tres combatientes piden al campesino que los oriente sobre el rumbo a seguir. Tamayo les dice que sabe de una casa un poco al norte, en Ojo de Agua de Belic, donde los pueden ayudar.

—Pregunten allí por Augusto Cabrera, que él sabrá cuidarlos.

Esa tarde, Augusto se halla en su casa y comenta con su mujer los últimos acontecimientos, cuando siente que dicen desde la puerta:

—Buenas tardes... ¡Ah! ¿Pero es usted el que vive aquí?

Los tres expedicionarios reconocen, entonces, a aquel hombre que tres días atrás guió de regreso a Luis Crespo a donde acampaba la columna en la Trocha y que había albergado al grupo disperso de Juan Manuel Márquez cuando el desembarco.

El campesino les brinda almuerzo y le promete ayuda. Pasan esa noche en un rancho detrás de la casa, donde Augusto guarda los utensilios de sus colmenas.

El día 10 todavía están en casa de Cabrera. Allí llegan entonces los expedicionarios José Fuentes y

Francisco Chicola. Después del combate, Fuentes había deambulado tres días por los cañaverales antes de llegar a un bohío. Al entrar en la vivienda la encuentra vacía y se esconde bajo la cama. Cuando el dueño llega y lo ve, lo saca de allí y lo esconde en un montecito. Entonces se encuentra con Chicola.

Fuentes se ha enterado de que su hermano Mario está preso y quiere entregarse.

Pasado un rato, le pide a Augusto que vaya a Niquero.

—Usted llega allá, a Niquero, y le dice al juez Valencia que el hermano del juez de Pinar del Río se quiere entregar y quiere que lo ayude.

Cuando los otros expedicionarios se enteran de esta gestión, tienen una fuerte discusión con Fuentes. Consideran que debe seguir con ellos. Sin embargo, el expedicionario insiste y Augusto Cabrera parte a Niquero.

Al otro día en la mañana, el juez José Luis Valencia y el teniente Aquiles Chinaa llegan a la casa de Cabrera en busca de Fuentes, que ha decidido entregarse. Augusto le advierte al juez:

—Oiga, doctor, le voy a decir una cosa: en tiempo de guerra todas las cabezas valen igual. Cuide a ese hombre y que no se lo maten, porque nos vamos a buscar un rollo: se lo va a buscar usted y me lo va a buscar a mí también.

—Para matar a este hombre hay que matarme a mí también —le contestó al juez.

Zelaya, Morán, Chicola y Horacio permanecen ocultos cerca de la casa de Augusto Cabrera, en Ojo de Agua de Belic. Se sienten encerrados allí, pues consideran que han venido a pelear y escondidos allí no pueden hacer nada. Ya el campesino ha tratado de sacarlos con la ayuda de Crescencio Pérez, pero no ha podido porque la vigilancia es mucha.

El día 12, los cuatro expedicionarios deciden salir con Augusto hacia Niquero para tratar de hacer contacto con gente del Movimiento, mediante unas hermanas de Cabrera que viven en el Guaimaral.

Salen a las cinco de la tarde. Augusto va delante, a caballo. Lo siguen los combatientes, a pie y a corta distancia. Pasan por Chicharrón del Macho, hasta llegar a Ceibabo. Los caminos se encuentran muy transitados.

Cae la noche. Al pasar por el entronque de la carretera que va directo al pueblo, Augusto ve una pareja de soldados bajo una anacahuita. Han convenido una seña en caso de peligro. Cuando le salen al

paso los dos guardias con fusiles, Augusto le pega las espuelas al caballo y dice la señal:

—¡Caballo! Este caballo no ha visto gente nunca.

—¡Alto! ¿Quién va? —Grita uno de los soldados.

—Gente buena —responde el campesino.

—¿Y esa gente que viene con usted?

—Bueno, esa gente está huérfana de prácticos.

Me han visto pasar de noche y me han seguido, pero yo de eso no conozco nada. Vengo a ver una tía enferma y por eso ando a esta hora de la noche por aquí.

Le pega de nuevo las espuelas al caballo, pero al momento los soldados le rastrillan los fusiles y le apuntan. Se acercan, lo tumban del caballo y le quitan el machetín, la alforja y la capa de agua.

—Tú eres el guía de esta gente y no lo puedes negar.

—A Chicola y a Zelaya los han hecho prisioneros. Morán y Horacio se lanzan a través de un seto de arbustos espinosos. Los soldados no pueden seguirlos. Un marino monta el caballo de Augusto y se dirige hacia donde supone han huido. Regalón, que aparece en ese instante, lo detiene y le dice:

—Muchacho, que te matan. Tú no sabes quiénes son esa gente. Déjalos ahí, que ahorita los vamos a buscar. Quizás sigan por la carretera y en la otra posta los matan.

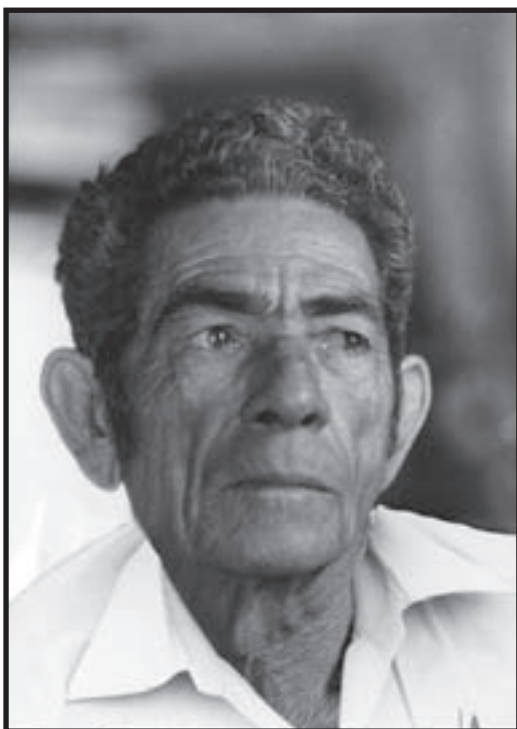
Mientras caminan hacia el cuartel, la población se asoma a las puertas de las casas y cuchichea:

—¡Esos están muertos!

En el cuartel está el coronel Ramón Cruz Vidal. Augusto ha pensado que es preferible decir que los expedicionarios querían presentarse y que él los ha traído. Se dirige al oficial.



Los expedicionarios Alfonso Guillén Zelaya y Máximo Francisco Chicola, capturados en Niquero el 12 de diciembre de 1956.



Eutorgio Rodríguez.

—Coronel, yo le traía cuatro hombres, pero este palanqueó el rifle y ellos vienen acobardados o qué se yo. Se me quedaron otros allá.

Mientras tanto han traído un jeep para salir a buscar a Horacio y a Morán. Los soldados le dicen a Augusto:

—¡Cabrera, móntese, que vamos a recoger a esa gente!

—No, él no es guardia —dice Cruz Vidal— y no tiene que ir a esa misión. Eso es asunto nuestro.

Augusto espera el amanecer en un banco del cuartel. Sabe que a esa hora están buscando a los otros. Mil ideas nada agradables le pasan por la mente. Por la mañana coge el caballo y parte de regreso a su casa.

Horacio y Morán pueden escapar. Pasan por detrás del cementerio de Niquero y llegan a la casa de Luis Alberto Guerra, *el Negro*, donde se ocultan. Otras familias, entre ellas la de Olga Licea y su hijo, también los atienden.

Horacio permanece en Niquero escondido. Morán pasa a la casa de Eutorgio Rodríguez, en el barrio del Guaimaral. Allí se queda escondido en un potrero.

Los dos expedicionarios son trasladados con posterioridad a sitios más seguros, hasta que más adelante escapan finalmente del cerco.

TESTIMONIO DE AUGUSTO CABRERA

ALLÍ ya yo tenía cuatro. Yo no hallaba ya qué hacer, estábamos rodeados de guardias y las noticias de que estaban matando a todos los que se presentaban. Me acuerdo que yo dije:

—Yo voy a ir a casa de Crescencio y voy a hablar con él, a ver qué orientación me da él.

Agarré mi caballo, paso por Río Nuevo, llego a la Juba del Agua, y allí había un ejército formidable, y aquel barrio estaba completamente triste, nadie se atrevía ni a hablar. Y yo pasé por allí en mi caballo a la marcha. Más adelante, en una lomita, me encontré un camión lleno de guardias. Venía un oficial que le decían creo que el teniente Moreno o el capitán Moreno Bravo, no sé.

Bueno, pues entonces seguí. Llego a casa de Crescencio Pérez como a las cinco de la tarde. Él no estaba ahí. Empezamos a conversar allí con Ignacio y la señora de Crescencio, y al poco rato viene Crescencio, y me dice:

—Me parece que sé a lo que has venido.



El campesino Augusto Cabrera.

Empezamos a conversar. Le dije:

—Chico, he venido aquí porque tengo cuatro expedicionarios en mi casa y no sé qué hacer, ya que no tengo ningún contacto ni conozco nada de eso, pero siempre me supuse que usted está vinculado en el Movimiento y conoce de eso, y me puede orientar en lo que yo puedo hacer con esos hombres.

Entonces él me dijo:

—Ya yo tengo cuatro también aquí por Palmarito, los tengo escondidos.

Me dijo que un tal Echevarría, y que los otros no los conocía él. Me dice:

—¿Tú no te atreves a traerlos de monte a monte?

Digo:

—Hay una gran vigilancia. Es muy grande la vigilancia.

Dice:

—Verdaderamente sí. Bueno, pues mira, deténlos allá en tu casa hasta que se disipe un poco la vigilancia.

Otros siete hombres extenuados tratan de mantenerse en pie sobre un gigantesco farallón que se yergue desafiante sobre el mar. Ni un río, ni un hilo de agua, nada que sirva para mitigar la sed y el hambre; solo árboles de troncos desnudos que se afincan en el diente de perro.

Son los expedicionarios Fernando Sánche-Amaya, Norberto Godoy, Mario Chanes, Enrique Cámara, Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote. Es el 7 de diciembre.

No saben cómo han podido llegar hasta esa zona después del combate de Alegría de Pío. Al principio habían tomado rumbo este, pero después se perdieron y caminaron hacia el sur.

No han comido, han estado huyendo del bombardeo de la aviación y apenas han descansado. Solo saben que están ahora allí en lo alto del farallón. Habían decidido bajar al mar para lavar la herida que Raúl Suárez recibió en la muñeca durante el combate, pero sus fuerzas solamente les han permitido descender al punto donde el acantilado cae a pico, veinte metros hasta el agua. Desde allí divisan, con la mira de un fusil, la torre del central Cape Cruz, en Pilón, y una fragata que se encuentra anclada. Por

el ir y venir de los botes a la costa deducen que los marinos están desembarcando.

Los expedicionarios discuten la ruta que deben seguir. Unos opinan que deben tomar rumbo este, en dirección al Toro; otros, oeste, en busca de Agua Fina. Al final no se ponen de acuerdo. El grupo se divide: Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote hacia el este; Sánche-Amaya, Cámara, Godoy y Mario Chanes en sentido contrario.

El grupo de Sánche-Amaya camina todo ese día hacia el oeste. Deciden cambiar otra vez de rumbo y comienzan a ascender de nuevo las terrazas dejando el mar a la espalda. A la altura del día 11, en la zona de Agua Fina, encuentran un horno de carbón y, un poco más allá, un bohío. Godoy y Cámara quedan vigilando mientras Sánche-Amaya y Mario Chanes se acercan a la casa. Es la de Saturnino Iglesias, el mismo por cuya bodega pasó la columna el día 4. Iglesias los recibe y les brinda ayuda. Se refugian en un montecito cercano, comen y reponen fuerzas.

El día 12 se mantienen en la zona. Pasan de madrugada a la casa de Alfredo Reytor. Allí encuentran a los expedicionarios Raúl Díaz y Esteban Sotolongo, quienes horas antes han llegado a la casa del campesino.

El grupo de expedicionarios decide cambiar de lugar. Han oído hablar de que hay soldados cerca. Llegan a la casa de Pedro *el Isleño*, quien los invita a entregarse, pero ellos rechazan la proposición y continúan su camino.

El 15 o 16 de diciembre se detienen en casa de un campesino, comen algo y siguen viaje. Al atardecer se encuentran con la casa de Alfredo Cantero. Sotolongo está en muy mal estado, con fiebre palúdica.

Sánche-Amaya y Chanes toman la decisión de separarse con el objetivo de tratar de lograr alguna información sobre la suerte del resto de los combatientes. El 17 de diciembre salen por la mañana temprano hacia la casa de Augusto Cabrera en Ojo de Agua de Belic, y le piden permiso para oír el radio. Augusto accede. A las dos o tres horas se marchan por donde han venido.

Cuando sus dos compañeros regresan a la casa de Cantero, Cámara y Godoy parten con el propósito de llegar hasta La Habana. Han conseguido ropas por mediación de Saturnino Iglesias, y salen hacia Niquero en el camión que busca los víveres para la bodega de Saturnino.

El 18 de diciembre, Sánche-Amaya y Chanes deciden separarse de Sotolongo y de Raúl Díaz, y se instalan en la casa de Augusto Cabrera.

Los guardias rondan constantemente en camiones y jeeps. Cabrera oye el ruido de un motor. Cuando se asoma a la puerta, un jeep del ejército apunta su ametralladora hacia la casa.

—Muchachos, el ejército —les dice a los expedicionarios.

Sánche-Amaya y Chanes dan un salto y logran huir corriendo hacia el monte por detrás de la casa.

Los guardias registran varias veces la casa de Cabrera. Este decide pasar a Chanes y a Sánche-Amaya para la casa de su hermano Eutorgio, en Río Nuevo. Los dos hombres acceden y el 21 de diciembre, después de haber dejado las armas en la casa de Augusto, se esconden en una lomita frente a la casa de Eutorgio Cabrera.

Allí permanecen hasta pasado el año 1956.

ENTRE LA CAÑA Y EL FARALLÓN

UN grupo de expedicionarios compuesto por Jesús Montané, Roberto Roque, Norberto Collado, Antonio Darío López y Jaime Costa, se dirigen hacia el Sur en la dispersión de Alegría de Pío.

Al llegar a las primeras terrazas, toman rumbo oeste. Caminan durante algunos días sin encontrar persona alguna, agua ni alimentos, hasta que el 11 de diciembre llegan cerca de Cabo Cruz. Ya para esta fecha, Montané y Collado están en condiciones físicas tan deterioradas que se han separado de los demás, quienes han continuado la marcha dejándolos atrás. Antes han escondido las armas en un hueco del diente de perro.

Roberto Roque se encamina solo el día 12 al puesto de la Marina en el faro de Cabo Cruz. Tiene la esperanza de encontrar ayuda allí en virtud de sus anteriores relaciones con ese cuerpo armado. En cambio, cae preso, al igual que Costa y Antonio Darío López, que han permanecido a poca distancia del faro. Luego de ser interrogados por Laurent en la fragata, los tres expedicionarios son enviados a Santiago de Cuba en un avión Catalina.

Montané y Collado, rendidos por el agotamiento, el hambre y la sed en las rocas de la costa, logran llegar hasta una casa en busca de auxilio. No pueden dar un paso más. Ese propio 12 de diciembre son descubiertos y apresados. Un guardacostas los recoge y los traslada directamente a la fragata *Antonio Maceo*, surta en Pilón, donde ya está detenido el expedicionario Mario Hidalgo.

Cuatro sobrevivientes continúan la marcha por las lomas y después se separan. Gino Doné y Rolan-



Los expedicionarios Norberto Collado y Jesús Montané, detenidos el 12 de diciembre. Detrás, a la derecha, Mario Hidalgo.

do Moya llegan el día 9 a la casa de los hermanos Rubén y Walterio Tejeda, en la loma de la Yerba. Allí los recoge Guillermo García, quien los lleva el día 10 a la casa de Carlos Mas, en el Mamey, donde quedan ocultos.

El día 11, Armando Huau y Enrique Cueles llegan a la casa de Emilio Fonseca, en el Mamey. Uberta, la mujer del campesino, envía a uno de sus hijos con un mensaje a Carlos Mas, su vecino. Este se dirige hacia la casa de Fonseca, recoge a los dos expedicionarios y los lleva a su finca, donde ya estaban ocultos Gino y Moya.

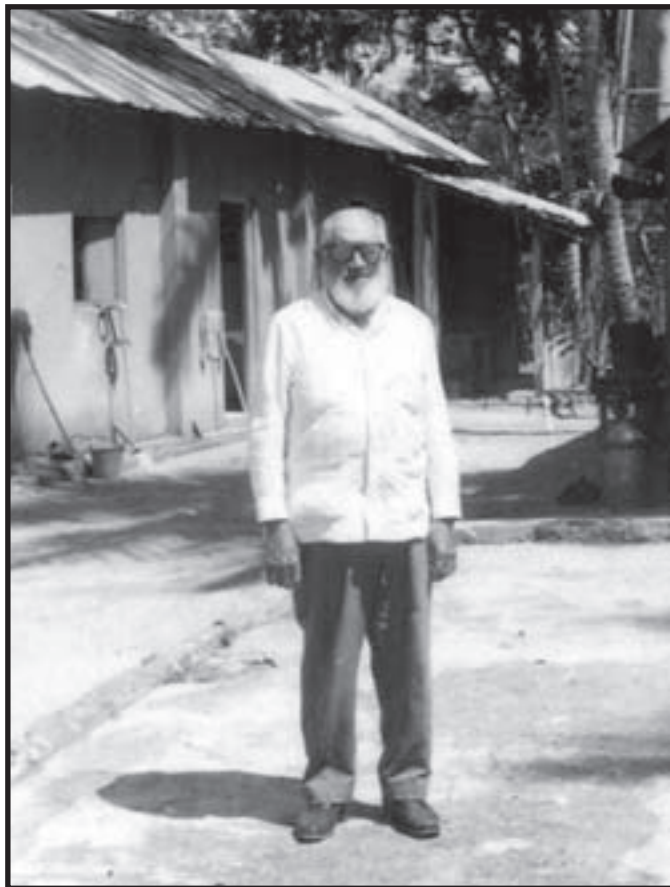
Los cuatro expedicionarios pasan el día 14 a la casa de Perucho Carrillo, en Palmarito, con la ayuda de Diógenes Chávez y Chuchú Iznaga. El 19 de diciembre, después de cruzar la carretera de Pilón, Gino Doné y Rolando Moya llegan a la casa de Urbino Arias, en el barrio de Bueycito, quien

los pone en contacto con Pascual Baldoquín, que coordina su salida de la zona. En días posteriores Moya llega a La Habana y Doné sale para Santa Clara. Por su parte, Armando Huau y Enrique Cueles logran también evadir el cerco y alejarse de la zona. Días después pasaban por Florida, Camagüey, y seguían camino. Sobre el 24 de diciembre, Huau llega a Matanzas y se incorpora a las tareas clandestinas.

Durante la retirada en Alegría de Pío, Manuel Echevarría y Gilberto García atraviesan con precaución un claro para internarse en el monte cercano. Llevan consigo sus fusiles y mochilas, además de una pesada caja de 500 balas que cargan entre ambos. Desde el lugar ven arder la caña y determinan esperar allí un tiempo. Ya oscureciendo, continúan avanzando en dirección sureste hacia los farallones, donde pasan la noche.



Florencio Orasma con su esposa.



Crescencio Pérez Montano.

Al amanecer del día 6 continúan la marcha en dirección al este. Caminan con precaución, bordeando por dentro del monte las terrazas superiores de la costa. El cansancio, la sed y el hambre hacen estragos en los dos combatientes. Durante la marcha abandonan la pesada caja de balas, pero conservan sus fusiles.

En la mañana del día 7 logran llegar hasta el río Toro. Allí se les unen los expedicionarios Ramón Mejía del Castillo, *Pichirilo*, y Jesús Gómez Calzadilla, que vienen sin armas. Desde el lugar observan escondidos el desembarco de soldados de una fragata, mientras los aviones continúan sobrevolando la zona. Después de dejar Echevarría y Gilberto bien ocultos sus fusiles entre las piedras de los farallones, los cuatro combatientes continúan camino, remontando el río hasta llegar a la casa de un campesino, donde comen algo y siguen camino. Comienzan luego a subir lomas en dirección al alto del Mamey, donde son localizados por el campesino Argelio Rosabal Fonseca, religioso adventista que se ofrece a ayudarlos y los conduce a su casa. Después de beber leche y recibir la atención de la familia, los cuatro combatientes pasan allí la noche.

Bien temprano, el día 8, el grupo parte, después de cambiarse de ropa. Continúan avanzando por las lomas, hasta llegar cerca de las ocho y media de la mañana a la casa de Florencio Orasma, en Palmarito. El campesino no está, pero la mujer los manda a entrar y les prepara café, mientras envía a una de sus hijas en busca de su esposo que está trabajando. Cuando llega el campesino a la casa, Echevarría le plantea tratar de localizar a Juan León, conocido de la zona. Una de sus hijas parte a caballo con una nota al efecto, mientras el campesino los traslada para un lugar más seguro, al borde de un arroyo entre un platanal y un cayo de monte. Al rato, Florencio regresa con su hermana y algunas de sus hijas llevándoles el almuerzo.

Esa mañana Crescencio Pérez y Juan León conversaban en la casa de Pepe León, en La Manteca, cuando llega la hija de Florencio con la nota que le envía Echevarría, informándole que se encuentra en la finca de Orasma en Palmarito con tres compañeros más. León le muestra la nota a Crescencio y ambos salen de inmediato al encuentro de los expedicionarios.

Crescencio les indica que deben salir rápido de allí y que por la noche los recogerá para cruzar la carretera de Pílon. Encarga a Diógenes Chávez explorar el camino por donde cruzarán. Poco después se encuentran con Wilfredo Lara, *Gustavo*, quien les trae las últimas noticias sobre los asesinatos en el Toro y se brinda para salir en busca de las armas que dejaron escondidas.

Cerca de las nueve de la noche, tal como había prometido, Crescencio los recogía en el montecito donde se ocultan y parten a cruzar la carretera de Pílon, por el lugar conocido como el Mareón, para finalmente conducirlos a la finca de su hermano Ramón Pérez, *Mongo*, en Purial de Vicana, a donde arriban la madrugada del 9.

Inquietos por la inmovilidad y la falta de noticias de sus compañeros, la noche del día 12 llega un tío de Echevarría que vive en Mota a recogerlo. Echevarría y Gilberto deciden salir juntos con él. Bajaron hasta Purial de la Gloria, dejaron allí los caballos y toman un auto hasta una finca en Guasimilla, a unos tres kilómetros de Campechuela, donde pasan la noche.

Cerca de las cuatro de la tarde del día 13, irrumpía un camión cargado de soldados que rodean el lugar. Se presenta el doctor José Corona Medina, alcalde de Manzanillo, acompañado por otras figuras de la zona, para gestionar la entrega de los dos expedicionarios. Los prisioneros son conducidos de inmediato al cuartel de Campechuela. A la mañana siguiente el capitán Caridad Fernández, luego de interrogarlos, los traslada al cuartel de Niquero.



Expedicionarios detenidos en Niquero. De izquierda a derecha, Evaristo Montes de Oca, César Gómez, Arnaldo Pérez, Máximo Francisco Chicola, José Fuentes y Alfonso Guillén Zelaya.

Después del combate, Onelio Pino y Arturo Chaumont logran escapar del cerco tendido por el ejército en toda esta zona. Se internan en el monte y los cañaverales y permanecen ocultos durante varios días. Al cabo deciden salir la mañana del día 8 a la casa de Basilio Hernández, en La Esperanza, cerca de Alegría de Pío. Sobre las once de la mañana el hijo de Basilio va en busca de César Ceruto, que en ese momento se encuentra en casa de un vecino, y le dice:

—Vengo a avisarte que he traído dos hombres del monte y papá me dijo que viniera a buscarte a ver qué hacemos con ellos.

Ceruto parte enseguida al encuentro de los dos expedicionarios, que están sentados sobre un tronco en un montecito al fondo de la casa, muy cerca del camino por donde pasan a menudo los camiones del ejército. Están desesperados por la sed y Pino vomita, pues han comido cangrejos crudos. Luego de llevarles agua, Ceruto los traslada hasta un montecito cerca de su casa y les prepara alguna

comida, que luego les lleva. Ambos combatientes le plantean la necesidad de llegar a Manzanillo y el campesino les asegura que con la ayuda de otros vecinos podrán sacarlos de allí.

Poco después, Ceruto los conduce a un ranchito en los altos de Guáimaro, apenas a dos kilómetros del batey de Alegría de Pío, donde se encuentran con su compañero Rolando Santana, quien también ha logrado escapar después del combate. Los tres expedicionarios permanecen ocultos allí varios días.

Godofredo Verdecia, *Godo*, que vive en El Plátano y es ahijado de César Ceruto, se ha enterado del paso de Fidel y sus compañeros por la zona y de sus orientaciones de recoger las armas perdidas y reagrupar a los combatientes. El día 17, Ceruto les propone trasladarlos a El Plátano, pero los expedicionarios prefieren salir por otro rumbo.

—Bueno, yo no los voy a desamparar y voy a hacer por ustedes todo hasta que lleguen a un lugar donde no tengan peligro —responde el campesino.

Ceruto busca a un muchacho para que los guíe hasta Las Palmonas y después siguen a Niquero,

donde se reúnen con Horacio Rodríguez. Luego de permanecer tres días escondidos en el poblado, Rolando Santana logra salir a Manzanillo y después a Bayamo. El 4 de enero de 1957 es detenido en La Habana. Simular ruta sigue Arturo Chaumont, quien es detenido en esa ciudad a mediados de febrero de 1957. Por su parte, Onelio Pino logra llegar a la capital y asilarse en la embajada de México, viajando días después a ese país.z



Basilio Hernández frente a su casa en La Esperanza.



Farallones y terrazas de Punta Escalereta, por donde pasaron varios grupos de expedicionarios después de la dispersión.

LA SIERRA ES EL OBJETIVO

EN medio de la confusión del combate de Alegría de Pío, Esteban Sotolongo logra escapar atravesando los cañaverales, en dirección al sur. Raúl Díaz Torres puede retirarse también, protegiéndose con el cañaveral. Momentos antes se había encontrado con Camilo Cienfuegos y Francisco González, quienes iban saliendo también de aquel infierno y lo invitan a unirse a ellos. Pero toma otro rumbo y queda solo. Atardeciendo se detiene a descansar debajo de un árbol cuando ve cruzar a un compañero y le silba. Es Sotolongo, que ha estado rondando, casi a rastras, la zona. Ambos caminan sin saber orientarse aproximadamente hacia el sur, hasta que el cansancio los vence.

El día 7 llegan a lo alto de los farallones frente al mar y desde allí observan la fragata anclada y los botes trasladando marinos hasta la orilla. Están exhaustos después de caminar por aquella inhóspita región, sin agua ni alimentos. No obstante, optan por no continuar avanzando y permanecer allí varios días. Beben de los charcos llenos de fango y gusarapos que se empozan en las grietas de las rocas y se alimentan de patas y muelas crudas de cangrejo.

Después de moverse varios días por las terrazas cerca del mar, el día 10 deciden cambiar el rumbo y buscar un camino mejor para alcanzar la Sierra Maestra. Todavía conservan sus armas. Esa mañana, temprano, se acercan al bohío de Ignacio Mendoza, en los altos de La Esperanza. La debilidad de los combatientes es notable. Sotolongo lleva varios días con fiebre palúdica. Al costado de la casa hay un tanque de agua cuya parte superior está perforada por las balas. El campesino les dice que lo esperen, que les traerá agua fresca.

Llega su hija Nélica Mendoza, quien vive muy cerca y viene acompañada de uno de sus hijos y de su ahijado Godofredo Verdecia. Rápidamente la mujer envía al hijo en una yegua en busca de su esposo, que se encuentra en la Alegría. Cuando César Ceruto llega a la casa, ya su esposa con una de las hijas cocinaban algunos pedazos de carne de puerco y boniatos para los combatientes. Pero los expedicionarios

recelosos desconfían de los campesinos y deciden salir rápido del lugar. Solo hay tiempo para guardar algunos pedacitos de boniato y cuatro botellas de agua, que al parecer habían contenido luz brillante, según comprobaron luego. Raúl Díaz le dice a Ceruto que quieren salir de allí.

—Sí, nosotros te sacamos, pero te sacamos de noche. De día no puede ser. Esto está lleno de guardias.

Al suponer que un barracón cercano está lleno de guardias, los expedicionarios emprenden una rápida retirada del lugar. Caminan ese día y parte de la noche en sentido contrario, hacia el oeste.

El día 11 tratan de avanzar por el monte. Sotolongo ya no puede más, una fiebre de 40 °C lo abrasa, tiene los labios partidos y comienza a divagar. Le es muy difícil caminar, casi se arrastra. En el trayecto se encuentran con un carbonero, a quien piden ayuda. Se trata de Alfredo Reytor, el mismo que dio de comer en su casa a la columna la noche antes de la dispersión. El campesino los conduce a su casa, en la zona de Agua Fina; después se ocultan en un montecito cercano.

En la casa de Reytor se les unen el día 12 los expedicionarios Enrique Cámara, Norberto Godoy, Sánche-Amaya y Mario Chanes, que estaban escondidos por esa misma zona. Al anochecer, después del paso de un camión de guardias que se detuvo frente a la casa, los expedicionarios emprenden la marcha.

Al atardecer del siguiente día, se encuentran con un leñador que, en cuanto los ve, sale a su encuentro con muestras de regocijo, los abraza e invita a pasar a su casa. Se trata de Alfredo Cantero, en cuyo hogar permanecerán algunos días.

El 18 de diciembre Sánche-Amaya y Mario Chanes se separan y deciden trasladarse a la casa de Augusto Cabrera, en Ojo de Agua de Belic. Por su parte, Raúl Díaz y Esteban Sotolongo lo hacen para la casa de Agustín Oliva, también en Agua Fina. Este continúa con fiebre y muy débil. Se habla de la posibilidad de conseguir alguien que lo pueda inyectar. Augusto Cabrera se ofrece para traer a caballo a Pepe Tamayo, quien presta esos servicios en la zona.

El 23 de diciembre Sotolongo y Raúl Díaz pasan a la casa de Antonio Borges, en Río Nuevo. Allí encuentran al expedicionario Gabriel Gil.

Luego del combate, Gil se arrastró por entre las cañas y lentamente había avanzando, ya de noche, hacia el norte. En la madrugada del día 6 divisa la casa de Antonio Borges en Río Nuevo y se esconde en un cayo de monte. Al amanecer comienza a observar la casa. Luego de aguardar toda la mañana por el regreso del campesino, decide acercarse y Antonio Borges lo invita a pasar, lo insta a cambiarse de ropa y le ofrece agua y comida. Permanece oculto varios días en un montecito cercano, atendido por la familia.

Luego de la llegada de Sotolongo y Raúl Díaz al lugar, permanecerán escondidos un tiempo más, hasta que Borges hace contacto con el Movimiento y en la madrugada del 18 de febrero de 1957 salen por Niquero para subir a la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, Sierra Maestra, a encontrarse con Fidel e incorporarse a la guerrilla.

Durante el combate, Pablo Díaz se incorpora al grupo de Fidel, Universo y Juan Manuel Márquez que desde un cañaveral disparan. Buscando una mejor posición, salta una guardarraya bajo un fuego nutrido y se parapeta detrás de un tronco. Dispara algunas balas y, cuando el tiroteo aminora, regresa, pero ya no ve a Fidel y sus compañeros. En ese momento comienza a arder el cañaveral, mientras la avioneta ametralla.

Pablo se retira hacia el sur por dentro de la manigua, hasta penetrar en un monte firme. Sigue avanzando. Pero le es demasiado pesado el otro fusil que carga, inservible con las estrías gastadas, por lo que sigue solo con su fusil Mendoza. Al caer la noche se parapeta en un hueco donde hay un árbol grande y el sueño lo rinde.

El día 6 continúa en el monte y es sorprendido por la aviación que sobrevuela a baja altura. El combatiente deja su fusil a un lado y corre a protegerse en un hueco, detrás de la raíz de un árbol. En ese momento el avión ametralla las cercanías y se retira. Cuando Pablo regresa a recoger su fusil, la metralla lo había partido y quedó inutilizado. Decide internarse de nuevo en la caña, ahora con rumbo norte.

De repente ve unas casitas por el alto de La Esperanza, pero no considera prudente acercarse, pues el enemigo puede estar apostado allí y regresa a la caña. Toma entonces por una guardarraya hasta que, agotado, entra en otro cañaveral y se queda dormido.

Todavía oscuro, el 7 de diciembre, Pablo ha comenzado a caminar hacia unas lomas. Luego de penetrar en una cañada seca y un bosque a su izquierda, se acerca, ya amaneciendo, a una casa en el alto de La Conveniencia. Durante un largo rato observa, pero a pesar de ser un bohío muy humilde, no le inspira confianza, retrocede y vuelve a meterse en el monte. Después de caminar otro trecho, siente voces y ve otro bohío en bastante mal estado. Cuando se aproxima, una campesina, con varios niños desnudos, se sorprende. Le pide solo agua y sigue camino. Los aviones continúan merodeando y entra de nuevo en el monte. Luego de cruzar un trillo, siente de nuevo voces y, sin que lo vean, se acerca a un grupo de campesinos que conversan indignados por los atropellos de los guardias. Confiado, Pablo sale a su encuentro y les dice quién es.

Los campesinos le explican que aquel no es el lugar más apropiado para permanecer y le proponen trasladarlo a otro sitio. Agustín Roca y dos o tres campesinos más lo conducen a una hondonada un poco más arriba, entre un cañaveral y el monte, difícil de ver desde lejos. Durante el día comenzaron a llegar al lugar numerosos campesinos de la zona con comida y noticias. Allí Pablo hace contacto con Pablo García y Sergio Pérez, que lo recogen ya oscureciendo y lo trasladan hasta un montecito junto a una cañada, cerca de la casa de Pablo García, en El Plátano, advirtiéndole que al amanecer regresarían para recogerlo y llevarlo a otro sitio.

En un momento del combate, Arsenio García comienza a retirarse, arrastrándose hacia el monte que se encuentra a sus espaldas. Durante el trayecto, se cruza con Cándido González y Jesús Reyes, a quienes indica que el monte brinda mejor protección, pero ellos no hacen caso y se internan en el cañaveral. Continúa el avance solo y observa a su izquierda cómo comienza la candela por una de las esquinas del campo de caña. Arsenio gana el monte y se protege detrás de un tronco cortado. Desde allí hace tres

o cuatro disparos más con su fusil belga de mirilla, aunque desde su posición no puede ver al enemigo. El tiroteo comienza a disminuir y queda a la expectativa, tratando de identificar cuanto ruido escucha. Así permanece en el lugar, hasta caer la noche.

Con la claridad del día 6, el expedicionario comienza a caminar con la esperanza de encontrar algún compañero disperso. Llega cerca del mar y, después de avanzar unos cuatrocientos metros por el borde de las terrazas, cambia el rumbo hacia el norte. Solo lleva consigo el fusil de mirilla y 150 balas en los bolsillos, el resto quedó atrás. Allí encuentra agua y piensa que en la caña, por lo menos, puede mitigar la sed. Hacia ella dirige sus pasos, pero después de andar un rato, reconoce que ha vuelto al lugar del combate del día anterior y sigue avanzando hacia el nordeste. Después de una larga jornada, divisa en la lejanía las estribaciones de la Sierra Maestra.

La mañana del día 7, después de una larga jornada, arriba al barrio de Las Palmonas y al azar escoge una de las casas. En el portal se encuentran varias personas y, sin vacilar, avanza hacia ellos y lo reciben con muestras de simpatía. La dueña es conocida por el apodo de La Gallega y la familia lo atiende. Después de comer huevo frito y yuca, Arsenio le comunica su propósito de continuar hacia la Sierra Maestra y reagruparse con sus compañeros. La campesina le ofrece a su hijo, un joven de 18 años, para que lo guíe a un lugar seguro.

De noche emprenden la marcha. En el trayecto se cruzan con un campesino que les informa que aquella tarde Corino Hernández había trasladado a un expedicionario llamado Albentosa con un tiro en el cuello hacia Niquero. Un rato más tarde, el joven campesino que lo acompaña le indica el camino que debe tomar para llegar a la casa de Eduviges Pérez, hermano de Crescencio. Pero a las dos horas Arsenio está perdido y opta por meterse, agotado, en unos matorrales.

En la mañana del día 8 decide ganar una elevación cercana para desde allí orientarse mejor. Desde el firme observa algunas casas y sembrados. Está cerca de la zona de El Plátano. Al parecer, los campesinos se han percatado de su presencia y su curiosidad ha llamado la atención de una patrulla del ejército compuesta por cuatro soldados que llegan en un jeep y le

disparan. Arsenio comprende que no puede subir de nuevo al firme, pues sería un blanco fácil por la poca vegetación existente. Opta por tenderse donde está y desde allí efectuar dos o tres disparos con su fusil de mirilla, al parecer con tal precisión que los guardias deciden retirarse. Rápidamente abandona el lugar y avanza cerca de un kilómetro, bordeando un camino, donde observa huellas recientes de camiones. De pronto, ve que un hombre le hace señas desde detrás de una cerca de alambres:

—Acérquese, acérquese, que soy gente buena —le dice el campesino. No continúe, que si camina veinte metros más lo matan los soldados de Niquero que están emboscados por ahí.

Seguidamente, expresó:

—Deme el fusil y pase.

Es un hombre de unos 60 años, grueso y canoso. Arsenio, sin abandonar su arma, le responde que se aparte para cruzar.

—¿Quién es usted? —le pregunta el expedicionario.

—Eduviges Pérez —le responde.



Eduviges Pérez.

Era precisamente el hombre que Arsenio buscaba, hermano de Crescencio Pérez. Eduviges lo lleva a su casa y sale de nuevo para buscar algo de comer y avisar. El expedicionario queda escondido en la hondonada de un arroyo seco, en espera del regreso del campesino. A las dos horas regresa, trayéndole comida en un cubo y, antes de irse, le dice que por la noche vendría Adrián García a buscarlo.

En efecto, al anoecer llega Adrián García y lo pone al tanto de la situación. Le habla de Crescencio y sus hijos, que recorren la zona en busca de sus compañeros y precisamente uno de ellos, Sergio, había sido detenido esa mañana junto con otros combatientes. También le da la grata noticia de que en un sembrado de maíz tiene escondido a otro expedicionario, que por las señas Arsenio supone que se trata de Pablo Díaz. Alrededor de las once de la noche partía Arsenio con Adrián y su hijo hasta su casa, donde ya lo esperaban para comer.

Al poco rato, arriba Pablo Díaz, quien desde la noche anterior había permanecido escondido en una cañada cercana a la casa de Pablo García, hasta que esa noche lo recogió Adrián para llevarlo a su casa. Luego de un abrazo, los dos expedicionarios cambian impresiones. La casa está repleta de campesinos, entre otros, Lorenzo y Guillermo García, los hijos de Adrián. Esa misma noche partían Arsenio y Pablo, acompañados un tramo por Pablo García y otros, y luego por Eustiquio Naranjo hasta llegar a las proximidades de la carretera de Pilón, a lo largo de la cual el ejército ha tendido el cerco principal.

Después de caminar toda la noche, Arsenio y Pablo arriban al amanecer del 9 de diciembre a la casa de Ramón Mas Sotomayor, *Carlos*, en el Mamey. De inmediato el campesino los traslada a un arroyito a unos metros de la casa, donde aguardan por la llegada de Crescencio Pérez. Tal como estaba previsto, esa mañana Crescencio llega y se reúne con los dos expedicionarios, informándoles que el día anterior habían pasado por allí cuatro compañeros suyos que condujo a la casa de su hermano, en Purial de Vicana. Arsenio y Pablo tienen el propósito de cruzar cuanto antes la carretera de pilón, para burlar el cerco tendido por el ejército. Crescencio les responde que quizás lo hagan esa misma noche, pero antes deben tomar precauciones y conocer por dónde es

más conveniente hacerlo. Un rato después se marcha, asegurándoles que situaría a varios campesinos de la zona para vigilar todos los movimientos del ejército, dónde están situadas las postas y las horas del cambio de guardia. A última hora, a sugerencia de Crescencio y conducidos por Carlos Mas, deciden trasladarse para la casa de Perucho Carrillo, en Palmarito, con el fin de estar más próximos a la carretera. Esa misma noche regresaba Crescencio, informándoles que no había posibilidades inmediatas de cruzar la carretera, por lo que deciden permanecer en el lugar hasta el siguiente día.

Alrededor de las ocho de la noche del día 10, Crescencio Pérez salía de la casa de Perucho Carrillo, conduciendo a los dos expedicionarios para cruzar el cerco tendido por los guardias en la carretera de Pilón. Avanzan hasta un punto cercano, donde un campesino los espera para informarles la posición de las emboscadas enemigas y que la única posibilidad de vulnerarlas, aun con cierto peligro, es a través de un farallón en el camino. Cerca de las diez de la noche, Crescencio y los dos combatientes se acercan a rastras por el barranco. Solo llevan el fusil de mirilla de Arsenio. Uno a uno cruzan en zig zag hasta el otro lado. Ya juntos inician la marcha y comienzan a subir una loma casi pelada, resbaladiza y pendiente.

Avanzan sin descanso toda la noche, tratando de alejarse lo más posible de la carretera de Pilón. Esa madrugada del 11 llegan a la casa de Valeriano Rodríguez y deciden pasar el día allí. Al atardecer, Crescencio les comunica que seguirá viaje para hacer contacto con otros compañeros, pero que un guía los vendrá a recoger. Esa misma noche llega a buscarlos Onelio Acuña y parten de inmediato.

La noche del 12 de diciembre, Arsenio y Pablo son conducidos por Onelio Acuña hasta la finca de Mongo Pérez, en Purial de Vicana, donde encuentran a Pichirilo y Gómez Calzadilla, pues horas antes Echevarría y Gilberto habían salido del lugar. Arsenio ha llegado con una fiebre muy alta y enseguida la mujer de Mongo le prepara un cocimiento y otros remedios.

Aún sin conocer la presencia de Fidel en la zona, al anoecer del 14 de diciembre, Crescencio Pérez recoge en Purial de Vicana a los cuatro expedicionarios y emprenden camino, con Manuel Acuña de

guía. Arsenio dejó bien oculto, enterrado en el cafetal cercano a la casa, su fusil de mirilla, que desarmó y guardó dentro de un nylon. Luego de cruzar varias veces el río Vicana, suben y bajan algunas pendientes hasta arribar a la casa de Vitalio *Vilo* Acuña, sobrino de Manuel, donde descansan algunas horas. Después continúan avanzando, a buscar el arroyo de Los Negros. Suben la loma el Café y siguen camino esa madrugada por todo el firme del Quitasol.

La mañana del 15 llegan a la zona del Cilantro y de inmediato se dirigen a la casa de Juan Marrero, colgada sobre una abrupta ladera, cuya finca está rodeada de cercas y corrales. En esos momentos Ramón Marrero, *Mongo*, uno de sus hijos, limpiaba con el hacha un cuje para techar una casa que construía, debido a su próxima boda. Crescencio habla con él para que encamine un poco los combatientes hacia la Sierra y el campesino acepta.

La mañana del día 17, Mongo Marrero conduce a los cuatro expedicionarios hasta la casa de Domingo Torres, en La Habanita. El campesino no está y regresa caída la noche. Después de conocer la situación, les ofrece ropa para cambiarse, prepara algo de comer y los sitúa en una casita cercana a un arroyo, donde pasan la noche. Durante tres días permanecen los combatientes en ese lugar, acompañados por Mongo Marrero.

El 21 de diciembre, los cuatro expedicionarios partían de la casa de Domingo Torres, conducidos por Mongo Marrero, en dirección a Minas de Bueycito, a donde arriban la tarde del día 23. Mientras Mongo y Pablo Díaz bajan al poblado para tratar de hacer contacto, el resto aguarda en un montecito cercano. Ya de noche, Mongo les avisa, descienden y se ocultan en el interior de un almacén, al fondo de la tienda del comerciante Luis Carvajal.

Bien temprano en la mañana del 24, Mongo Marrero salía en un ómnibus de Minas de Bueycito junto al expedicionario Jesús Gómez Calzadilla, quien lleva un cartón simulando ser vendedor de billetes. Marrero viaja hasta el entronque de Bueycito para conocer la situación y regresar para avisar al resto. Calzadilla sigue a Bayamo, para continuar en ferrocarril hasta La Habana. El resto del grupo permanece en el poblado, distribuidos en distintas casas al cuidado del comerciante Luis Carvajal.

El día 26, Pablo Díaz logra salir de Minas de Bueycito en un auto de alquiler hacia Bayamo después de recibir alguna ropa y dinero. De ahí partiría en breve hacia La Habana y poco después viajaría hacia Estados Unidos, donde se incorpora a tareas revolucionarias con la emigración.

El día 29, Ramón Mejías del Castillo, *Pichirilo*, salía de Minas de Bueycito, simulando ser dueño de una finca ganadera. En el poblado queda oculto Arsenio, hasta que el 10 de enero del siguiente año logra también salir, simulando ser estudiante, con la ayuda de Luis Carvajal y Beto Saumell hacia La Habana.

En medio de la confusión del combate, Pedro Sotto Alba y Miguel Saavedra han logrado escapar y se retiran, mientras ven arder los cañaverales. Llegan hasta un rancho abandonado situado en medio del bosque por los altos del Guáimaro, apenas a dos kilómetros del batey de Alegría de Pío. Allí se habían refugiado el campesino César Ceruto y su esposa Nélide Mendoza con sus hijos huyendo de los soldados, el incendio de los cañaverales y el ametrallamiento de los aviones cercano a su casa. Luego de ofrecerles agua y alguna comida que tenían guardada, el campesino conversa con los dos expedicionarios:

—Nosotros somos gente de Fidel Castro que venimos aquí a libertarlos. Pero tuvimos un encuentro ahí y no sabemos si ha muerto mucha gente de nosotros. Queremos que usted nos indique por dónde podemos coger para llegar a Colorado de Media Luna.

—Miren, esto está aquí que es tremendo, ametralladoras en todos los caminos. Aquí la única manera de ir a Colorado es pasando ese arroyo que está ahí, coger ese trillo y seguir hacia el norte, que atravesando monte firme van a parar a un potrero que sale a La Dominica. Ustedes allí pregunten y digan que van a Colorado de Media Luna.

Los dos expedicionarios caminan sin descanso toda la noche, siguiendo las indicaciones que les ha dado el campesino. Pero al poco rato se pierden. Pasan por Pozo Empalado, donde un grupo de mujeres les advierte no subir una loma, pues todo está lleno de soldados. Siguen caminando sin rumbo. Al amanecer del día 6 hacen un alto y cambian impresiones. Finalmente

acuerdan dirigirse a la casa de una prima de Pedrín que vive en Gorito de Media Luna y hacia allí se dirigen.

El día 7, al mediodía, llegan exhaustos a la zona de Gorito y se dirigen a la casa de Caridad Rodríguez, *Masita*, prima hermana de Pedrín, quien los recibe y advierte que no pueden quedarse allí pues aquello está infestado de guardias. Momentos después, Félix Maldonado y un cuñado de Caridad conducen a los combatientes hasta un montecito cercano a un arroyo, donde se esconden. Por la tarde les llevan comida, algunas ropas y zapatos para cambiarse. Saavedra se desespera, piensa que los van a descubrir y decide salir y viajar hasta La Habana. Le advierten de su aspecto, toda la cara arañada y los pies llagados. Pero no oye razones y, tras afeitarse, sale hacia la carretera de Niquestero a Manzanillo. Ya atardeciendo ve venir un vehículo y le hace señas para que se detenga. Es un jeep del ejército en el que viaja el capitán Caridad Fernández. Es arrestado, conducido a Media Luna, interrogado y asesinado posiblemente el día siguiente. Su cuerpo es enterrado en el propio lugar del combate de Alegría de Pío, junto a los tres combatientes caídos allí.

Pedrín permanece escondido en Gorito algunos días, hasta que César Pérez, *el Gallego*, esposo de Caridad, lo traslada a una casa en la zona de Aguacate, donde se queda un tiempo oculto hasta finalizado el año. Pasa después a Campechuela, donde se pone en contacto con los miembros del Movimiento, parte hacia Manzanillo y en marzo de 1957 regresa a la Sierra Maestra en el grupo de refuerzo del Marabuzal, organizado por Frank y Celia en marzo.

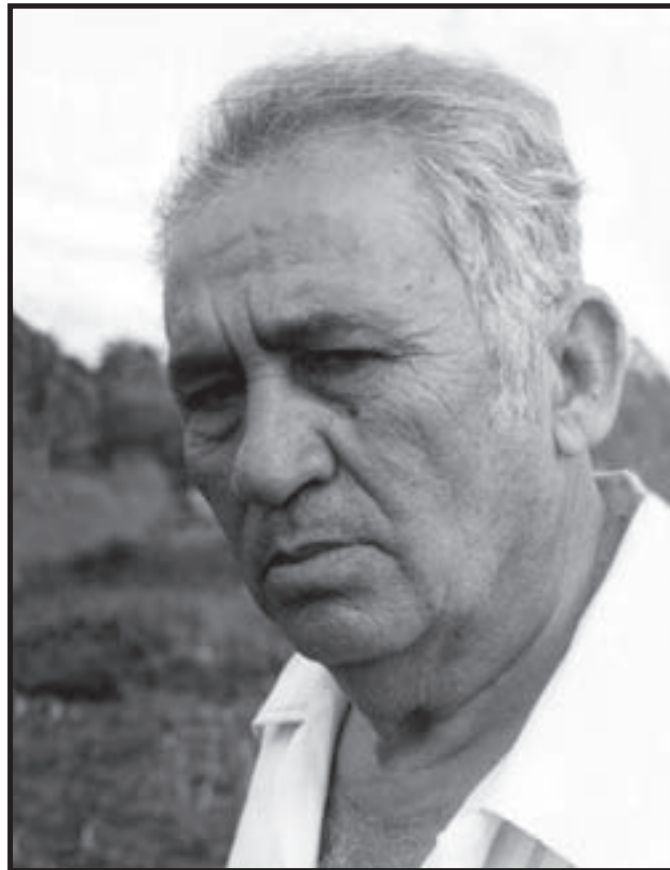
Luis Crespo y Julio Díaz también han logrado escapar del fuego enemigo en el combate de Alegría de Pío y se esconden en los cañaverales. Avanzan con dificultad. La jornada es difícil y no encuentran agua en todo el camino. Pasan la noche entre la caña.

Siempre caminando de noche hacia el norte por entre las cañas, alrededor del día 10 atraviesan la zona de la Centella y se acercan al río Limones. Por la tarde salen del cañaveral, suben una lomita sembrada de maíz al lado de una arboleda y observan debajo un pequeño batey y una lechería. Deciden esperar que oscurezca para llegar por sorpresa a una casa. Ambos han conservado sus pistolas.

Esa tarde, Amador y Filiberto Ponce se encontraban junto a otros amigos en la casa de Miguel Galarza, un pariente suyo que vive en La Carolina, cuando llegan los dos

expedicionarios. Comían un potaje de judías, yuca y arroz que deciden dejárselo a los combatientes. Allí se cambian de ropa facilitada por la familia y Crespo les deja cuanto tiene: 20 pesos mexicanos. Los campesinos les indican el camino y los hermanos Ponce los acompañan. Pasan un río y salen a una tiendecita en Ceibabo. Luego de cerciorarse de que no hay guardias por los alrededores, cruzan el case-río. Salen de nuevo al campo y, después de despedirse de los campesinos, duermen en un montecito cercano.

A la mañana siguiente, llega Filiberto Ponce trayendo café con leche y galletas. Después de salir el cam-



Filiberto Ponce.

pesino, los combatientes cambian de lugar y se ocultan en un montecito cercano, donde pasan el resto del día y la noche.

El día 12, Julito amanece enfermo, los ojos le supuran y casi no puede ver. En esas condiciones, Filiberto Ponce decide trasladarlos hasta su propia casa. Atraviesan el montecito y llegan a la vivienda con una arboleda a un lado, a solo 25 metros del camino de Yuraguana a Las Palmonas. El campesino los esconde en un cuarto y desde allí ven pasar los camiones de guardias que se dirigen hacia la zona de la Alegría.

El 14, los dos expedicionarios le hablan al campesino sobre la posibilidad de seguir hacia la Sierra, pues han recibido noticias de que Fidel está vivo. Filiberto sale entonces hacia Niquero, para conseguirles algunas ropas y medios para el camino, pero cae preso y es conducido al cuartel del poblado. Cuando la mujer recibe el aviso, los dos combatientes deciden salir de la casa al atardecer y ocultarse en el cañaveral cercano, después de advertirle a la señora que recogiera a los niños y abandonara el lugar, pues si los soldados venían a buscarlos ellos combatirían. Habían conservado ambos sus pistolas y varios peines con unas cuantas balas. A las pocas horas Filiberto es liberado y opta por quedarse esa noche en la casa de una pariente en Niquero. Los combatientes pasan la noche ocultos en el cañaveral cercano a su casa, en Ceibabo.

Temprano en la mañana regresa Filiberto a su casa, pero los combatientes permanecen ocultos y observan cómo el campesino sale con frecuencia al patio y da vueltas a la casa, haciéndoles señas de que aguarden. Cuando cae la noche, les lleva comida al escondite y allí les indica:

—Bueno, vámonos de aquí.

Salen con el campesino y caminan toda la noche con rumbo nordeste, atravesando campos de caña y potreros. Luego de hacer varios descansos en montes que les brindan protección, en un momento se extrañan y salen al Aguacate. Preguntan en una casa y les orientan. Ya de madrugada se echan a dormir muy estropeados. La mañana del 16 de diciembre llegan a la casa de Juan Peña, en Santa María, donde la familia los recibe atenta y los oculta dentro de un pequeño campo de caña cercano, debajo de una mata de mango.

Desde allí tratan de hacer contacto, hasta que de Manzanillo le envían a Peña algunas direcciones hacia donde debe enviar a los combatientes. De inmediato, el campesino manda a Eugenio Basterrechea, *Jalisco*, con un mensaje a casa de Mongo Pérez, en Purial, y este le responde que no hay problemas para recibir a Crespo y a Julito.

La madrugada del 26 de diciembre los dos expedicionarios marchan hacia Purial de Vicana, para de ahí incorporarse al destacamento de Fidel que ya ha emprendido camino a la Sierra.

LOS CALIXTOS

CALIXTO García, Calixto Morales y Carlos Bermúdez logran internarse en un cañaveral durante la retirada en Alegría de Pío. Sin rumbo fijo, avanzan como cuarenta metros por entre las cañas, aguardando por otros compañeros. Pero no ven a nadie. Al parecer, han quedado solo ellos tres en el cañaveral. Continúan avanzando, pasan una guardarraya y entran en otro cañaveral. Deciden permanecer allí, hasta tratar de orientarse y ver cómo pueden salir. A su lado comienza a arder el campo de caña y los soldados continúan peinando la zona. Los tres combatientes se esconden debajo de un árbol, echándose paja de caña encima.

Desde las primeras horas de la mañana del día 6, la aviación ametralla sin cesar la zona donde se encuentran. Los combatientes se tocan uno a otro para saber si están vivos. Al llegar la noche, aparecen los guardias y comienzan a ametrallar los cañaverales cercanos.

Con el amanecer del día 7, la aviación ametralla el cañaveral en el que permanecen ocultos. La sed y el hambre hacen más desesperante la situación en que se encuentran. Han decidido no cortar siquiera algunas cañas para alimentarse, ante el peligro de hacer ruido y ser descubiertos. Solo atinan a cortar un pequeño renuevo que lo parten en pedacitos y lo distribuyen para

amortiguar un poco la sed. Llega la noche y de nuevo los soldados disparan varias ráfagas hacia el cañaveral donde se ocultan.

Al amanecer del siguiente día, 8 de diciembre, advierten que los aviones no aparecen ese día. Los tres expedicionarios deciden salir a la guardarraya. Antes, montan sus fusiles por cualquier eventualidad. Todo parece estar en calma. Avanzan un trecho y sienten el cantar de gallos, por lo que optan por tomar otro rumbo ante la posibilidad de que haya soldados en las casas cercanas. Finalmente determinan internarse en el monte y caminar todo el día, en dirección al sureste, con el fin de alejarse de la zona. Al anochecer, han llegado extenuados casi al borde de las terrazas superiores de la costa y acuerdan descansar sobre el diente de perro. La sed los atenaza y toman algunas gotas del agua estancada en los huecos de los arrecifes, que se reparten. Esa noche escuchan a lo lejos algunas ráfagas, provenientes de Boca del Toro. Los cangrejos les hacen compañía toda la noche.

En las primeras horas del día 9 emprenden nuevamente la marcha siempre hacia el este, orientándose por el sol. Avanzan con muchas precauciones por las terrazas superiores de los farallones cercanos a la costa. Llegan

de noche a Boca del Toro, donde deciden detenerse para descansar y con la mirilla de sus fusiles observar los alrededores en espera del amanecer.

A la mañana siguiente, observan desde las terrazas superiores de Boca del Toro el ajetreo de la fragata y los movimientos en los alrededores. Poco después comienzan a descender con mucha dificultad, agarrándose de raíces y bejucos, hasta las terrazas inferiores. Durante el descenso, el fusil de Calixto Morales cae y el golpe parte su culata. Cerca de la desembocadura ven dos casas ocupadas por marinos y soldados cuyos movimientos observan con sus mirillas. Algo más alejadas hay otras casas campesinas cuyos moradores los han visto, entre otros Eusebio Benítez. Ante la posibilidad de ser descubiertos, cerca de la una de la tarde deciden cruzar con mucha precaución entre las dos casas ocupadas por soldados hasta una parte del río bastante honda. Con los fusiles a sus espaldas y sujetándose de una caña brava, cruzan con rapidez el río y echan a correr por un potrero de hierba cortadera para subir una loma. Llegan a un arroyo donde beben y llenan sus cantimploras, para luego seguir camino. Minutos después una emboscada del ejército situada delante disparaba sobre el lugar donde estuvieron antes. Cerca de las tres de la tarde deciden ocultarse detrás de unos troncos hasta el oscurecer. A esa hora continúan avanzando y ya de noche llegan a una tiendecita en Los Negros, donde su dueño, Luis Cedeño, les ofrece algunas galletas con dulce de guayaba y orienta la ruta por donde pueden seguir. Los combatientes suben la loma del Muerto, pasan por El Chorro y duermen en un punto del camino.

En la mañana del 11 de diciembre los tres expedicionarios han continuado avanzando, ahora con rumbo norte. Pasan cerca de algunos cañaverales y, a pesar del riesgo, Bermúdez sale del monte para cortar algunas cañas y regresar con sus compañeros. Atraviesan por detrás de Las Guásimas y siguen camino, hasta llegar esa noche a una casa campesina en la zona de El Plátano. Calixto García se adelanta y toca a la puerta. Un campesino le abre, se trata de Adrián García, quien le informa que a menos de 200 metros está el ejército y pronto los conduce hasta un cafetal cercano, para luego llevarles un cubo con comida. Pero los combatientes por precaución han cambiado de lugar y Adrián del susto deja caer el cubo y la comida se derrama en la tierra. Pero los combatientes están tan hambrientos que así mismo la recogen y comen con gusto. Es en este lugar donde establecen contacto con Guillermo García, hijo del campesino.

Al día siguiente, los tres expedicionarios son trasladados por Guillermo a la finca de José Labrada, cercana a la de Adrián García, en El Plátano. En el lugar son bien atendidos por la familia.

El 13 de diciembre, después de recibir un mensaje de Guillermo García, el campesino Carlos Mas los recoge y traslada a su casa, en el Mamey, donde coinciden con otros cuatro expedicionarios: Gino Doné, Rolando Moya, Armando Huau y Enrique Cueles. Al día siguiente, el campesino manda a buscar a Perucho Carrillo, que pronto acude y esa misma noche traslada a los siete expedicionarios hasta su casa en Palmarito, con la ayuda de Diógenes Chávez y Chuchú Iznaga. Como reconocimiento a su colaboración, los siete expedicionarios firman un billete de diez pesos mexicano que dejan a Perucho Carrillo.

La mañana del día 15 los guardias registran la casa de Perucho Carrillo en busca de los expedicionarios y es advertido que regresarán al día siguiente para registrar por los alrededores. Al marcharse los guardias, el campesino sube al cañado donde tiene ocultos a “los tres Calixtos” –como les llaman ya los campesinos– y los mueve un poco hacia la media falda. Esa misma noche el grupo de “los tres Calixtos” decide separarse del resto y partir sin guías para cruzar la carretera de Pilón, después de recibir algunas indicaciones del campesino Julián Piña. Atrás han dejado bien ocultas sus armas, con indicaciones precisas para localizarlas posteriormente. Pasan Purial y continúan avanzando a orillas del río Vicana con rumbo a las montañas. Bermúdez apenas puede caminar, pues tiene desprendidos los tendones de la cadera e insiste en que lo dejen, pero sus compañeros no aceptan y continúan ayudándolo a avanzar.

El día 16 arriban a la zona de Manacal. Allí Calixto Morales decide vender su reloj a un campesino, para repartir el dinero entre sus compañeros si algo les sucede. Luego topan con otro individuo bien vestido y de aspecto acomodado, del que desconfían. Por último se encuentran con el campesino Félix Fonseca, de aspecto más humilde y que les inspira confianza, a quien explican que quieren continuar hacia las montañas para tratar de reunirse con sus compañeros. Fonseca se muestra dispuesto a ayudarlos y llevarlos con alguien que los podrá encaminar. Parten rumbo a Manacal Arriba y, luego de pasar un arroyo, llegan a la casa de Fonseca, colindante con la de Mariano Piña, aquel individuo de aspecto acomodado que antes vieron y que se muestra también dispuesto a colaborar.

Ya de noche, se encuentran en el lugar con Crescencio Pérez, que se ha trasladado hasta allí pese a tener un pie enfermo y apenas puede caminar. Conversan largo rato, Crescencio les cuenta de otros grupos que ya han pasado y noticias de algunos más por la zona. Los combatientes permanecen con Crescencio en la finca de Manacal hasta el amanecer.

La tarde del 18 de diciembre, Onelio Acuña llega a la casa de Félix Fonseca, en Manacal, para entregarle a Crescencio un mensaje enviado por su hermano Monggo, quien le manda a decir que regrese rápido a Purial. El mensajero ha traído además una nota de Fidel a sus compañeros, orientándolos permanecer en la zona has-

ta nuevo aviso para reunirse. Al reconocer la letra con su firma, los expedicionarios estallan de alegría. Crescencio imagina que de algo importante se trata y se dispone de inmediato a bajar, acompañado por Calixto Morales. Calixto García permanecería bien protegido en el lugar, cuidando a Bermúdez.

Al amanecer del 19 de diciembre, Crescencio Pérez llega a Purial de Vicana acompañado por Calixto Morales y se reúnen por primera vez con Fidel. Calixto García y Carlos Bermúdez partirán poco después de Manacal, conducidos por el campesino Julián Piña, y el 27 de diciembre en La Catalina se encontrarán finalmente con el destacamento guerrillero ya en camino hacia la Sierra.

RELATO DE CALIXTO GARCÍA

AL amanecer seguimos avanzando. Llegamos a una casa. Aquello estaba minado de soldados por dondequiera. Una señora nos dio un poco de comida. Un muchacho pasó a caballo. Cuando nos vio, echó a correr asustado, ya que los guardias estaban cerca. Tuvimos que aprovechar ese tiempo para salir del lugar, por si acaso el muchacho era interrogado. Empezamos a subir la altura de Boca del Toro con el ejército detrás de nosotros. Ellos tenían la seguridad de que nosotros no podríamos salvar las alturas de Boca del Toro. Cuando se llega al arroyo, hay un precipicio como de unos treinta metros. Logramos salvar ese precipicio bajando por unos bejucos, amarrados a los palos, con los fusiles atravesados. Al llegar al arroyo, tomamos agua, que hacía bastante tiempo que no lo hacíamos. Muy cerca estaban los soldados que empezaron a disparar hacia el lugar donde habíamos estado momentos antes. Dije a los compañeros:

—Vamos a avanzar rápidamente para salvar el fuego de la fragata y de los soldados.

Al fin avanzamos. Eran como las tres de la tarde. Nos escondimos detrás de unos palos y allí permanecimos hasta el anochecer. Eran horas interminables con el fuego de los soldados y de la fragata por uno y otro lado. Al oscurecer, seguimos avanzando y encontramos una



familia en las cercanías de Boca del Toro. Eran varios hermanos, nos dieron galletas, dulce de guayaba y nos orientaron más o menos por dónde podíamos seguir.

FIDEL ESTÁ VIVO

DESDE el cañaveral hacia el cual se ha replegado, Fidel Castro imparte órdenes a los combatientes que se retiran del combate. A su lado está Universo Sánchez, después de abandonar su mochila, botas y otras pertenencias durante la retirada, quedando solo con su fusil y algunas balas. Los dos disparan con sus fusiles de mirilla. Llega junto a ellos Juan Manuel Márquez, quien entre el ruido ensordecedor de los disparos les dice a gritos que ya todo el mundo se fue y deben retirarse porque los pueden coger vivos. Pablo Díaz se les incorpora y casi inmediatamente se separa para continuar disparando desde una mejor posición.

Las balas silban alrededor de los tres hombres que permanecen a orillas del exiguo cañaveral, que no ofrece protección alguna. Ante la insistencia de Juan Manuel comienzan a retirarse entre los surcos. Avanzan de tramo en tramo, a unos veinticinco metros uno del otro. En uno de los intervalos, Juan Manuel no llega. La caña es baja y rala, por lo que resulta peligroso permanecer allí. No obstante, Fidel ordena a Universo retroceder en busca del compañero. Dos veces regresa el combatiente sobre sus pasos, pero no encuentra a Juan Manuel. Al parecer, desorientado cambió el rumbo. En vista de ello, deciden seguir adelante. Luego de atravesar varios cañaverales, llegan a la guardarraya que separa el último campo de caña de un pedazo de monte. Deciden esperar que caiga la noche para cruzar, pues suponen, con razón, que la zona está repleta de soldados. Los dos han conservado sus fusiles.

Cuando empieza a oscurecer, desde la posición que ocupan bajo un pequeño arbusto, sienten pasos y ven acercarse una silueta que de lejos parece un soldado. Fidel ordena a Universo disparar cuando esté bien cerca y este apunta su fusil de mira telescópica. Más próximo a ellos advierte que se trata de Faustino Pérez y en voz baja lo llama: “¡Médico! ¡Médico!” Luego de cambiar impresiones sobre lo sucedido, los tres combatientes cruzan la última guardarraya

en la oscuridad y se internan varios metros en una pequeña elevación dentro del monte, donde pasan la noche alertas, escuchando el constante movimiento de guardias por la zona.

Al amanecer del día 6 de diciembre, discuten qué hacer. Preocupado por la suerte del destacamento, Fidel insiste en buscar al personal disperso con el fin de reagruparlo. Pero, a instancias de Faustino y Universo, se convence de lo inútil de ese intento, pues resulta improbable encontrarlos dentro de los inmensos cañaverales o el impenetrable monte que se extiende por los alrededores, sin correr el riesgo de ser descubiertos. Confía, además, que todos los que han logrado escapar cumplirán su orden de marchar hacia la Sierra.

Discuten sobre la mejor ruta a seguir, pero los criterios difieren. Fidel prefiere permanecer en el monte y moverse dentro de él hacia el este, en busca de la Sierra. Faustino opina que es en la caña y no en el monte donde podrán encontrar con qué calmar el hambre y la sed. Finalmente deciden salir de nuevo a los cañaverales. Los tres cruzan algunos campos de caña nueva. Al principio, tratan de orientarse por una vieja cerca de piña retoñada, pero no es fácil conservar un rumbo definido dentro de la caña.

Alrededor del mediodía son descubiertos por los aviones que han comenzado a sobrevolar desde el amanecer. Tratan de ocultarse debajo de una mata de prendedera, en un lote de caña en demolición. Uno de los aviones ametralla a menos de cincuenta metros y se dan cuenta de que no pueden permanecer allí. Después que ha pasado, corren unos cuantos metros hasta el cayo de caña más cercano y se cubren con la paja. El avión vuelve a pasar y ametralla exactamente el lugar que acaban de dejar. Cada vez que el aparato hace un pase, se llaman a gritos para comprobar si todos siguen vivos. Aprovechan un momento de calma para cambiar de escondite, cruzan corriendo una guardarraya y se hunden en la paja de otro cañaveral a unos cincuenta metros de distancia.

A pesar de la tensión y el peligro en que se encuentran, el sueño quiere vencer a Fidel. Sin embargo, no concibe que los guardias lo sorprendan dormido e indefenso. Al fin lo vence el cansancio, pero antes asegura la culata del fusil entre sus piernas, quita el seguro del arma, oprime ligeramente con el dedo el primero de los dos gatillos —el que funge como suavizador— y apoya la punta del cañón debajo de la barbilla. En caso de sorpresa, el enemigo no podrá capturarlo vivo. Así duerme varias horas.

Al caer la noche, los tres hombres avanzan hacia el este hasta un cañaveral más crecido, pero advierten que hacen demasiado ruido. Escuchan además disparos y ráfagas cercanas, por lo que comprenden que hay soldados por todo aquello. De nuevo se hunden en la paja de la caña. Han caminado ese día alrededor de un kilómetro por dentro de la caña y la maleza. No han comido ni bebido absolutamente nada.

Durante cinco días apenas se mueven dentro de la caña. Se alimentan de los tallos y calman a medias la sed con el rocío de las hojas. Durante el día, la paja del cañaveral los abrasa bajo el sol implacable. De noche, por el contrario, el frío y la humedad les calan el cuerpo. A menudo sienten disparos y ráfagas de ametralladoras. Desconocen que muy cerca, en el monte, permanecen escondidos Raúl y su grupo, que siguen una ruta casi paralela a pocos cientos de metros.

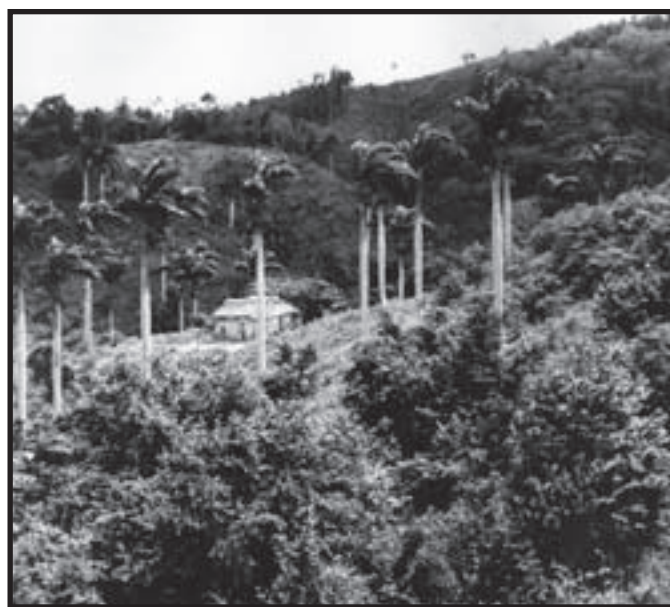
Al amanecer del 10 de diciembre la actividad del enemigo ha ido decreciendo. La mañana y la tarde transcurren tranquilas. Fidel decide que ha llegado el momento de iniciar la marcha hacia la Sierra. Cuando cae la noche, comienzan a avanzar dentro de los campos de caña con toda precaución, en fila, sin precipitación, sin ruido, separados uno de otro. Universo, que dejó sus botas en Alegría de Pío, se ha rellenado las medias con paja de caña y ocupa generalmente la vanguardia. Cuando llegan a la orilla de un cañaveral, se detienen y cercioran de que en la guardarraya no hay peligro. En ocasiones cruzan a rastras, siempre con los fusiles preparados. Esa noche avanzan unos cuatro kilómetros en dirección al nordeste, orientándose por la puesta del sol, las estrellas y un poco por instinto.

El día 11 lo pasan ocultos de nuevo entre la caña. Al oscurecer reinician el avance, tomando las mismas precauciones. Al poco rato llegan al borde de los cañaverales, cerca de Pozo Empalado. Es preciso cruzar entre dos casas que al parecer están vacías. De todas formas, los combatientes pasan con mucha cautela y con los fusiles montados. Solo al entrar al cañaveral los perros se percatan y ladran. Después se enterarían que estas casas estaban ocupadas por soldados. Han rebasado la zona de mayor peligro y marchan ahora recorriendo mayor distancia. La silueta de la Sierra, que ya se perfila entre los claros del monte, les sirve de punto de referencia.

Después de caminar toda la madrugada bajo un intermitente aguacero, al amanecer del día 12 llegan al alto de La Conveniencia. Descienden hasta acercarse a una casa situada en la cima de una pequeña elevación. Durante toda la mañana y parte de la tarde permanecen apostados en un montecito a menos de 200 metros de la casa. Se turnan en la observación del bohío y con la mira telescópica conocen los movimientos de sus moradores.

A las cuatro de la tarde, después de no observar nada que resulte sospechoso, Fidel ordena a Faustino que baje por la ladera hasta la casa para tratar de conseguir información y alguna comida. Al saber quien llega, la campesina le dice:

—Ay hijito, preséntese. Anoche estuvieron por aquí los soldados, pasaron por la casa una cantidad grande,



La casa de los Hidalgo Coello en La Conveniencia.

como cuarenta guardias. Allá arriba, en una casita que hay allá detrás de esa loma, están los soldados. Allá pueden ir. Miren lo que han dejado aquí.

La señora le muestra a Faustino algunos volantes tirados por los aviones, donde anuncian la aparente indulgencia del régimen para los que se presenten y a continuación los nombres de varios de sus compañeros muertos o prisioneros. El peso de aquella tarde gris cayó cual una enorme piedra sobre el ánimo del combatiente, que siempre recordaría como uno de los momentos más amargos y tristes de aquellos días.

No obstante, los humildes campesinos nombrados Daniel Hidalgo y su esposa Clotilde Coello, *Cota*, le ofrecen lo poco que tienen. De inicio, unas mazorcas de maíz asado que de inmediato Faustino lleva a Fidel y Universo. Al poco rato ya están los tres reunidos en la casa. Toman agua por primera vez en siete días. Se adoptan medidas de precaución enseguida. Cada uno de ellos se sitúa en un ángulo distinto en el interior de la vivienda y se ordena que nadie puede salir mientras estén allí, pues los soldados están muy cerca. Fidel manda entonces a preparar comida para unos veinte o veinticinco hombres, a fin de desorientar con relación al tamaño de la tropa.

Esa tarde los combatientes sacian su hambre vieja con lechón, arroz y vianda. Fidel interroga al matrimonio, quienes le informan todo lo que han oído decir sobre el desembarco y los crímenes que han cometido los guardias con los expedicionarios. Le explican también las distintas rutas que pueden seguir para internarse en la Sierra.

Después que Universo recoge algo de la comida que sobró en una yagua y conseguir un par de alpargatas, lo que le permitió botar los mazos de hierba que tenía metidos en las medias, los combatientes prosiguen la marcha. La familia se ofrece a que alguien los acompañe, pero los expedicionarios se disculpan y siguen la marcha esa noche solos, sin guía.

Atraviesan el arroyo Maicito, el río Toro y el camino de Las Guásimas, suben por la loma del Copal hasta la loma de la Yerba. Comienza a llover y Universo se da a la tarea de construir con ramas y hojas una rústica choza para protegerse, donde llueve más dentro que fuera. Después de comer el resto de la co-

mida que traen, los tres combatientes duermen muy cerca, pues hace un fuerte frío.

Temprano en la mañana del día 13 se internan más en el monte de la loma de la Yerba para pasar el día y continuar camino por la noche. Durante la mañana y la tarde escuchan cantos de gallos, ladridos de perros y otros indicios de una casa cercana, y al oscurecer deciden reiniciar la marcha en su busca. Baján la ladera de una loma y encuentran una fruta bomba madura que comparten entre todos. Después continúan acercándose, hasta que divisan la casa.

Fidel le indica a Universo que se adelante, este toca a la puerta y es recibido por un campesino que, al advertir el curioso calzado que trae el combatiente, lo mira con desconfianza. Universo se identifica y le pide algo de comer, pero el campesino sigue receloso. El combatiente se apresura en comentarle que lo acompañan otros compañeros.

Fidel y Faustino se han acercado hasta una palma al lado de la casa y allí esperan. Después de salir a su encuentro, el campesino rápidamente advierte que los otros tres sí llevan puestas sus botas y cesa su recelo:

—Ah, bueno, ustedes son de la gente de nosotros. Pasen para acá.

Se trata de Rubén Tejeda, quien junto a su hermano Walterio vive en la casa y con anterioridad habían prestado ayuda a los expedicionarios Gino Doné y Rolando Moya, quienes pasaron antes por allí. El campesino les ofrece algunos boniatos, ñame y leche. Mientras conversan debajo de una mata de mango, Fidel le explica que no pueden quedarse allí, pues tienen que seguir cuanto antes hacia la Sierra. En esos



Bohío de los hermanos Rubén y Walterio Tejeda en la loma de la Yerba.

momentos llega Walterio Tejeda, el hermano de Rubén, y conversa entusiasmado con los combatientes.

Poco después, Rubén y Eustiquio Naranjo, que han mandado a buscar, llevan a los combatientes hasta la casa de Enrique Verdecia, en El Plátano, donde también les ofrecen algo de comer: pollo y plátanos fritos. Al poco rato siguen camino. Cruzan un firme y caen sobre el arroyo Limoncito, hasta la finca de Eustiquio Naranjo, donde Rubén se despierta y regresa a su casa. Fidel y sus compañeros han hecho contacto finalmente con toda una red de colaboradores campesinos que a lo largo de estos días se ha ido organizando en las zonas aledañas al desembarco, en contacto con Crescencio Pérez y sus hijos, Guillermo García y tantos otros.

Luego de un rato en el lugar, Eustiquio Naranjo los ubica en un bosquecito, en la finca de Marcial Areviches, donde pasan el resto de la noche. Desde que salieron de la Conveniencia, Fidel y sus compañeros han caminado más de diez kilómetros.

Temprano, el día 14, Fidel y sus dos compañeros salen del bosquecito donde han pasado la noche y se ocultan en un potrero de hierba de guinea cercano. Permanecen allí toda la mañana, sobrevolándoles algunas auras tiñosas que les causan mala impresión. Poco después del mediodía, observan a un individuo vestido con guayabera blanca y sombrero que se acerca al lugar con un cubo en la mano y mirando a todas partes como si buscara algo. Fidel indica a Universo que lo intercepte, el combatiente sale a su encuentro y le da el alto.

—Los estaba buscando, que les traigo comida aquí —dice el campesino.

Es Adrián García, que se ha enterado por Eustiquio Naranjo de la presencia de expedicionarios en la zona y les trae arroz con guanajo, pan, leche y café. Después de revisarle el recipiente, Universo le hace señas a sus compañeros y se dirigen a un montecito cercano para conversar con él.

El campesino les comenta que es ortodoxo y simpatiza con la Revolución. Les habla de hermosas páginas históricas de nuestras luchas, con tal sabiduría natural que impresiona a los combatientes. Mira con curiosidad a Fidel. Por la conversación y su evidente autoridad, Adrián ha llegado a la conclusión de que trata con un jefe. Recuerda, además, unas fotos del

joven líder que ha visto publicadas algún tiempo atrás en la revista *Bohemia*. Antes de retirarse, le dice:

—Yo recuerdo que cuando cayó Maceo, un soldado español dijo: “Aquí cayó uno grande”, porque le vio las estrellas. Y yo diría que usted es uno de los grandes.

—Yo soy del Estado Mayor —le responde Fidel sonriente—. Me llamo Alejandro González.

Pero el campesino no se ha dejado engañar y parte en busca del aceite que le han pedido para limpiar los fusiles. Después de un rato, regresa un muchacho con el aceite prometido y preguntando:

—¿Dónde está Fidel? Mi papá manda un poco de aceite.

Los combatientes piensan que han sido descubiertos y se ocultan otra vez en la espesura.

Esa noche Guillermo García regresaba a su casa en El Plátano, después de trasladar al grupo de Almeida al Mamey, y de inmediato su padre Adrián le informaba:

—Ahí está Fidel y dos compañeros más.

—Eso no puede ser. No se ha oído hablar de Fidel por todo esto —le responde Guillermo.



Ignacio Pérez.

—Bueno, pues yo te garantizo que ahí está Fidel.

—¿Y por qué? ¿Él se lo dijo?

—No, pero es el único que se parece a Fidel, por su actitud, por las ideas que expresa y por el don de mando que tiene. Por eso es Fidel.

Guillermo parte de inmediato hacia el lugar donde acampa el pequeño grupo de combatientes cerca del arroyo, y se produce el encuentro con Fidel. El joven campesino le informa entonces en detalle lo ocurrido hasta el momento, así como los grupos de expedicionarios con los que ha establecido contacto y que se encuentran en lugares seguros. Fidel le pregunta:

—¿Sabe algo de Raúl?

—De Raúl no tengo noticias —responde Guillermo—. Tengo noticias de Almeida y otros grupos que han pasado, pero no de Raúl.

—Aquí estuvo el viejo tuyo. Es el campesino más inteligente que yo he conocido. Tiene unas historias tremendas. Se sabe toda la historia de la guerra de independencia y de Maceo. Yo no sé de dónde sacó una anécdota para decirme que soy Fidel. Yo le dije que no, pero a ti te lo tengo que decir: Yo soy Fidel Castro.

Luego de informarle Guillermo sobre todo el trabajo organizativo llevado a cabo para localizar y sacar a los distintos grupos dispersos y enumerar los lugares donde están ubicados, le comenta las operaciones realizadas hasta entonces por el ejército, así como dónde están situadas las emboscadas y el cerco tendido. Después de someter al joven campesino a un riguroso y amplio interrogatorio, Fidel le pregunta:

—¿Qué tú vas a hacer?

—No, yo me voy con ustedes —responde Guillermo.

—Tú no puedes hacerlo. Tienes que auxiliar a muchos compañeros más. Tienes que ayudarlos a recoger las armas que se han perdido. Tenemos que reorganizar nuevamente la columna con todos los que aún estén vivos.

Seguidamente, Fidel le explica cómo concibe la organización que deben tener los campesinos, desarrollar aún más lo hecho hasta entonces y lograr que todos aporten los recursos de que dispongan, hasta las viejas escopetas que guardan, para incorporarse a la lucha. En aquel momento Fidel le habla a Guillermo con tanta seguridad y firmeza que parece tener a

su lado a los 82 expedicionarios con todo su Estado Mayor y sus armas, y no los dos combatientes que solo lo acompañan. Desde ese momento el joven campesino se supo ya incorporado como un soldado más a la tropa revolucionaria.

La conversación se ha prolongado unas dos horas. Guillermo sale y habla con Marcial Areviches y otros campesinos del lugar para preparar una comida en el cañadón. A medianoche Guillermo y Eustiquio Naranjo recogen a los combatientes y los conducen al lugar. Pero muy rápido ha corrido la voz entre los vecinos de que Fidel está vivo y en la zona. Unos diez jóvenes se reúnen allí dispuestos a incorporarse. Fidel promete aceptarlos, pero más adelante, cuando la tropa esté reagrupada y organizada. Mientras, deben quedarse y colaborar con Guillermo y otros compañeros.

Después de comer un lechoncito asado, Fidel llama aparte a Guillermo y cambian impresiones sobre lo que debe hacerse. El jefe revolucionario, preocupado por conocerse su presencia en el lugar, no quiere perder un segundo y pretende cruzar de inmediato la carretera de Pilón para adentrarse en la Sierra. Guillermo, en cambio, no lo cree oportuno y le aconseja esperar un día más, pues tiene informaciones de que los guardias levantarán el cerco el día siguiente. Al cabo, Fidel accede.

Sobre la una de la madrugada, Guillermo con Ignacio y Baurel Pérez —hijo y sobrino de Crescencio respectivamente— acompañan a los tres expedicionarios. Dan un rodeo para despistar y siguen hasta un cañaveral en la finca La Emilia, de Pablo Pérez, en La Manteca, donde deciden acampar bajo una frondosa mata de mango, en espera de la oportunidad de poder cruzar la carretera.

Los tres campesinos se distribuyen las tareas inmediatas a realizar. Ignacio saldrá a la carretera a comprobar si el ejército levantará el cerco al siguiente día y Baurel debe preparar el almuerzo y llevárselo, mientras Guillermo regresará para continuar organizando el traslado de los demás grupos de expedicionarios que permanecen en la zona.

Poco después de partir los campesinos, Fidel y sus compañeros —siempre desconfiados— trasladan su campamento a una altura cercana, desde donde pueden observar los alrededores.



Vista de la finca de Mongo Pérez en Purial de Vicana.

Todo el día 15 Fidel y sus dos compañeros han permanecido ocultos en una alturita cerca del cañaveral, en la finca La Emilia de Pablo Pérez, en La Manteca, aguardando por los guías para cruzar esa noche la carretera de Pilón. Al mediodía, Baurel Pérez les ha llevado el almuerzo y al atardecer llega Guillermo García con una lata de arroz con gallina y algunas noticias del grupo de Almeida. Se sorprende al advertir que los combatientes se han cambiado de lugar.

Aproximadamente a las ocho de la noche inician la marcha. Sirven de prácticos Guillermo, Ignacio y Baurel Pérez, los mismos del día anterior. En poco más de dos horas de camino a campo traviesa, cubren la distancia de La Manteca a la carretera. A pesar de que las postas que mantenían el cerco ya han sido retiradas, se detienen un momento antes de cruzar, pues la luna está muy clara y esperan que una nube la cubra para pasar. Con gran cautela cruzan a rastras la vía por una alcantarilla, embarrados de fango. Desde ese momento, Ignacio Pérez será el práctico, pues conoce bien la zona. Más adelante,

llegan inesperadamente hasta la casa del suegro de Ignacio, en Ojo de Agua, lo cual preocupa a Fidel. Permanecen allí pocos minutos y continúan camino sin descanso durante toda la noche.

Más de treinta kilómetros subiendo y bajando lomas, atravesando riachuelos, montes, potreros y sembrados. Pasan por Las Cajas y suben más adelante con dificultad hasta la cima de la loma de La Nigua, donde hacen un alto para descansar. Es tanto el agotamiento y la tensión de los últimos días, que Fidel se sienta en el suelo y al instante se queda dormido, pero solo unos minutos. Han llegado casi a su destino.

La madrugada del 16 de diciembre, Fidel y sus acompañantes observan un rato los alrededores desde lo alto de la loma de La Nigua. Hay luna llena. A sus pies, en la misma falda de la loma, se extiende un sombrío cafetal. Abajo serpentea un arroyo y, del otro lado, más cafetales. El relieve se disuelve en suaves colinas, algunas sembradas de caña, otras de verdes potreros y algunos montes. Es la finca El Salvador de Mongo Pérez, hermano de Crescencio, que

se extiende hasta donde el río Vicana y el camino real de Purial corren enlazados a lo ancho del panorama, a dos kilómetros de La Nigua.

Comienza a amanecer cuando el grupo desciende por una falda de la loma. Atraviesan los cafetales, dan un pequeño rodeo y salen al borde del potrero que está al fondo de la casa. Son aproximadamente las siete de la mañana.

Los hombres, muy cansados, se acuestan en un pequeño corral contiguo a la casa. A los pocos minutos aparece el dueño de la finca, avisado por Ignacio, uno de los prácticos. Primitivo Pérez, el joven campesino que vive y trabaja en la finca, les lleva café. Después de cambiar impresiones con Mongo, los combatientes son trasladados a un pequeño campo de caña, entre unas palmas jóvenes, donde descansan. Fidel se recuesta y queda dormido bajo el sol que comienza a calentar. Guillermo García le quita las botas y medias, entonces descubre sus pies ensangrentados. Poco después despierta y continúa conversando con Mongo Pérez y los demás campesinos.



Fidel Castro semanas después en la Sierra.

Fidel encomienda a Guillermo e Ignacio Pérez partir de nuevo con la misión de hacer contacto con otros grupos de expedicionarios y trasladarlos hacia allí, así como recoger la mayor cantidad de las armas que hayan podido quedar abandonadas.



EN LÍNEA RECTA HACIA LA SIERRA

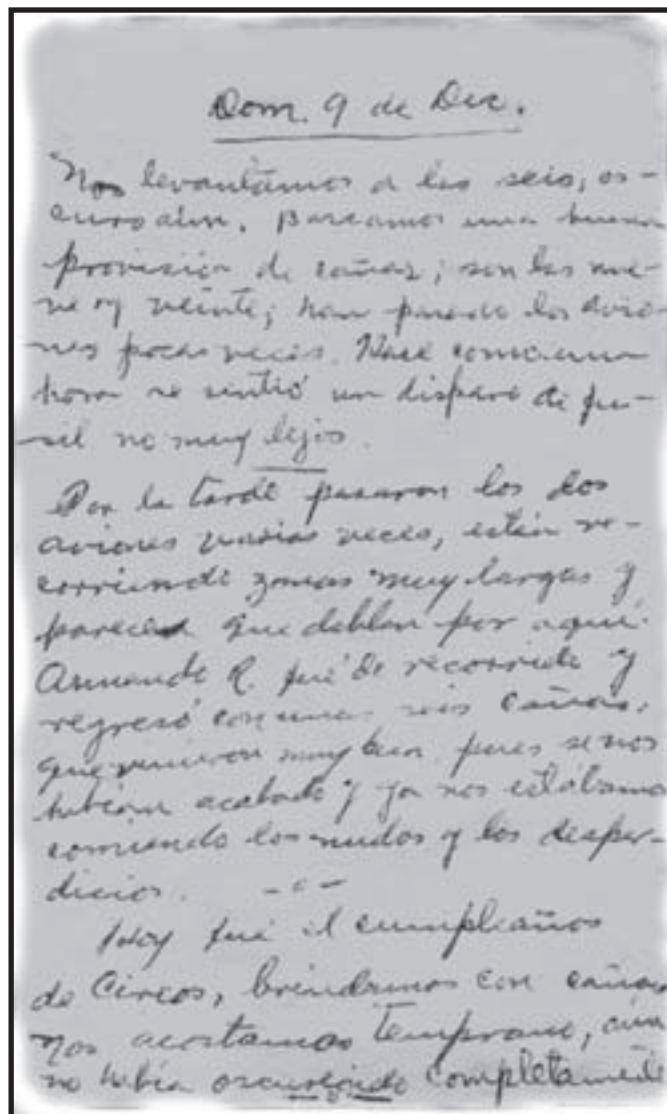
EN medio de la confusión originada en Alegría de Pío, Raúl Castro se interna en la caña seguido de Ciro Redondo, René Rodríguez, César Gómez y Armando Rodríguez. Instantes después los alcanza Efigenio Ameijeiras, que había quedado solo en el cañaveral. Todos han conservado sus armas. Como la caña es tan alta en esta parte, hacen un alto para orientarse. Ciro Redondo se sube a un tocón ayudado por sus compañeros, hasta que logra sacar la cabeza y divisa un monte cercano, al que avanzan rápido al caer la tarde. Logran internarse un buen tramo y llegar a un bosque bien tupido, con mucho diente de perro, donde pasan la noche.

A la mañana siguiente, día 6, emprenden la marcha por dentro del monte en dirección este. Pero apenas logran avanzar algo más de un kilómetro, pues desde temprano la aviación enemiga tiene gran actividad por los alrededores. Raúl y sus compañeros ignoran que uno de los objetivos principales del ametrallamiento de la aviación es el propio Fidel y sus dos compañeros, refugiados debajo de la paja de caña a pocos cientos de metros de distancia.

El día 7 permanecen en el mismo lugar. Han decidido resistir el hambre y la sed, esperar que la aviación cese su hostigamiento y el enemigo levante el cerco que seguramente ha tendido. Hasta el momento, el grupo ha seguido una ruta aproximadamente paralela al borde del bosque, calculando estar cerca de él. Han resuelto mantenerse dentro del monte para buscar su protección, pero no lejos de los campos de caña, con la intención de proveerse del único alimento seguro por todos los alrededores. Sienten el constante movimiento de las tropas y los disparos y descargas en la zona, pero se mantienen dentro del monte con todas las precauciones posibles.

El día 8 han escuchado ladridos de perros y el cantío de los gallos. Creen encontrarse cerca de una casa, por lo que deciden acercarse esa tarde a observar y, de ser posible, obtener información. Se sienten débiles por el prolongado ayuno, el cansancio de la marcha por terreno tan difícil, y la falta de sueño. Pero, atardeciendo, luego de caminar media

hora en busca del bohío, el incesante vuelo de los aviones, así como el ruido cercano de camiones y algunos disparos en esa dirección, les hace desistir de su plan. El nutrido tiroteo que a lo lejos esa noche escuchan puede haber sido la emboscada de Pozo Empalado, a unos tres kilómetros de allí.



Página del Diario de Raúl Castro del 9 de diciembre.

Finalmente, la tarde del día 10 deciden abandonar la monotonía sedentaria del bosque y emprender camino. Han esperado casi cinco días en el monte, desplazándose muy poco. Avanzan hacia el este, siempre por dentro del monte y esquivando los caminos,

tratando de encontrar algún bohío. Comen yuca, maíz crudo y la inevitable caña. Oscureciendo, se internan en el bosque y se acuestan.

Temprano, el día 11, emprenden de nuevo la marcha. Poco después de las ocho divisan, entre el ramaje, el mar en la lejanía y hasta ven pasar a un guardacostas. A media mañana llegan cerca de varias casas y deciden aproximarse a estas con precaución. La primera estaba abandonada. Pero al acercarse a una más grande, descubren que se encontraba ocupada, al parecer, por soldados. Deciden retroceder después de muchas vacilaciones, ya que había quien aseguraba que no eran soldados y se habían hecho muchas ilusiones.

César Gómez no quiere seguir adelante, está agotado. Los demás le advierten que si se queda allí pueden matarlo, pero insiste. Raúl le plantea que no se entregue hasta el otro día, para darles oportunidad de alejarse, y que diga que estaba solo. Después de recoger el fusil del que se queda, siguen la marcha. Ese mismo día César Gómez resultaría prisionero de los guardias.

Al mediodía, después de cruzar el último cañaveral y un pequeño monte, los combatientes encuentran laderas de montañas cultivadas, ya próximas a las

estribaciones de la Sierra Maestra. Han alcanzado el borde de las alturas sobre el río Toro. Abajo, las casas que han visto son las de Ojo del Toro. Al final, en efecto, las lomas del Muerto y El Chorro anuncian la Sierra Maestra. Comienzan entonces a descolgarse por el farallón de piedra caliza del Blanquizal,



Crescencio Amaya, esposo de Catalina Hidalgo, en Blanquizal del Toro.

que domina el valle del río Toro. Raúl se adelanta y, cuando va llegando abajo, ve que René Rodríguez le hace señas para que regrese. Han encontrado al expedicionario Ernesto Fernández oculto en la hendidura de la piedra. Hace tres días que Ernesto está



Loma de Blanquizal.

siendo atendido diligentemente por Antonio Hidalgo, Neno, Crescencio Amaya, Catalina Hidalgo y otros miembros de la familia en Blanquizal.

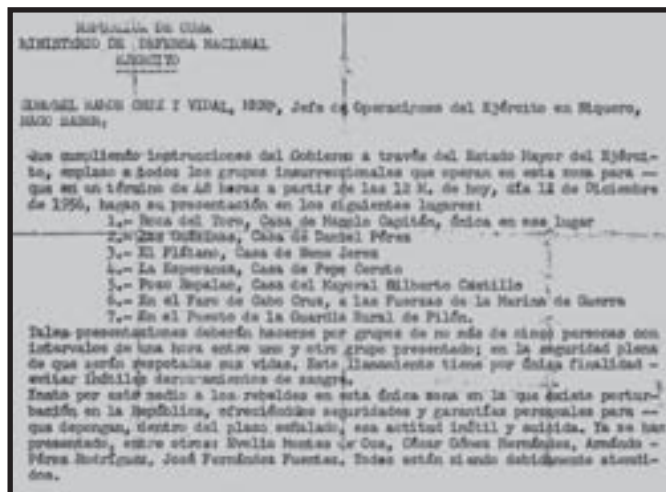
Ha sido quizás una suerte para Raúl y sus compañeros encontrarse con Ernesto, pues este les informa que un poco más abajo, en el río, está tendida una emboscada de los guardias. Esa noche se quedan junto a Ernesto.

La perspectiva de calmar el hambre y la sed, reponer fuerzas y obtener alguna información anima a Raúl y sus compañeros. Alrededor de las diez de la mañana del día siguiente, llega el joven Juan Bautista Coello, Bao, con otro campesino, enviados por Baldomero Cedeño con el desayuno para el combatiente que tienen

escondido. Pero al conocer con sorpresa la presencia de otros cinco expedicionarios, regresan por la tarde Baldomero y Crescencio Amaya con un suculento almuerzo y agua suficiente para todos. Esa tarde Raúl se entera de las terribles noticias de los asesinatos de sus compañeros en Boca del Toro y otros lugares. Le muestran los volantes lanzados por el ejército y poco después escuchan los altavoces de una avioneta conminándolos a la rendición. El resto del día descansan y reponen energías.

Baldomero Cedeño.

El día 13, a sugerencia de Baldomero Cedeño, se trasladan a un ojo de agua que está situado algo más arriba, en la falda del acantilado, para que ellos mismos puedan coger el agua. Los combatientes limpian sus armas con luz brillante y aceite de higuera. Los aviones continúan lanzando volantes con promesas de garantías para los expedicionarios que se entreguen. Raúl ha decidido continuar la marcha y pide que le consigan un práctico. Neno Hidalgo ha traído informaciones poco precisas de que varios grupos de compañeros han pasado por la zona camino a la Sierra. Raúl persiste en su propósito de partir esa no-



La dictadura anuncia una tregua el 11 de diciembre y ofrece un plazo de 48 horas a los insurgentes para presentarse.

che. Neno se encarga de conseguir algunos víveres a crédito para el viaje en una cantinita cercana. Sin embargo, el plan de partir esa noche se frustra, pues no encontraron al guía. Por la noche llueve fuerte y protegen los fusiles con los pocos sacos de que disponen.

El 14, unos hijos de Baldomero Cedeño, vecinos de La Conveniencia, informan a su padre que, según comentarios, Fidel y dos expedicionarios más habían pasado por aquella zona y que en una casa les dieron comida y siguieron. De inmediato, el campesino sube para comunicárselo a los combatientes, quienes lo abrazan emocionados. Como el guía sigue sin aparecer, Raúl ordena emprender solos la marcha por la noche. Se separan de Ernesto Fernández, quien está enfermo y con los pies destrozados. Días después Guillermo García establece contacto con él. Ernesto se mantendrá allí oculto hasta pasado el año 1956, en que logra pasar a Niquero y luego viaja a La Habana.

Por su parte, Raúl y sus compañeros cruzan el 14 de diciembre el río Toro, dejan a un lado el caserío de Las Guásimas, donde los campesinos le han informado sobre la presencia de una tropa del ejército, y comienzan a ascender a campo traviesa las primeras estribaciones de la Sierra. Llegan a la loma del Muerto. Muy cerca, en el callejón y el potrero que van dejando a la izquierda, fueron sorprendidos días antes por una patrulla del ejército los expedicionarios Luis Arcos, Armando Mestre y José Ramón Martínez.



Julián Morales.

la casa de Faustino Cedeño, en la loma del Muerto, y conduce al grupo un poco más abajo, hasta la humilde tienda de Luis Cedeño, pariente de Baldomero. Allí Raúl conversa con el dueño, quien le entrega una pequeña factura que van a preparar a casa de Urbino Peña. A las nueve de la noche abandonan el hospitalario lugar para continuar la marcha. Julián Morales y Urbino Peña los acompañan hasta El Ocuje y les indican el camino a seguir. Bordeando la ladera de todo el firme, en dirección al nordeste, pasan al pie del Regino y la Vigía, y suben luego al norte rumbo a La Manteca.

El día 15 lo pasan ocultos en la zona de Los Chorros, poblada de bohíos. Se mueven con precaución, escondidos en la espesura, y consumen los pocos víveres que traen. Al atardecer inician de nuevo la marcha para acercarse a un bohío. Los recibe el campesino Julián Morales, que vive agregado en

Monguito, donde les preparan algo de comer. Poco antes del amanecer parten y más adelante acampan en un lugar alto y resguardado, donde se disponen a descansar después de la fatigosa jornada nocturna. Apenas una hora después se escuchan unos tiros. Armando Rodríguez sale a tratar de precisar la procedencia de los disparos, y es visto por un niño, por lo que deciden abandonar el lugar a esa hora y prácticamente rodeados de bohíos. Tienen que bajar por tremendos fallones. Continúan avanzando. Pero al ser nuevamente vistos por una mujer deciden llegar hasta la casa donde reside

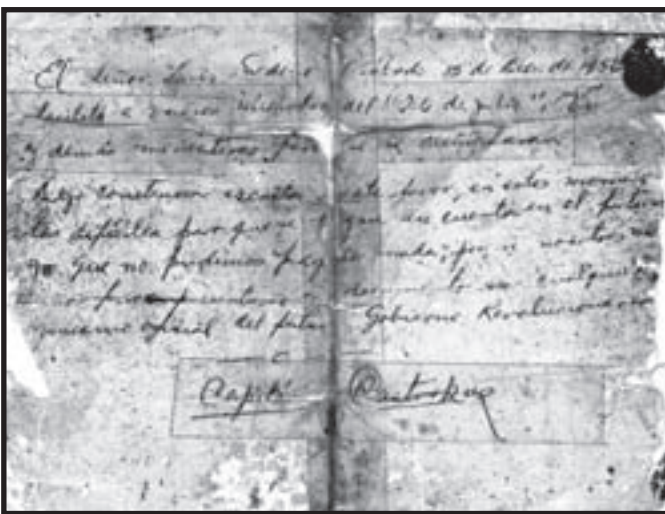


Luis Cedeño.

Justino Fuentes. El campesino está fuera trabajando en la estancia y su esposa los atiende. El día antes un campesino los ha tomado por guardias rurales, y aprovechan el equívoco. Prosiguen caminando todo el día sin detenerse, eludiendo en lo posible el contacto con los campesinos. Durante esta difícil y agotadora jornada, ocultan el fusil que les sobra y Raúl prepara un croquis del lugar, que les permita posteriormente localizarlo.

Por fin, después de una agotadora y difícil marcha a través de las montañas, llegan esa tarde a la carretera de Pilón. Esa noche los combatientes la cruzan confundidos dos veces, pero no la han dejado atrás. Desconocen que en ese lugar la carretera describe una Z entre las montañas.

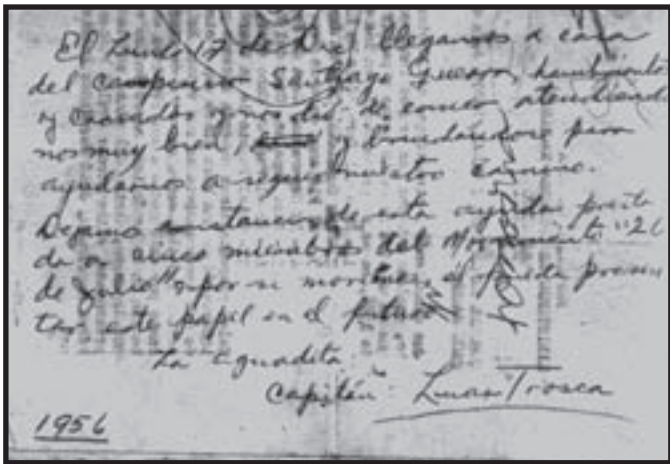
Deciden pasar el día 17 junto a la carretera, en un lugar bien cubierto. Poco después de las seis de la tarde, ya oscureciendo, cruzan por tercera vez la carretera. Del otro lado, a poco más de un kilómetro, hay una casa y a ella se encaminan. El dueño se llama Santiago Guerra y el lugar la Aguadita de Pilón. El campesino acoge cordialmente en su humilde bohío a los hambrientos expedicionarios y prepara un sopón de arroz con algunos trozos de carne y de vianda. Luego de recibir orientaciones precisas



Nota escrita por Raúl Castro a Luis Cedeño, el 15 de diciembre de 1956.

Después de haber caminado toda la madrugada del día 16, se acercan a la zona de La Manteca y llegan a la casa del joven campesino Ramón Naranjo Coello,

acerca del camino que deben seguir, los combatientes emprenden la marcha, acompañados un buen tramo por el campesino y su hijo. Santiago Guerra recomienda a Raúl que se dirija a Purial de Vicana, donde viven sus padres.



Nota dejada por Raúl Castro al campesino Santiago Guerra.

A las cuatro y media de la madrugada del 18 de diciembre, después de más de veinte kilómetros de marcha, Raúl Castro y su grupo se asoman a la lechería de una finca cercana a Purial de Vicana. Han salido a unos cuatro kilómetros más abajo del destino que se habían fijado. Los combatientes bajan por una falda en dirección a la casa y tocan, pero no contestan. Descansan unos minutos debajo de un árbol, hasta que escuchan a un campesino que recoge las vacas para ordeñar. Los cinco hombres se acercan al corral a encontrarse con Juan Rodríguez, empleado de la finca, que está ordeñando y les brinda leche, tibia todavía. Advierten de inmediato que es sordo y los ha confundido con guardias. Toman ansiosos tal cantidad de leche que algunos minutos después se sienten indispuestos.

Después de indagar con el ordeñador datos sobre el dueño de la finca, que se nombra Hermes Cardero, Raúl se acerca de nuevo a la casa, doscientos metros más adelante, y toca otra vez, llamando por su nombre al dueño. Pero no le contestan. Aprovechan que un muchacho, empleado de la casa, sale por detrás, lo abordan y con la misma entran por el fondo. Cardero no tiene más remedio que salir a su encuentro, pensando que son guardias. Raúl le explica quiénes son y le pide algo de comida para seguir camino. En un aparte le pregunta si sabe de Fidel, y Cardero le

propone salir a preguntarle a un amigo ortodoxo que vive cerca.

Hermes los conduce a un pequeño cafetal y parte a caballo por el camino real hasta la tiendecita de Mongo Pérez, a orillas del camino. Supone que su amigo algo debe saber, hace un aparte con este y le pregunta. Ante las evasivas de este, Hermes le muestra la licencia de conducción que

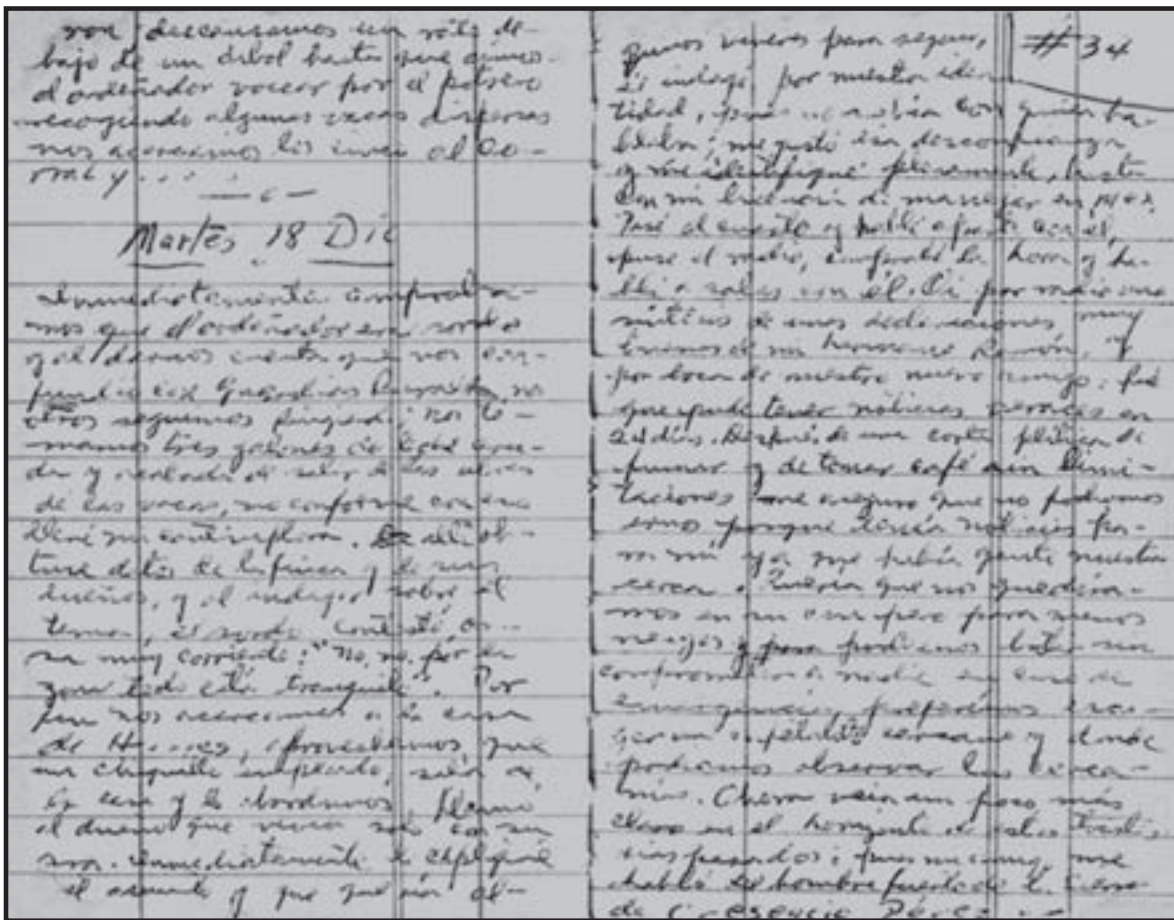


Hermes Cardero.

Raúl le había entregado como prueba y le confiesa que lo tiene con otros escondido en su finca. Mongo le pide entonces que le deje el documento, que enviará después un empleado a su casa. Hermes satisfecho monta en su caballo y regresa a la casa,



Licencia de conducción mexicana de Raúl Castro, que sirvió de identificación para su encuentro con Fidel.

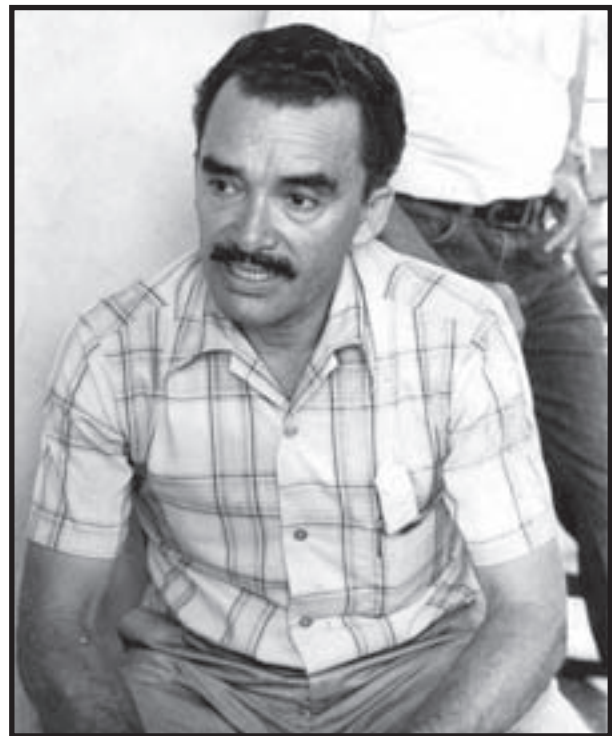


Anotaciones del Diario de campaña de Raúl Castro correspondientes al 18 de diciembre de 1956.

con la seguridad de haber acertado. Cuando vuelve a reunirse con los combatientes, que por precaución se han cambiado de lugar en el cafetal, les informa que habló con un hermano de Crescencio Pérez que insistió mucho en quedarse con la licencia y Hermes se atreve a asegurar que Fidel está en su finca.

Esa mañana Primitivo Pérez regresaba del corral a un costado de la casa, cuando se encuentra con Teresa, la mujer de Mongo, que le dice que su esposo ha salido y le ha dejado una cartera que le llevó Hermes Cardero, quien dice tener en su finca a cinco expedicionarios, entre ellos Raúl Castro, y le había indicado que la mostrase a Fidel, no fuera a ser un engaño.

Alrededor de las diez de la mañana, el campesino se acerca al lugar donde acampa Fidel con sus dos compañeros y le entrega la cartera de piel que dentro tiene la licencia de conducción mexicana de Raúl, explicándole lo acontecido. Luego de consultar con sus compañeros, Fidel le escribe en un pedazo de



Primitivo Pérez.

papel los nombres de los cuatro extranjeros que vinieron en la expedición y sus apodos. Le indica aprenderse bien los nombres, desaparecer el papel, ir para allá y en la conversación preguntárselo, si se los dice todos es Raúl.

Primitivo parte ligero en su mulo hacia la casa de Hermes, para luego dirigirse ese mediodía al cafetal donde se encuentran los expedicionarios, conversa con Raúl y le hace las preguntas previstas. Cuando

el combatiente le responde con exactitud, le informa sonriente que Fidel está cerca en la zona. La alegría estalla incontenible, todos se abrazan. Desean de inmediato reunirse con su jefe, pero el campesino les dice que a la noche los vendrá a buscar para llevarlos donde Fidel. Poco después Primitivo regresa junto a Fidel con la noticia: no cabe duda de que se trata de Raúl, que viene con otros cuatro, todos armados. Fidel no cabe en sí de la impaciencia.



TESTIMONIO DE PRIMITIVO PÉREZ

CUANDO vengo a la casa me encuentro que la señora de Mongo me da una cartera. Me acuerdo que era muy fina, de cuero, con una cartera dactilar dentro. Y me dijo:

—Mira, aquí vino Hermes Cardero buscando a Mongo para que viera la cartera esta. Ha llegado una gente allá y se identifica como Raúl Castro. No vaya a ser cosa que hayan muerto a Raúl y hayan cogido la cartera y uno que se parezca a Raúl quiera hacerse pasar, y él estaba desconfiado...

Teresa me la enseña, yo la veo y digo:

—Este es Raúl.

La revisé bien, vi que era de México. Entonces me la eché al bolsillo, creo que fue como a las 10:00 de la mañana, y fui para el campamento donde estaba Fidel. Le di la cartera a Fidel, él la vio y dijo:

—¡Concho, mi hermano! ¿Dónde está? ¿Anda armado?

Esa era una de las cosas que Fidel más le preocupaba. Él preguntaba primero por las armas que por cualquier otra cosa. Yo le dije que no sabía, que esa cartera la había dejado Hermes Cardero allí para que yo la viera, o Mongo si llegaba, y fuéramos allá a ver.

Todo el mundo se arrimó allí, contento. Yo le dije a Fidel que el problema era que no fuera a ser un soldado o algo, y se formara un problema. Entonces él me dijo:

—Bueno, mira, yo te voy a dar a ti la seña para que tú lo identifiques a él. Con nosotros vinieron cuatro extranjeros. Uno de ellos se llama Ernesto “Che” Guevara, argentino...

Y me copió los nombres en un papel, para que lo leyera bien y lo palpara bien, cosa que no se me fuera de la mente, y que después el papelito aquel lo desapareciera. Entonces me dijo de Guillén Zelaya, “el Mexicanito”, como le decían, otro era “Pichirilo” el dominicano... Bueno, eran cuatro, pero ha pasado tanto tiempo que algunas cosas se me han ido de la mente.

Yo salgo con la cartera en el bolsillo, y voy p'allá. Llego a casa de Hermes Cardero. Allí nos sentamos. Me hizo la historia de cómo habían llegado.

Cuando yo llegué a casa de Hermes, los tenía en un cafetal frente a la casa. Estábamos sentados en el portal

y la señora nos trajo café y ellos desde allá con la mirilla nos estaban mirando. Entonces salimos para donde estaban ellos, a caballo, él alante y yo atrás. Apenas Raúl nos vio vino p'acá. Empezamos a conversar allí. Yo recuerdo que cuando Raúl estaba preso en Isla de Pinos salió en Bohemia, y era la misma cara. Yo decía:

—Aquí no hay dudas de que es Raúl.

Entonces le pregunté como quien no quiere las cosas, que si con ellos habían venido algunos extranjeros. ¡Oiga, me dijo el nombre completo de todos, pero enseguida, y el chiqueo de cómo los chiqueaban! Entonces yo le dije:

—Bueno, pues Fidel está aquí cerca de ustedes.

¡Muchachos! Se abrazaron todos allí, se volvieron locos. Recuerdo que él traía unos espejuelos, y se los quitó y se lo fue a regalar a Hermes, y Hermes:

—No, no, que eso les va a hacer falta a ustedes.

Y él:

—¡Que sí, que sí!

Por fin Hermes los cogió. Entonces me dijo a mí:

—Mira, yo no te regalo el reloj porque la verdad que me hace falta para la campaña esta, que es dura.

Y me dijo:

—Bueno, ¿y ya podemos ir para allá para donde está Fidel?

Dígame:

—No, chico, eso no es así.

Estaban como a dos kilómetros uno del otro. Entonces yo le dije:

—A la noche lo vamos a venir a buscar.

Efectivamente, llegó la noche. Después que Fidel nos dio las instrucciones, que se puso muy contento cuando se enteró que venían armados, fuimos para allá a buscar a Raúl. Pasamos por un terreno limpio, que después Raúl me decía que había que ir a borrar las huellas, porque las botas mexicanas dejaban unas marcas. Al otro día por la mañana fue Severo a borrarlas.

Llegamos al lugar donde estaba Fidel, y aquel fue un momento emocionante, cuando se juntó toda aquella gente.

AHORA SÍ GANAMOS LA GUERRA

En la noche del 18 de diciembre, como estaba convenido, después de comer, llegan Primitivo y Omar Pérez a donde está el grupo de Raúl y emprenden camino.

Al fin, a la medianoche, bajo las palmas nuevas a orillas del cañaveral, se produce el esperado encuentro de los dos hermanos y demás combatientes, que se estrechan en emocionados abrazos.

—¿Cuántos fusiles traes? —le pregunta Fidel a Raúl.

—Cinco.

—Y los dos que tengo yo, siete. ¡Ahora sí ganamos la guerra!

El significado del emotivo encuentro no escapó a ninguno de los presentes. El resto de la noche pasa en animada charla. Comentan las vicisitudes pasadas, se preguntan sobre el destino de los demás expedicionarios y, sobre todo, hacen planes para el desarrollo futuro de la lucha.



Fidel y Raúl en la Sierra Maestra semanas después del desembarco.



Cinco Palmas.

Y NADIE LOS VIO

EN medio del combate de Alegría de Pío, Juan Almeida ha llegado donde Che y lo insta a retirarse con él hacia la caña. Se les une Reinaldo Benítez y más adelante Ramiro Valdés. Cruzan la guardarraya y avanzan en sentido contrario de donde proceden los disparos, mientras ven la caña ardiendo. Poco después se les une Rafael Chao. Los cinco combatientes cruzan en pocos minutos otra guardarraya y se internan en la espesura del monte más cercano. Una vez allí, comienzan a caminar sobre el diente de perro en un rumbo que suponen los conduce hacia el este, pero dentro del monte les resulta difícil orientarse. El resto de la tarde, hasta la caída de la noche, cubren una distancia considerable. Sin embargo, apenas avanzan; lo que han hecho es describir un gran círculo. Cuando deciden detenerse exhaustos, no están a más de un kilómetro del lugar del combate. La noche y el agotamiento les impiden continuar avanzando. El hambre y la debilidad les hacen ir dando tumbos sobre el diente de perro. Comienza a inquietarlos la terrible perspectiva de la sed.

Bien temprano, el día 6, han comenzado a caminar, adentrándose más en el monte y avanzando sobre el incómodo diente de perro, escuchando disparos aislados en todas direcciones. Han revisado la herida en el cuello de Che y advierten con tranquilidad que se trata de un tiro a sedal, sin otras consecuencias. Luego de subir con dificultad algunos pedruscos, topan de pronto con la entrada de una cueva al borde mismo del monte, en cuyo frente se levanta un enorme jagüey. Están cerca de la zona de La Esperanza.

Rafael Chao, veterano de la guerra española, opina que continuar caminando los conducirá inevitablemente a caer en alguna emboscada enemiga, por lo que propone ocultarse de día y avanzar solo de noche. Deciden, por tanto, refugiarse en la cueva para esperar la noche, con el compromiso de luchar hasta la muerte mientras permanezcan allí. Comienzan a descender con cuidado, sujetándose de las raíces del jagüey. Después de colocar un vigía en la entrada, hacen un recuento de las cosas que traen para



Juan Almeida semanas después en la Sierra Maestra.

sostenerse, además de las armas. Todo se reduce a dos cantimploras de agua, algunas vitaminas, cuatro pedazos de caña y una lata de leche condensada. Luego de tomarse el contenido de algunos frascos de vitaminas, abren la lata de leche y reparten una ración para cada uno. Duermen algunas horas en el interior de la cueva, todos juntos por el frío. Aún desconocen la suerte del resto del destacamento. Pasadas algunas horas, deciden preparar otra toma de leche, pero descubren con angustia que Reinaldo Benítez, encargado de su custodia, había colocado la lata bocabajo en el bolsillo de su camisa y el espeso líquido se ha derramado todo sobre el uniforme del combatiente.

El vuelo de los aviones los obliga a mantenerse en la cueva y no adelantar la salida. Al mediodía es-

cuchan en las cercanías el ametrallamiento de la aviación. Tan pronto cae la noche, se preparan para salir. Almeida resbala sobre una piedra húmeda y cae uno de los peines de su pistola, que se pierde por una grieta. Comienzan la marcha en fila india, con cuidado, a cierta distancia uno de otro. Avanzan por un cañadón entre dos montes, sobre el diente de perro.

Durante toda la noche han seguido avanzando sobre el diente de perro, entre troncos y bejucos del monte. La sed los atormenta, sobre todo a Che que va herido en el cuello y ha perdido alguna sangre. Con la bombita del nebulizador para el asma logra extraer de los hoyitos de unas piedras algunas gotas de agua pútrida con las que los combatientes apenas pueden mojarse los labios. En todo el día 7 no encuentran qué comer. Sin embargo, tarde en la noche se deciden a comer algunos cangrejos crudos

Temprano, el día 8, reinician la marcha por sobre el diente de perro, en busca de agua. Aviones sobrevuelan la zona, pero avanzan protegidos por el monte. Caminan a ratos, tomando largos descansos. La sed y el hambre los atenaza. Cerca del mediodía alcanzan el borde de las terrazas superiores de la costa, a la altura de Punta Escalereta. A sus pies, el farallón cae en escalones de unos cincuenta metros de altura cada uno al mar. Abajo, casi a la orilla, observan una pequeña laguna al parecer de agua dulce. Después de mucho buscar por dónde bajar, al cabo encuentran un paso practicable y comienzan el difícil descenso. Van descolgándose, agarrados las manos y los pies de los agudos salientes del farallón. A medida que avanzan, el sol calienta con más fuerza. En el trabajoso descenso va cayendo la tarde y pierden de vista la laguna que buscaban. No saben que, en definitiva, las pocetas que han visto son de agua salobre y, si la beben, no harían más que redoblar su sufrimiento. Al anochecer no han podido aún llegar abajo y en la última terraza se tienden extenuados sobre el diente de perro, entre algunos arbustos espinosos. La sed continúa atenazándolos.

Al amanecer del 9 de diciembre continúan descendiendo por los farallones de la costa y logran, por fin, al mediodía llegar a la orilla del mar, aproximadamente dos kilómetros al este de Punta Escalereta. La última etapa del descenso se efectúa atravesando zarzales casi impenetrables, cuyas espinas los desgarran. Por la tarde continúan avanzando, bajo

el vuelo incesante de los aviones. Después de permanecer, toda la tarde, tirados a la sombra raquítica de los arbustos que crecen en esta parte de la costa, devorados por la sed, al anochecer siguen avanzando por la orilla. En una playita excavada en el farallón se refrescan un buen rato. Prosiguen la marcha por los arrecifes de la costa. Por el camino encuentran entre las rocas algunas tunas y comen las pequeñas frutas.

Almeida y Che van delante, bajo una luna clara. De pronto topan con un ranchito junto a la orilla y en la penumbra perciben unos hombres que duermen. Almeida se acerca pistola en mano, cuando se encuentran sorpresivamente con Camilo Cienfuegos, Pancho González y Pablo Hurtado, que han llegado a ese lugar caminando en un rumbo casi paralelo a ellos. La alegría del encuentro hace olvidar, de momento, todas las penalidades pasadas. Ahora son ocho combatientes, todos armados, los que reinician el camino.

Durante toda la madrugada bordean la orilla del mar en dirección al este. Cuando amanece el día 10, han logrado apenas avanzar dos kilómetros. Cada vez sus energías son menores. Logran capturar algunos cangrejos, les arrancan las muelas y sorben crudas sus partes gelatinosas. En las cantimploras quedan apenas algunas gotas de agua, que deben racionar. Durante el día se ocultan entre la maleza de la costa. No pueden dejarse ver, pues por el farallón una retirada es imposible. Por la noche continúan avanzando lentamente. Ya casi no pueden caminar. De madrugada llegan al borde superior del farallón que enmarca por el oeste la desembocadura del río Toro. Exhaustos, no intentan siquiera bajar hasta los arrecifes de la costa y se tienden en la roca a esperar el día, para determinar el rumbo a seguir.

La madrugada del 11 se acercan a un bohío, cuya silueta se destaca con la claridad de la luna. Discuten si deben llegar, o no hasta él. Che y Pancho González no están de acuerdo. La vivienda les parece demasiado buena, como la de un campesino de posición acomodada que seguramente es amigo de los guardias. Al fin se decide enviar tres compañeros a explorar. Ramiro, Che y Benítez comienzan a acercarse sigilosamente. Los dos primeros se quedan del otro lado de una cerca de alambre, mientras el otro cruza y sigue aproximándose a rastras. A los pocos minutos regresa Benítez a informar que ha visto entre la bruma la silueta de un hombre con una escopeta.

Desde atrás Che también percibe en la penumbra la figura y ha podido determinar que se trata de un soldado con una carabina M-1 en la mano. Rápidamente regresa donde Almeida y los demás compañeros y abandonan el plan de llegar hasta la casa, que en realidad es la de Manolo Capitán.

Los combatientes dan un rodeo y comienzan a escalar el farallón de la terraza superior, pero la luz del amanecer los sorprende y no les queda más remedio que buscar refugio en una hendidura de la roca. El lugar les resulta un magnífico observatorio. Ante sus ojos se extiende el panorama de Boca del Toro. Con la mirilla del fusil observan la operación de relevo de la guarnición de marinos que realiza un guardacostas. Se sienten acorralados, no osan siquiera moverse. Consumen las últimas gotas de agua que les quedan.

Ya de noche, los combatientes salen de su escondite y siguen escalando el farallón, bajo la luz de la luna. Avanzan un kilómetro por una de las terrazas superiores. Luego de descansar un rato, pasan por un maizal donde calman un poco el hambre con algunas mazorcas tiernas. Continúan después por el monte el descenso hacia el río Toro. A media noche, por fin llegan a la orilla. Tirados de bruces en el suelo, hunden las cabezas en el agua fresca y toman con avidez hasta saciarse. Después de llenar las dos cantimploras, cruzan a la margen opuesta y comienzan a subir bordeando la loma del Muerto. Finalmente penetran en un montecito no muy tupido a esperar el día.

La madrugada del 12 han llegado a un pequeño monte no muy tupido en el rellano de la loma del Muerto, donde se ocultan lo mejor posible para evitar una sorpresa. El día transcurre sin novedad. Ven pasar varias veces sobre sus cabezas una avioneta que vuela a baja altura y desde la cual dicen algo con altoparlantes. Almeida y Benítez presumen que son exhortaciones a la rendición de los expedicionarios que aún quedan dispersos, lo cual les hace abrigar la esperanza de que no son los únicos que se han salvado hasta el momento. En todo el día tampoco han encontrado nada que comer.

Al oscurecer emprenden de nuevo el camino por las lomas en busca de la Sierra, cuya silueta ya divisan entre brumas en la lejanía. Han llegado a Las Guásimas y en una casa cercana escuchan música. Una vez más se suscita la discusión: Almeida, Rami-

ro y Che opinan que no deben ir; Camilo y Benítez que hay que hacerlo de todas maneras y conseguir algo de comer. Al fin, se decide que Ramiro y Che se acerquen. Ya están a poca distancia cuando de repente la música cesa y escuchan una voz:

—Vamos a brindar por todos nuestros compañeros de armas que tan brillante actuación...

No hacía falta más, son soldados los que están festejando la supuesta victoria obtenida. Los dos combatientes regresan lo más rápido y sigilosamente posible a informar a sus compañeros. Sacando fuerzas de donde no hay, los expedicionarios continúan camino, tratando de retirarse lo antes posible de la zona. Comienzan a subir el alto de Las Guásimas. Más allá siguen ascendiendo un estribo de la loma del Regino. Avanzan lentamente, tan cansados que las piernas se resisten a proseguir.

A la una de la madrugada del día 13 avistan otro bohío. Ya no les es posible seguir, están casi desfallecidos y necesitan llegar hasta él de todas formas. Luego de una exploración, deciden encaminarse a la casa, casi en el mismo firme de Alto del Regino. Gerardo Aguilar se nombra el campesino que allí vive y la familia los recibe amablemente. En el bohío también se encuentra Alfredo González, que vive en otra casa contigua, todos miembros de un grupo religioso adventista.

De inmediato, la familia comienza a preparar comida: harina de maíz y carne, seguido de lo que Che califica en sus *Memorias de la guerra* de “un festival ininterrumpido de comida”. Los expedicionarios comen hasta hartarse, a tal punto que los sorprende la llegada del día y ya no pueden salir del lugar. Esa mañana comienzan a llegar varios vecinos curiosos, avisados de la presencia de los combatientes, para conocerlos y llevarles algo más de comer. La noticia ha llegado hasta el barrio de Las Puercas. Ofelia Arcís prepara en su casa una caja de dulces y tabacos y sube hasta el Regino a llevárselos. Cuando ve el aspecto tan deplorable que presentan los expedicionarios, con las ropas raídas y el hambre acumulada y el agotamiento reflejados en sus rostros, se echa a llorar conmovida. Che aconseja:

—Denle una tacita de café, que ella se ha emocionado mucho al vernos.

Los estómagos de los combatientes, resentidos por el hambre prolongada, no resisten la hartura. Se desata, al decir de Che, “el fuego de la diarrea”. Al



Argelio Rosabal.

poco rato, el bohío presenta un aspecto deplorable y se invade de un olor nada grato.

Esa noche, Argelio Rosabal e Ibrahim Sotomayor, hijo de Ofelia, traen algunas mudas para cambiar de ropa a los combatientes y así poder sacarlos. Por entonces, Argelio fungía como pastor de esa congregación y días antes ayudó a cuatro expedicionarios a su paso. Había orientado a sus seguidores que, en el caso de que toparan con algunos otros, los recogieran y le avisaran inmediatamente. Así lo hicieron aquella mañana Jacinto Vázquez, Alfredo González y Rubén Torres Verdecia, esposo de Ofelia, informándole de la presencia de un grupo en el Regino que estaba en muy malas condiciones y necesitaba ayuda, ante lo cual Argelio y sus amigos se dieron de inmediato a la tarea de recoger algunas ropas para llevárselas.

Los combatientes escuchan los relatos de los campesinos acerca de los asesinatos de sus compañeros, luego de ser hechos prisioneros, así como de

los que han sido detenidos y de otros grupos que ya marchan a las montañas. Almeida insiste en continuar camino a la Sierra, pero estos le informan que para ello será necesario atravesar el cerco tendido por el ejército y no podrían con las armas y uniformes que visten. Solo cambiándose con ropas campesinas y dejando escondidas las armas podrían pasar. Alfredo González se compromete a guardarlas en su casa, hasta que manden a buscarlas. Al fin los combatientes aceptan. Solo Almeida y Che conservan sus pistolas ametralladoras. Pablo Hurtado quedaría en la casa de Alfredo junto con las armas, pues está enfermo y no puede siquiera incorporarse.

Esa misma noche, el resto de los combatientes se trasladan a otros bohíos. Ramiro y Benítez pasan a la casa de Rubén Torres y Ofelia Arcís, en Las Puercas, muy cerca de un terraplén por donde circulan camiones del ejército. Camilo un poco más lejos, en la casa de Ibrahim Sotomayor. Mientras, Almeida, Che, Chao y Pancho González van a la casa de un hermano de Argelio Rosabal, en el Mamey, donde



Ofelia Arcís y su hijo Ibrahim Sotomayor.

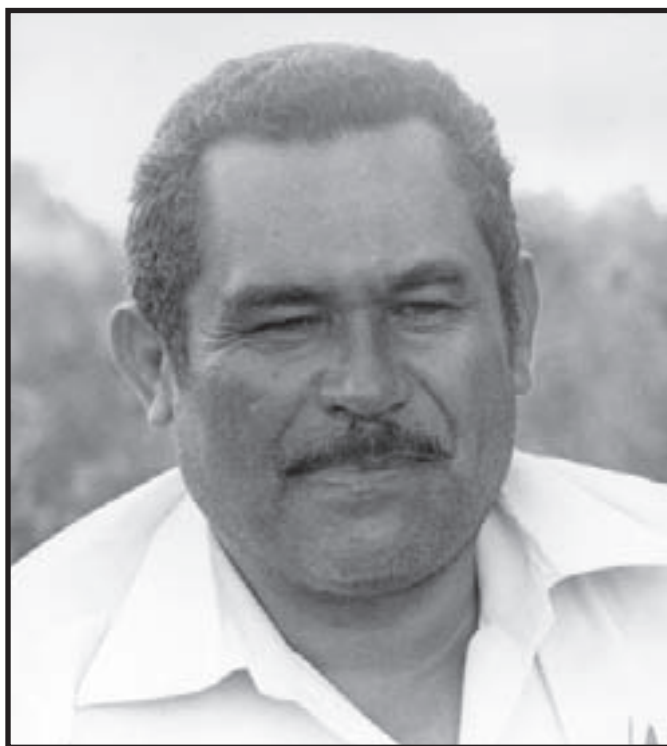
llegan de madrugada y Cándida, la cuñada de Argelio, les prepara enseguida comida. Pero la casa está demasiado próxima al camino y el campesino decide trasladarlos hasta un montecito, debajo de una pequeña caoba, donde les acondiciona el lugar para que pasen la noche.

El 14 de diciembre Almeida, Che, Pancho González y Rafael Chao pasan el día sin novedad, descansando y comiendo cerca de la casa de la familia de Argelio Rosabal, en el alto del Mamey. Esa mañana Alfredo González comentaba en la bodega de Juan Peña en Corcobao los incidentes ocurridos en el Alto del Regino el día anterior. Uno de los que lo escuchan informa a los guardias. A las tres de la tarde el ejército subía hasta la casa de Alfredo, ocupaba las armas y sacaba de la cama a Pablo Hurtado.

Al anochecer llega la noticia al bohío de Argelio Rosabal, quien ya había avisado a Guillermo García sobre la presencia del grupo. Esa misma noche va Guillermo a buscarlos y traslada a los cuatro combatientes hasta la casa de Carlos Mas, a unos dos kilómetros de distancia en el Mamey.

Después del registro en la casa de Alfredo González y la detención de Pablo Hurtado, la familia de Ofelia Arcís teme que los guardias empiecen a allanar las viviendas de la zona. Freddy Sotomayor, hermano de Ibrahim, esconde a Camilo en un pozo ciego y a Ramiro y Benítez debajo de unos bejucos de guaniquique.

El día 15, Almeida, Che, Chao y Pancho González, que siguen escondidos en la finca de Carlos Mas, en el Mamey, reciben un mensaje de Guillermo García indicándoles que deben permanecer en el lugar, ya que ha hecho contacto con Faustino Pérez, por lo que probablemente haya indicios de Fidel. Por su parte, Ramiro, Camilo y Benítez han sido trasladados a una cueva dentro del monte en la zona de Las Puercas, a algunos kilómetros de la casa de los Sotomayor, pues los campesinos consideran que ofrece mayor seguridad. Allí siguen atendiéndolos en todo lo necesario. Sin embargo, esa tarde el campesino les plantea que tienen que salir rápido de la casa, sin otras explicaciones. En verdad, ha recibido un mensaje de Almeida en el que indica que los tres combatientes deben reunirse con él en el Mamey. Su intención es volver a reagruparse para salir lo antes posible a la Sierra y reunirse con Fidel. La misma noche Camilo, Ramiro y Benítez emprenden la subida del firme hasta la casa de Carlos Mas.



Carlos Mas.

La mañana del 16 los siete combatientes del grupo de Almeida vuelven a reunirse en la finca de Carlos Mas. El resto de la jornada transcurre sin ningún incidente de importancia. Al oscurecer llega Guillermo García con un mensaje de Fidel, indicándoles que deben encontrarse cuanto antes con él.

La tarde del 17, el campesino Carlos Mas guiaba a Juan Almeida y su grupo de combatientes hasta la casa de Perucho Carrillo, en Palmarito. El camino no es largo, pero avanzan despacio, ya que Camilo y Ramiro vienen enfermos del estómago. Llegan al bohío al atardecer. Los dos expedicionarios enfermos se quedan en la casa de Perucho, mientras los otros cinco, ya de noche, prosiguen la marcha con la intención de cruzar esa misma noche la carretera de Pilón. En definitiva el grupo regresa, pues en el camino han recibido noticias de que hay guardias por la zona, por lo que deciden acampar en un sembrado de yuca cercano a la casa del campesino.

Durante todo el día 18 los combatientes del grupo de Almeida permanecen ocultos en un campo de yuca cercano a la casa de Perucho Carrillo, en Palmarito. Varios vecinos de la zona acuden a saludarlos y a brindar ayuda, entre ellos Chuchú Iznaga. La intención de Almeida es emprender la marcha por la noche, pero

llega Guillermo García con instrucciones de que esperen. Pide que uno de los combatientes lo acompañe y se lleva a Rafael Chao, para que lo ayude en la búsqueda de dos fusiles de mirilla con 200 balas que aparecieron en la zona del Toro. Para la tarea, Che entrega a Chao su pistola ametralladora.

El día 19 transcurre sin incidentes notables. Llevan ya dos días escondidos en la finca de Perucho Carrillo, en Palmarito, recibiendo todo tipo de atenciones por parte del campesino y algunos de sus vecinos. Al anochecer inician la marcha en busca, una vez más, de la carretera de Pílon. Los acompañan Carlos Mas, Eustiquio Sosa y Ricardo Pérez Montano. Luego de subir y bajar algunas lomas, caminan por una vereda y luego por un camino que bordea una loma, hasta que cerca de las diez de la noche el guía los detiene con una señal y se adelanta con Almeida hasta la orilla de la carretera, en un lugar conocido por



Perucho Carrillo.

Los Raíles, entre dos lomas cuyos farallones rompen perpendicularmente al pie del terraplén. Almeida y el guía Ricardo Pérez Montano son los primeros en pasar, después de subir por la cañada y atravesar una cerca de alambres. Almeida permanece junto al borde de la carretera para proteger el cruce de los demás. Siguen caminando toda la noche. Después de subir la loma de La Tarantana y tomar un descanso, divisan desde la altura las luces del poblado de Pílon. Continúan luego atravesando cañaverales hasta La Lechuzza, en dirección a Las Cajas.

Después de caminar toda la madrugada del 20, llegan a la finca Las Hermanas, de Domingo Sánchez, donde el guía les informa que tiene instrucciones de Crescencio de dejarlos allí y que por la noche los vendrán a buscar. Para cualquier cosa, añade, podrán bajar a la casa que está cerca, pero con cuidado. Los guías regresan y se queda Carlos Mas, que quiere seguir con los combatientes a Purial para conocer a Fidel. Los hombres acampan en un bosquecito cercano a la casa. La impresión que reciben los combatientes es que el campesino, a cuya finca han llegado, parece temeroso y no muy dispuesto a colaborar. Carlos Mas parte a Purial de Vicana para tratar de localizar a Mongo Pérez y explicarle la situación. Los combatientes permanecen aguardando en un bosquecito cercano. A las cinco de la tarde, Almeida y Benítez van a la casa del campesino en busca de comida, pues en todo el día los expedicionarios no han probado bocado. El campesino recién había recibido un mensaje de Crescencio, llevado por Primitivo Pérez, pidiéndole que les diera comida y que por la noche los vendría a recoger. Al anochecer, después de comer, los combatientes emprenden la marcha sin guía. El práctico que debía haber venido desde Purial no ha llegado y cuentan únicamente con algunas indicaciones que les ha dado el campesino. En verdad, Crescencio no pudo encontrarlos en el viejo cafetal de la finca donde había indicado al guía, que los situó en otro lugar.



Sergio Pérez Zamora.

Almeida y sus compañeros continúan avanzando toda la noche, equivocan el camino en varias ocasiones, pero en la madrugada del 21 de diciembre cortan por la falda de la loma de La Nigua y llegan hasta la casa de Mongo Pérez, en Purial de Vicana. Los combatientes tocan a la puerta y les contesta Teresa, la mujer de Mongo. Preguntan por Crescencio, pues ya les han dicho que aquella es la tienda de su hermano. La mujer les responde que hace tiempo no lo ve, pero que allí está un hijo de él y puede avisarle. Entra hasta el garaje, situado a un costado de la casa, cerca del corral y donde hace días duerme Sergio Pérez, a quien

avisa. El joven pide que los conduzca hasta allí. Almeida le pide que los lleve donde se encuentra Fidel. Sergio desconfía, pero ante la insistencia de los expedicionarios accede y los acompaña al cafetal donde acampan. Finalmente se produce el encuentro con Fidel y demás combatientes allí reunidos, que los esperaban desde hace varios días. Ya son quince que se han reunido, dispuestos a continuar la lucha.

En medio de la alegría del encuentro, Fidel tiene palabras muy duras al enterarse que los seis nuevos hombres vienen sin sus fusiles y, sobre todo, que estos se han perdido.



RELATO DE ERNESTO CHE GUEVARA

El grupo nuestro estaba integrado, si mal no recuerdo, por Pancho González, Ramiro Valdés, Almeida y yo; el otro por Camilo, Benítez y Chao; Pablo Hurtado quedaba enfermo en la casa.

Apenas nos fuimos, el dueño de la casa no pudo resistir la tentación de comunicar la noticia a un amigo para discutir dónde escondían las armas; este le convenció de que podían venderse, entrando en tratos con un tercero, el que hizo la denuncia al ejército y, pocas horas después de haber dejado la primera hospitalaria mansión de Cuba, el enemigo irrumpió, tomaba preso a Pablo Hurtado y capturaba todas las armas.

Nosotros estábamos en casa de un adventista llamado Argelio, a quien todos conocían como El Pastor. Este compañero, al enterarse de la infausta noticia hizo contacto rápidamente con otro campesino de la zona, muy conocedor de ella y que decía simpatizaba con los rebeldes. Esa noche nos sacaban de allí y nos llevaban a otro refugio más seguro. El campesino que conociéramos aquel día se llamaba Guillermo García, hoy jefe del ejército de Occidente y miembro de la Dirección Nacional de nuestro Partido.

Después estuvimos en algunas otras casas campesinas; Carlos Mas, incorporado al ejército más tarde, Perucho, otros compañeros cuyos nombres no recuerdo. Una madrugada, después de cruzar la carretera de Pílon, y caminar sin guía alguno, llegábamos hasta la finca de Mongo Pérez, hermano de Crescencio, donde estaban todos los expedicionarios sobrevivientes y en libertad –hasta el momento– de nuestras tropas desembarcadas, a saber, Fidel Castro, Universo Sánchez, Faustino Pérez, Raúl Castro, Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez y Armando Rodríguez. Pocos días después se nos incorporarían Morán, Crespo, Julito Díaz, Calixto García, Calixto Morales y Bermúdez.

Nuestra pequeña tropa se presentaba sin uniformes y sin armamento, pues las dos pistolas era todo lo que



Ernesto Guevara semanas después en la Sierra Maestra.

habíamos logrado salvar del desastre y la reconvencción de Fidel fue muy violenta.

Durante toda la campaña, y aún hoy recordamos su admonición: “No han pagado la falta que cometieron; porque el dejar los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida; la única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez”.

EN CINCO PALMAS

EL 19 de diciembre transcurre jubiloso en la finca de Mongo Pérez en Purial de Vicana. La noche anterior se han reunido los grupos de Fidel y Raúl. Al amanecer, llega Crescencio Pérez de Manacal, en respuesta al aviso de su hermano Mongo. Viene acompañado de Calixto Morales, quien se incorpora a la tropa. Esa misma mañana Mongo Pérez partía para Manzanillo y Santiago de Cuba, enviado por Fidel para comunicar a los dirigentes del Movimiento su llegada a Purial de Vicana y transmitirles las orientaciones necesarias.

Al día siguiente, los ocho combatientes que acompañan a Fidel permanecen en el mismo sitio dentro del cañaveral. Acuden a entrevistarse con él varios campesinos de la zona. Esa noche Fidel decide mudar el campamento para el cafetal que está detrás del campo de caña, donde estarán más ocultos.

La madrugada del 21 reciben la noticia de que ha llegado el grupo de Almeida que hace días esperan. Ya son quince combatientes dispuestos a continuar la lucha. Esa tarde se trasladan para otro cafetal más grande, como a 300 metros del anterior y cerca de un arroyo.

El 22 de diciembre cambian una vez más de campamento. Se desplazan unos 300 metros más adelante en el mismo cafetal, en plena falda de la loma de La Nigua. Por la mañana reciben las primeras noticias de que Guillermo García y otros compañeros



Fidel Castro con Universo Sánchez, Ernesto Guevara y Manuel Fajardo semanas después en la Sierra Maestra.



Severo Pérez.

han localizado algunas armas y las envían. Llegan poco después y con ellas se reincorpora Rafael Chao al destacamento. Esa tarde regresa Mongo Pérez de su viaje e informa a Fidel. Trae, entre otras cosas, ropas, botas, medicinas y un poco de dinero.

La mañana del 23 transcurre normal en el campamento guerrillero situado en un cafetal casi en la falda de la loma de La Nigua.

Como todos los días, aparece Severo Pérez trayendo el desayuno, el almuerzo y la comida a los combatientes allí reunidos. En una ocasión el campesino carga tres cubos repletos de arroz, viandas y carne. Raúl le dice entre risas:

—Cuando triunfe la Revolución, le vamos a hacer un monumento a usted cargando esos tres cubos de comida.

Poco después del mediodía, de pronto los combatientes escuchan una orden de Fidel:

—¡Estamos rodeados de guardias! ¡Ocupen posiciones para combatir!

Los hombres se despliegan hacia distintos puntos. Pasa un rato, pero no ven venir a nadie ni nada se mueve. Más tarde descubren que se trata de un ejercicio de entrenamiento.

Algo más tarde llega Mongo Pérez anunciando la llegada de tres enviados por el Movimiento desde Manzanillo. Se trata de Rafael Sierra, Enrique Quique Escalona y Eugenia Geña Verdecia. Esta última porta, ocultas bajo su saya, 300 balas calibre 45, tres fulminantes y nueve cartuchos de dinamita que ha traído de Santiago de Cuba.

Al oscurecer, cuando se marchan de regreso a Manzanillo, los acompaña Faustino Pérez, que lleva la misión de reorganizar el trabajo del Movimiento en todo el país y trasladar a los responsables clandestinos las orientaciones de Fidel. Sale vestido de carbonero por la carretera de Campechuela a Manzanillo. El día 24 está en Santiago de Cuba, donde se reunirá con Frank País, Armando Hart, Haydée Santamaria, Vilma Espín y María Antonia Figueroa para transmitirles las instrucciones expresas de Fidel de apoyo a la lucha en la Sierra.

Mientras tanto, en Purial de Vicana se aceleran los preparativos para partir. Los combatientes han preparado mochilas de saco y otros medios. Desde la noche anterior se han provisto de hamacas, ropa, botas y otros artículos necesarios para la vida en la montaña.

El 25 de diciembre Fidel decide no dilatar más la partida, pues lleva ya más de nueve días en el lugar. Además de los quince expedicionarios allí reunidos, cuenta con la incorporación de un grupo de campesinos que han manifestado su disposición de seguir con la guerrilla. De ellos, Crescencio Pérez, su hijo Sergio y Manuel Acuña, hace varios días se han integrado al campamento.

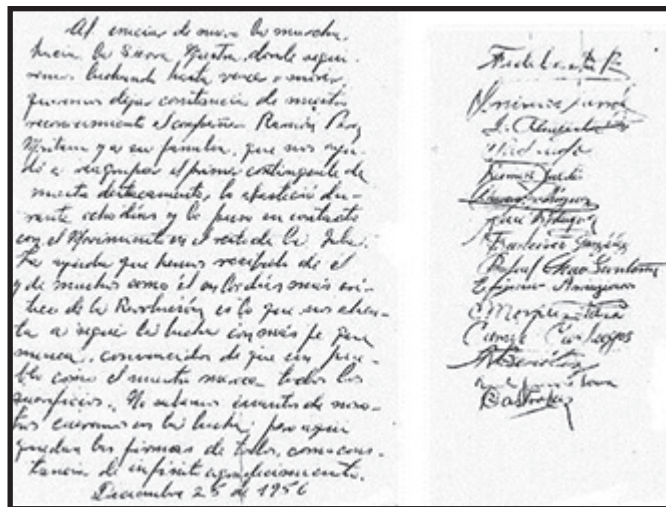
Al anoecer, Fidel se pone de acuerdo con Manuel Acuña, que será el práctico, acerca de la ruta



Mongo Pérez.

que deben tomar para internarse en la Sierra. Antes de partir, el grupo se acerca a la casa de Mongo Pérez. Fidel entra al comedor, mientras los demás esperan en el cafetal que está al fondo de la vivienda. Al poco rato los llama. Sobre la mesa hay un papel escrito por Fidel que leen todos los expedicionarios y van firmando después cada uno:

“Al iniciar de nuevo la marcha hacia la sierra Maestra, donde seguiremos luchando hasta vencer o morir, queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento al compañero Ramón Pérez Montano y a su familia, que nos ayudó a reagrupar el primer contingente de nuestro destacamento, lo abasteció durante ocho días y lo puso en contacto con el Movimiento en el resto de la Isla. La ayuda que hemos recibido de él y de muchos como él en los días más críticos de la Revolución es lo que nos alienta a seguir la lucha con más fe que nunca, convencidos de que un pueblo como el nuestro merece todos los sacrificios. No sabemos cuántos de nosotros caeremos en la lucha pero aquí quedan las firmas de todos, como constancia de infinito agradecimiento”.



Alrededor de las once de la noche, la pequeña columna al mando de Fidel, compuesta en ese momento por dieciocho combatientes, parte de la finca de Mongo Pérez. En días posteriores se les unirán otros combatientes, entre ellos Guillermo García, que ha continuado en la búsqueda de las armas dispersas.

En todos los expedicionarios queda como experiencia el primer revés. Pero de ahora en adelante todo será victoria. Ha concluido la epopeya del Granma. Comienza ahora la mayor, más ardua y prolongada epopeya hasta el triunfo final.



Andrés López Vázquez



Antonio López Vázquez



Armando Ruíz Martínez



Claudio González Morales



Eduardo Rojas Castro

GRANMA
60
aniversario
del desembarco

MÁRTIRES

del desembarco del *Granma*



Félix Stalick Aguiar



Humberto Linares Coronado



Israel Cabrera Rodríguez



Jimmy Nisard González



José Ramón Martínez Álvarez



José Smith Gómez



José Ramón Márquez Rodríguez



Luis Reyes Bergosa



Miguel Colón Peraza



Miguel Laureano Pérez



Néstor Capelo Figueroa

Gracias a ellos, gracias a esos sacrificios, podemos, un día como hoy, recordarlos con profundo respeto, con profunda veneración y agradecimiento, porque en la obra de la Revolución, en los éxitos de la Revolución viven y vivirán eternamente nuestros héroes.

FIDEL CASTRO RUZ



Oscar Rodríguez Delgado



Raúl Valderrama Martínez



René Beltrán Morales



René Reyes Rojas García



Tomás David Rojas Estrella

CUANDO nosotros desembarcamos en el *Granma* 82 hombres, aún nos traicionó la inexperiencia, aún nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes y, de nuevo, un duro revés cayó sobre nuestro esfuerzo y aquella fuerza expedicionaria –organizada y preparada con grandes esfuerzos y sacrificios– quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquel era el camino. Sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creímos que aquel era el camino ¡y al fin, la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquel era el camino!

Y quienes un día se vieron cercados entre los cañaverales, en número tan reducido que se podían contar con los dedos de una mano, y han vivido estos 10 años de Revolución y de lucha, y hoy les hablan y se encuentran frente a un pueblo entero como este, un pueblo formidable como este –que es a la vez forjador y producto de la Revolución–, ¿cómo no hemos de sentir en lo más hondo de nuestras almas la convicción y la fe de que para los pueblos hay siempre un camino, de que para los pueblos oprimidos hay siempre una solución?

Fidel Castro
26 de julio de 1963.



Pico Turquino, 28 de abril de 1957.

